



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social





El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social



Contenido

- 04 Presentación
- 07 El día sin término
ALEJO CARPENTIER
- 35 Las mentalidades. Una historia ambigua
JACQUES LE GOFF
- 37 Filosofía para psicólogos sociales. Reseña
PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB
- 43 Evocación sobre un lugar: reseña a la topografía legendaria del evangelio en tierra santa de Maurice Halbwach
JAHIR NAVALLES GÓMEZ

REVISTA EL ALMA PÚBLICA, año 12, núm. 23, primavera – verano 2019, es una publicación semestral editada por Angélica Bautista López. Concepción Béistegui núm. 1702, colonia Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P. 03020, Tel. 58044600, ext. 2518, www.elalmapublica.net, elalmapublica@elalmapublica.net. Editor responsable: Angélica Bautista López, Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2015-121716453900-102, ISSN: 2007-0942. Certificado de Licitud de Título y Contenido No. 14961, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Digicenter de México, S.A. de C.V., Avenida Plutarco Elías Calles núm. 1810, colonia Banjidal, C.P. 09450, Delegación Iztapalapa. Este número se terminó de imprimir el 30 de diciembre de 2019 con un tiraje de 500 ejemplares. Distribuidor Angélica Bautista López. Concepción Béistegui núm. 1702, colonia Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P. 03020. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de la publicación sin previa autorización de Angélica Bautista López.

Directora editorial

Angélica Bautista López, UAM-I

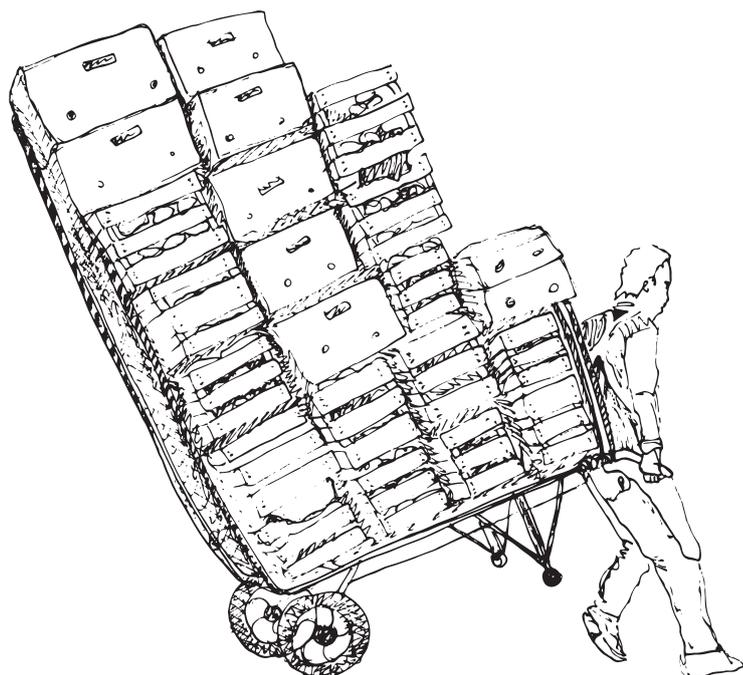
www.elalmapublica.net

53 ¿Dónde pongo lo hallado? un relato biográfico desde la Universidad desmantelada tras 29 años de trayectoria
ADRIANA GIL JUÁREZ

70 Nuevos avezados o el fin de los expertos
ALFONSO DÍAZ TOVAR

91 La arquitectura de la vida interior
PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

63 Tira cómica el chiste de lo muicro
RICARDO RODRÍGUEZ



Consejo editorial

Salvador Arciga Bernal, UAM-I

Claudette Dudet Lions, UNAM

Pablo Fernández Christlieb, UNAM

Ma. de la Luz Javiedes Romero, UNAM

Gustavo Martínez Tejeda, UPN

Jahir Navalles Gómez, UAM-I

Rodolfo Suárez Molnar, UAM-C

Cuidado de la edición

Abdel López Cruz

Composición tipográfica, arte y diseño

Verónica García Montes de Oca

Asistente editorial

Osusbel Olivares Ramírez

Dulce María Martínez Cortés

Fotografía

Mitbee Ramírez

Ilustraciones

Daniela Moyado

Certificado de reserva a título de derechos
de autor: 04-2015-121716453900-102
ISSN 2007-0942

Presentación

Parece que las ciencias humanas secretan en su interior, entre sus filas, como consecuencia de su propio conocimiento particular, alguna especie de subdisciplina, o más bien, alguna suerte de desdisciplina, alguna zona de teoría que empieza a parecerse a zonas de otras disciplinas. Esta zona no se refiere ya a los temas propios de las disciplinas, sino que se refiere al conocimiento, o, más concretamente, consiste en la idea colateral y suplementaria de que la realidad produce su propio conocimiento, y que por lo tanto la realidad es, sobre todo, una comprensión, pero que se trata de un conocimiento que no está hecho de contenidos, sino de formas de conocer, formas de pensar, formas de aproximarse al mundo, formas de organizarlo cognoscitivamente: caminos, guías, algoritmos, estructuras, coeficientes, *softwares*, lo que se quiera: espíritus o mentalidades que no son contenidos de pensamiento sino maneras de pensarlo: algo así como una subciencia de las formas mentales.

Así se encuentra en la sociología la idea del conocimiento de la vida cotidiana, en la historia la idea de las narrativas, en la antropología la de las mentalidades étnicas. La psicología social ha secretado por dentro, a partir de sus propios presupuestos, planteamientos, *impases* y reflexiones, la idea de una psicología que es colectiva, la cual intenta averiguar las formas de pensamiento de las diversas sociedades, comunidades, grupos, etc., cuyo estilo de vida produce, recursivamente, tales formas de pensar. La psicología colectiva pretende argumentar que el conocimiento forma parte de la realidad, y por lo tanto está hecho con los mismos procesos y contenidos que esa realidad, y a la inversa, que la realidad está hecha con los mismos procesos que su conocimiento. Es una materialidad configurada por una inmaterialidad, y viceversa.

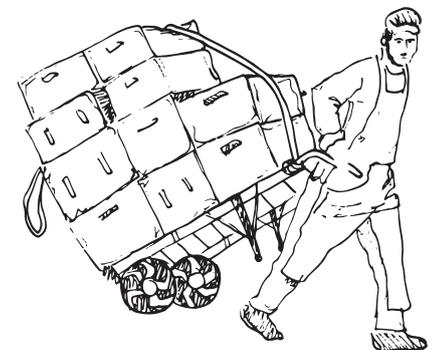
Estas ideas medio marginales o periféricas dentro de las distintas disciplinas, se van encontrando naturalmente unas a las otras y se van nutriendo recíprocamente, y por ello, por supuesto, no se quedan dentro de los límites estrictos de los cánones de su disciplina, sino que se van desdisciplinando como estrategia propia de desarrollo. Así es como se puede hablar en favor de una psicología social desdisciplinada, que rastrea a sus afines y similares, que bajo otros nombres o sin nombre alguno aparecen en otras disciplinas, y que en conjunto conforman la zona desdisciplinada en que los que la habitan suelen tener más en común entre sí que con respecto a la disciplina a la cual están adscritos.

Y así, desdisciplinadamente, podría definirse, entre muchas otras definiciones, a la psicología colectiva como aquella que estudia a la epistemología como si fuera una historia, y a la historia como si fuera una epistemología, esto es, algo que se desarrolla como un pensamiento, un conocimiento que va constituyendo a su propio objeto. De esta manera, la obra de Gaston Bachelard puede leerse efectivamente como una psicología colectiva, aun cuando él la denomina “un psicoanálisis del conocimiento objetivo”, sin que haya que tenerle miedo a las palabras porque, como dice el mismo Bachelard, las palabras no son sustancias, y con lo que se refiere, por lo demás, a la búsqueda del pasado del conocimiento científico, y a seguirle los pasos.

Bachelard escribe en 1937 un libro intitulado *La formación del espíritu científico*, y lo que supuestamente hace en él no es tanto describir al pensamiento científico (objetivo, relacional, especializado), sino describir los obstáculos históricos precientíficos existentes que había que sortear para llegar a él (nominalismo, intuicionismo, sustancialismo, animismo y –sí– cuantitativismo), y para ello indaga en labor de archivo una buena cantidad de obra de “preciencia” predominantemente del siglo XVIII, incluyendo *La enciclopedia*, mostrando la presencia de estos obstáculos epistemológicos y, como él dice, el inconsciente de donde provienen: otra vez, las palabras no son sustancias y no hay que tenerles miedo: por inconsciente parece referirse a ese punto en donde convergen todas las metáforas, las analogías, los adjetivos, los ejemplos, las alegorías que los escritores precientíficos utilizan reiterada, profusa y suficientemente para expresar sus conocimiento (Vgr.: utilizaban mucho la metáfora de la esponja, o la de la digestión), y que algún lector podrá entender más bien como las condiciones históricas, sociales y culturales de donde brota tal conocimiento (Vgr.: en el siglo XVIII comían como heliogábalos y luego les dolía la barriga), y que, por las descripciones hechas, parecen ser más de origen medieval, pero que Bachelard ya no rastrea sino que sustituye por ese fondo oscuro, hoyo negro indiferenciado que se contenta con llamar el inconsciente. Ciertamente, habría que ponerle historia y materialidad a este inconsciente, pero él ya bastante hizo con describir muy amenamente el espíritu del XVIII.

Una cosa interesante que le sucede a Bachelard es que se va encantando con aquello que criticó, a saber, por el pensamiento precientífico que “está fuertemente vinculado con el pensamiento simbólico”. Para él el símbolo es “una síntesis activa del pensamiento y de la experiencia”, lo cual quiere decir que el objeto propio de las ciencias humanas –simbólicas– deviene opuesto al pensamiento científico –objetivo–: da la impresión de que Bachelard se dio cuenta de que la forma precientífica de pensar, si bien no opera para explicar la naturaleza porque la simboliza y la dota de ánima y de intenciones, o sea que no la concibe como si fuera naturaleza –física– sino como si fuera sociedad, sí opera en cambio para comprender a la sociedad y a sí mismo, esto es, a lo que es simbólico que es obra de la cultura. A tal grado le sucede a Bachelard que a partir de ahí (en el resto de sus libros, *El agua y los sueños*, *La poética del espacio*, etc.) se olvida de la corrección del pensamiento científico y encuentra la verdad del pensamiento precientífico, o como dice el *Diccionario de filósofos*, “Bachelard ha insistido también en el sentido ontológico de la imaginación poética irreductible a la inteligencia pura”.

Su obra en general, inspirada en el pensamiento precientífico y su inconsciente y su lenguaje altamente expresivo, se dedica a dilucidar la comprensión y el conocimiento que se acunan en los objetos más básicos, míticos e inmemoriales, el aire, el agua, el fuego, la tierra, con los cuales describe las formas de pensar de la cultura, el espíritu y la mentalidad de la sociedad. Nadie va a hacerle la traición a Gaston Bachelard de afirmar que lo que hace es psicología colectiva (que él haga lo que prefiera), pero en cambio puede afirmar que leer a Bachelard es una manera muy enriquecedora de desdisciplinarse de la psicología social



Criterios de publicación

- Los textos presentados para dictamen deben ser inéditos.
- Se pueden presentar traducciones para dictamen.
- Los textos tendrán una extensión máxima de 25 cuartillas (65 golpes x 23 líneas a doble espacio), incluyendo gráficas, tablas, anexos, etcétera. Se escribirán en fuente Times New Roman, a 12 puntos, en procesador de palabras Word o en formato de texto enriquecido (extensión .rtf).
- Es necesario cuidar la correspondencia entre el título y el contenido.
- Se requiere incluir ficha de presentación del autor que contenga nombre, institución, autopresentación en máximo tres líneas y forma de localización (dirección postal y de correo electrónico, número telefónico, etcétera).
- Las citas del texto se anotarán según el modelo: (Mead, 1991, p. 25).
- Las notas se escribirán al final del texto, numeradas, y las referencias se indicarán con superíndice (!).
- La bibliografía se anotará al final, según el modelo siguiente.

Libros

Mead, G.H. (1991). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Barcelona, Paidós, 1934.

Le Bon, G. (1994). *Psicología de las multitudes*. Madrid, Morata, 1895.

Revistas

Synnott, A. (2003). "Sociología del olor", en *Revista Mexicana de Sociología*. México, UNAM, año 65, núm. 2, abril-junio, pp. 431-464.

Capítulo de libro

Paicheler, H. (1986). "La epistemología del sentido común", en S. Moscovici, *Psicología Social II*. Buenos Aires, Paidós, pp. 379-414.

- Para el uso de las abreviaturas, la primera mención debe incluir el nombre completo seguido de la abreviatura entre paréntesis: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt); en las siguientes referencias sólo se consignará la abreviatura: Conacyt.
- Las gráficas, tablas e imágenes deberán enviarse en archivos separados a 600 dpi de resolución. En el texto se indicará el lugar de su inclusión.
- Se reciben, para publicación en la revista, ilustraciones, viñetas y fotografías.
- Enviar las propuestas de textos, ilustraciones, viñetas o fotografías por correo electrónico, como archivo adjunto, a elalmapublica@hotmail.com.



NOTA PREVIA A:

El día sin término

Alejo Carpentier relata, en las dos páginas penúltimas de *El siglo de las luces*, el levantamiento popular del 2 de mayo de 1908 contra las tropas francesas que tuvo lugar en Madrid. Describe un exacto movimiento de masas. Los nombres propios mencionados son los de los protagonistas de la novela, pero no importa porque, como se verá, se funden en la multitud. El lector no se preocupe si hay términos que no conoce; lo que sucede es que Carpentier se sabe todas las palabra.



Si intentas correr 42 kilómetros solo, tienes garantizadas tres, cuatro o cinco horas de auténtico suplicio. Yo lo he hecho, y espero no repetir nunca la experiencia. Pero si cubres esa misma distancia en compañía de otros corredores no resulta tan extenuante. Es duro físicamente, desde luego —¿cómo no iba a serlo?—, pero hay un sentimiento de solidaridad y unidad que te impulsa a lo largo de todo el trayecto hasta la meta.

(Haruki Murakami).



El día sin término¹

DE ALEJO CARPENTIER



Faltaba ahora por reconstruir el Día sin Término; aquel en que dos existencias habían parecido disolverse en un Todo tumultuoso y ensangrentado. Sólo un testigo quedaba de la escena inicial del drama: una guantero que, sin sospechar lo que iba a ocurrir, había ido temprano a la Casa de Arcos para entregar varios pares de guantes a Sofía. Se sorprendió al observar que sólo quedaba un criado viejo en la mansión. Sofía y Esteban se encontraban en la biblioteca, acodados a la ventana abierta, escuchando atentamente lo que de afuera les venía. Un confuso rumor llenaba la ciudad. Aunque nada anormal parecía suceder en la calle de Fuencarral, podía notarse que ciertas tiendas y tabernas habían cerrado sus puertas repentinamente. Detrás de las casas, en calles alledañas, parecía que se estuviera congregando una densa multitud. De pronto, cundió el tumulto. Grupos de hombres del pueblo, seguidos de mujeres, de niños, aparecieron en las esquinas, dando mueras a los franceses. De las casas salían gentes armadas de cuchillos de cocina, de tizones, de enseres de carpintería: de cuanto pudiese cortar, herir, hacer daño. Ya sonaban disparos en todas partes, en tanto que la masa humana, llevada por un impulso de fondo, se desbordaba hacia la Plaza Mayor y la Puerta del Sol. Un cura vociferante, que andaba a la cabeza de un grupo de manolos con la navaja en claro, se volvía de trecho en trecho hacia su gente, para gritar: «¡Mueran los franceses! ¡Muera Napoleón!» El pueblo entero de Madrid se había arrojado a las calles en un levantamiento repentino, inesperado y devastador, sin que nadie se hubiese valido de proclamas

impresas ni de artificios de oratoria para provocarlo. La elocuencia, aquí, estaba en los gestos; en el ímpetu vocinglero de las hembras; en el irrefrenable impulso de esa marcha colectiva; en la universalidad del furor. De súbito, la marejada humana pareció detenerse, como confundida por sus propios remolinos. En todas partes arreciaba la fusilería, en tanto que sonaba por vez primera, bronca y retumbante, la voz de un cañón. «Los franceses han sacado la caballería», clamaban algunos, que ya regresaban heridos, asableados en las caras, en los brazos, en el pecho, de los encuentros primeros. Pero esa sangre, lejos de amedrentar a los que avanzaban, apresuró su paso hacia donde el estruendo de la metralla y de la artillería revelaba lo recio de la trabazón... Fue ése el momento en que Sofía se desprendió de la ventana: «¡Vamos allá!», gritó, arrancando sables y puñales de la panoplia. Esteban trató de detenerla: «No seas idiota: están ametrallando. No vas a hacer nada con esos hierros viejos». «¡Quédate si quieres! ¡Yo voy!» «¿Y vas a pelear por quién?» «¡Por los que se echaron a la calle! —gritó Sofía—. ¡Hay que hacer algo!» «¿Qué?» «¡Algo!» Y Esteban la vio salir de la casa, impetuosa, enardecida, con un hombro en claro y un acero alto, jamás vista en tal fuerza y en tal entrega. «Espérame», gritó. Y armándose con un fusil de caza, bajó las escaleras a todo correr... Hasta aquí lo que pudo saberse. Luego fue el furor y el estruendo, la turbamulta y el caos de las convulsiones colectivas. Cargaban los mamelucos, cargaban los coraceros,

¹ Carpentier, Alejo (1983). *El siglo de las Luces*. Barcelona, Seix Barral, 1958.



ALEJO CARPENTIER
(1904-1980)

cargaban los guardias polacos, sobre una multitud que respondía al arma blanca, con aquellas mujeres, aquellos hombres que se arrimaban a los caballos para cortarles los ijares a navajazos. Gentes envueltas por pelotones que desembocaban por cuatro calles a la vez, se metían en las cas-

casas o se daban a la fuga, saltando por sobre tapias y tejados. De las ventanas llovían leños encendidos, piedras, ladrillos; derramábanse cazuelas, ollas, de aceite hirviendo, sobre los atacantes. Uno tras otro iban cayendo los artilleros de un cañón, sin que la pieza dejara de disparar —con la mecha encendida por hembras enrabecidas, cuando ya no quedaron hombres para hacerlo. Reinaba, en todo Madrid, la atmósfera de los grandes cataclismos, de las revulsiones telúricas —cuando el fuego, el hierro, el acero, lo que corta y lo que estalla, se rebelan contra sus dueños— en un inmenso clamor de Dies Irae... Luego vino la noche. Noche de lóbrega matanza, de ejecuciones en masa, de exterminio, en el Manzanares y la Moncloa. Las descargas de fusilería que ahora sonaban se habían apretado, menos dispersas, concertadas en el ritmo tremebundo de quienes apuntan y disparan, respondiendo a una orden, sobre la siniestra escenografía exutoria de los paredones enrojecidos por la sangre. Aquella noche de un comienzo de mayo hinchaba sus horas en un transcurso dilatado por la sangre y el pavor. Las calles estaban llenas de cadáveres, y de heridos gimientes, demasiado destrozados para levantarse, que eran ultimados por patrullas de siniestros mirmidones, cuyos dormanes rotos, galones lacerados, chacós desgarrados, contaban los estragos de la guerra a la luz de algún tímido farol, solitariamente llevado por toda la ciudad, en la imposible tarea de dar con el rostro de un muerto perdido entre demasiados muertos... Ni Sofía ni Esteban regresaron nunca a la Casa de Arcos. Nadie supo más de sus huellas ni del paradero de sus carnes. 

—[...] Hay una doncella, bastante calavera y de la peor especie, que tiene más influencia sobre él y que precisamente es compatriota del señor Dreyfus. Ella le ha transmitido a Robert su estado de espíritu.

Quizá no sepa usted, señor duque, que hay una nueva palabra para expresar esa clase de espíritu —dijo el archivista, que era secretario de los comités antirrevisionistas—. Se dice *mentalidad*. Significa exactamente lo mismo, pero al menos nadie sabe lo que uno quiere decir. Es lo último de lo último, como dicen, “el último grito” [la excelente traducción de Pedro Salinas omite esta última frase (Proust, 1920, p. 215)].

—¡Ah, *mentalidad!*, tomo nota, ya la utilizaré —dijo el duque—. (No era una figura: el duque tenía un cuadernito lleno de citas que releía antes de las grandes cenas). Me gusta *mentalidad*. Así hay palabras nuevas que alguien lanza, pero que no duran.

—*Mentalidad* se usa más que otras —dijo el historiador de la Fronda, para meterse en la conversación—. Yo soy miembro de una comisión en el Ministerio de la Instrucción Pública, y la he oído emplear muchas veces (Proust, 1920, pp. 227-228).

Proust, Marcel (1979). *En busca del tiempo perdido. 3. El mundo de los Guermantes* (Trad. Pedro Salinas y José María Quiroga Plá). Buenos Aires: Santiago Rueda Editor. (Obra original publicada en 1920).



La felicidad deriva del trabajo bien hecho. La satisfacción que eso produce es extraordinaria. En nuestra sociedad, en cambio, nos definimos no por lo que hacemos, sino por lo que compramos

(Zigmunt Bauman).

NOTA PREVIA A:

Las mentalidades una historia ambigua

En este texto, publicado en 1980, Jacques Le Goff hace una presentación de la llamada Historia de las Mentalidades. Ésta es pertinente porque historia de las mentalidades es quizás el término que emplearon los historiadores para referirse a la psicología colectiva. La conexión entre ambas disciplinas es, diríase, una cuestión de amistades y conversaciones entre colegas. En la Universidad de Estrasburgo, que había pasado de ser alemana a ser francesa, en los años veinte, coincidieron, por una parte, Lucien Febvre y Marc Bloch, que pueden considerarse los iniciadores de la historia de las mentalidades y, por la otra parte, Charles Blondel, psicólogo que escribió en esos años su libro *La psicología colectiva*, y Maurice Halbwachs, el sociólogo que a la sazón publicó su primer libro sobre la memoria colectiva. Los cuatro discutían sobre sus intereses y al parecer estaban interesados en lo mismo, como se puede advertir en el hecho de que estaban ciertos de que la historia que hacían era una psicología colectiva, y de que la psicología que hacían eran una psicología histórica. El único término que no usaban era historia de las mentalidades, que se difundió hasta los años sesenta.



En realidad todo el cuadro de La Anunciación parece tener una cualidad mental, como si Fra Angélico no pintara una escena real, sino los pensamientos de los que la están viendo. No el mundo, sino nuestros pensamientos acerca del mundo.

(Gustavo Martín Garzo).



Las mentalidades una historia ambigua

DE JACQUES LE GOFF



«Mentalité me plaît. Il y a comme cela des mots nouveaux qu'on lance.»

(Mentalidad *me encanta. Es así como se lanzan nuevas palabras.*)

Marcel Proust

A la recherche du temps perdu. Le cote de Guermantes. «Bibl. de la Pléiade», t. II, pp. 236-237

Para el historiador de hoy *mentalidad* es aún algo nuevo y ya envilecido. Se habla mucho de historia de las mentalidades, pero se han dado pocos ejemplos convincentes. Mientras se trata aún de un frente pionero, de un terreno por roturar, uno se pregunta si la expresión encubre una realidad científica, si oculta una coherencia conceptual, si es epistemológicamente operativa. Atrapada por la moda, parece ya pasada de moda. ¿Hay que ayudarla a ser o a desaparecer?

I. UNA HISTORIA-ENCRUCIJADA

La primera atracción de la historia de las mentalidades está precisamente en su imprecisión, en su vocación por designar los residuos del análisis histórico, el no sé qué de la historia.

A partir de 1095 individuos y masas se conmueven en la cristiandad occidental y participan en la gran aventura de la cruzada. Auge demográfico y principios

de superpoblación, codicias mercantiles de las ciudades italianas, política del papado deseoso de rehacer contra el Infiel la unidad de una cristiandad desunida, estas causas juntas no lo explican todo, más quizá sí lo esencial. Es necesaria la atracción de la Jerusalén terrestre, doble de la celeste, la impulsión de las imágenes de lo mental colectivo acumuladas a su alrededor. ¿Qué es la crudeza sin cierta mentalidad religiosa?

¿Qué es el feudalismo? ¿Instituciones, un modo de producción, un sistema social, un tipo de organización militar? Georges Duby responde que hay que ir más lejos, «prolongar la historia económica con la de las mentalidades», hacer entrar en el conjunto: «la concepción feudal del servicio». ¿El feudalismo? «Una mentalidad medieval».

Desde el siglo XVI una nueva sociedad se desarrolla en Occidente: la sociedad capitalista. ¿Producto de un nuevo modo de producción, secreción de la economía monetaria, construcción de la burguesía? Sin duda, pero también resultado de nuevas actitudes frente al trabajo, el dinero —una mentalidad que desde Max Weber se vincula a la ética protestante.

Mentalidad recubre, pues, un más allá de la historia, pretende satisfacer las curiosidades de historiadores decididos a ir más lejos. Y primero al encuentro de otras ciencias humanas.

Marc Bloch, esforzándose por ceñir la «mentalidad religiosa» de la Edad Media, reconoce «una multitud de creencias y prácticas... ora legadas por las magias milenarias, ora nacidas, en época relativamente reciente,





JACQUES LE GOFF
(1924-2014)

en el seno de una civilización animada aún de una gran fecundidad mítica». El historiador de las mentalidades se aproximará, pues, al etnólogo, intentando alcanzar como él el nivel más estable, más inmóvil de las sociedades. Tomando la palabra de Ernest Labrousse: «Sobre lo económico, retrata lo social, y sobre lo social, lo mental». Keith Thomas, estudiando a su vez la mentalidad religiosa de los hombres de la Edad Media y del Renacimiento, le aplica abiertamente un método etnológico, inspirado sobre todo por Evans-Pritchard. Del estudio de los ritos, las prácticas ceremoniales, el etnólogo se remonta hacia las creencias, los sistemas de valores. Así,

los historiadores de la Edad Media, después de March Bloch, Percy Ernst Schramm, Ernst Kantorowicz, Bernard Guenée, a través de las consagraciones, curaciones milagrosas, las insignias del poder, las entradas reales, descubren una mística monárquica, una mentalidad política y renuevan así la historia política de la Edad Media. Los especialistas antiguos de la hagiografía se interesaban por el santo, los modernos se preocupan por la santidad, por aquello que la funda en el espíritu de los fieles, por la psicología de los crédulos, por la mentalidad del hagiógrafo. Así, la antropología religiosa impone a la historia religiosa una conversión radical de contemplación.

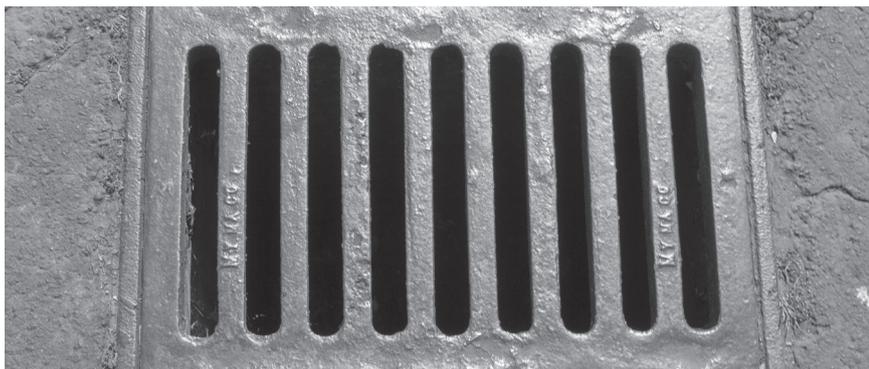
Próximo al etnólogo, el historiador de las mentalidades tiene que doblarse también de sociólogo. Su objeto, de buenas a primeras, es lo colectivo. La mentalidad de un individuo histórico, siquiera fuese la de un gran hombre, es justamente lo que tiene en común con otros hombres de su tiempo. Tomemos a Carlos V de Francia. Todos los historiadores lo alaban por su sentido de la economía, de la administración del Estado. Rey Sabio, lector de Aristóteles, rehace la hacienda del reino y hace a los ingleses una guerra de usura que le ahorra dinero, pero suprime una parte de los impuestos, de los *fuegos*. Y los historiadores se interrogan, buscan, tras el gesto desconcertante del rey, ora un pensamiento político de difícil penetración, ora un momento de aberración de un hombre de espíritu ya pertur-



bado. ¿Y por qué sencillamente no lo que se creía en el siglo XIV: que el rey teme a la muerte y no quiere aparecer ante el juicio cargado con el menosprecio de sus súbitos? ¿El rey, en el último momento, deja que su mentalidad domine sobre su política, que la creencia común prevalezca sobre una ideología política personal?

El historiador de las mentalidades se encuentra de forma particular con el psicólogo social. Las nociones de conducta o de actitud son para uno y otro esenciales. A medida, por lo demás, que psicólogos sociales, cuales C. Kluckhohn, insisten en el papel del control cultural en las conductas biológicas, la psicología social se inclina hacia la etnología y, más allá, hacia la historia. Dos dominios manifiestan esta atracción recíproca de la historia de las mentalidades y de la psicología social; el desarrollo de los estudios sobre la criminalidad, los marginados, los desviados en las épocas anteriores y el auge paralelo de sondeos de opinión y de análisis históricos de conductas electorales.

En este camino se revela uno de los intereses de la historia de las mentalidades: las posibilidades que ofrece a la psicología histórica de vincularse a otra gran corriente de la investigación histórica hoy: la historia cuantitativa. Ciencia en apariencia de lo móvil y lo matizado, la historia de las mentalidades puede, por el contrario, con ciertas adaptaciones, utilizar los métodos cuantitativos puestos a punto por los psicólogos sociales. El método de las escalas de actitud, que, como subraya Abraham A. Moles, permite partir «de una masa de hechos, de opiniones o expresiones verbales, totalmente incoherentes al principio» y descubrir al final del análisis una «medida» de una magnitud pertinente al conjunto de los hechos tratados y, de ahí, una «definición» de éstos a partir de su escala, lo que aportará





quizá la definición satisfactoria de esta palabra ambigua «mentalidad», a ejemplo de la célebre fórmula de Binet: «La inteligencia es lo que mide mi test».

Además de sus lazos con la etnología, la historia de las mentalidades podrá disponer de otro gran arsenal de las ciencias humanas actuales: los métodos estructuralistas. ¿No es la mentalidad una estructura?

Pero más aún que de las facilidades de relación que procura con las otras ciencias humanas, la atracción de la historia de las mentalidades viene, sobre todo, del desarraigo que ofrece a los intoxicados de la historia económica y social y especialmente de un marxismo vulgar.

Arrancada a los viejos dei *ex machina* de la antigua historia: providencia o grandes hombres, a los conceptos pobres de la historia positivista: acontecimiento o azar, la historia económica y social, inspirada o no por el marxismo, había dado a la explicación histórica unas bases sólidas. Pero se revelaba impotente para realizar el programa que Michelet asignara a la historia en el prólogo de 1869: «La historia [...] me parecía aún débil en sus dos métodos: demasiado poco material [...] demasiado poco espiritual, hablando de las leyes, de los actos políticos, no de las ideas, de las costumbres [...]» En el propio interior del marxismo, los historiadores que lo invocaban, después de haber puesto de manifiesto el mecanismo de los modos de producción y de la lucha de clases, no conseguían pasar de forma convincente de las infraestructuras a las superestructuras. En el espejo que la economía tendía a las sociedades, no se veía más que el pálido reflejo de esquemas abstractos, no rostros, ni vivientes resucitados. El hombre no vive sólo de pan, la historia no tenía siquiera pan, no se nutría más que de esqueletos agitados por una danza macabra de autómatas. Había que dar a estos mecanismos descarnados el contrapeso de algo más. Importaba encontrar a la historia algo más, distinto. Este algo más, esta otra cosa distinta, fueron las mentalidades.

Pero la historia de las mentalidades no se define solamente por el contacto con las demás ciencias humanas y por la emergencia de un dominio reprimido por la historia tradicional. Es también el lugar de encuentro de exigencias opuestas que la dinámica propia de la investigación histórica actual fuerza al diálogo. Se sitúa en el punto de conjunción de lo individual con lo colectivo, del tiempo largo y de lo cotidiano, de lo inconsciente y lo intencional, de lo estructural y lo coyuntural, de lo marginal y lo general.



El nivel de la historia de las mentalidades es el de lo cotidiano y de lo automático, lo que escapa a los sujetos individuales de la historia porque es revelador del contenido impersonal de su pensamiento, es lo que César y el último de sus soldados, san Luis y los campesinos de sus tierras, Cristóbal Colón y el marino de sus carabelas tienen en común. La historia de las mentalidades es a la historia de las ideas lo que la historia de la cultura material es a la historia económica. La reacción de los hombres del siglo XIV frente a la peste, castigo divino, se nutre de la lección secular e inconsciente de los pensadores cristianos, de san Agustín a santo Tomás de Aquino, se explica por el sistema de ecuación enfermedad=pecado establecida por los clérigos de la alta Edad Media, pero olvida todas las articulaciones lógicas, todas las sutilidades de raciocinio para no preservar más que el molde grosero de la idea. Así el utensilio de todos los días, el vestido del pobre deriva de modelos prestigiosos creados por los movimientos superficiales de la económica, de la moda y el gusto. Es ahí donde se capta el estilo de una época, en las profundidades de lo cotidiano. Cuando Huizinga llama a Juan de Salisbury «espíritu pre-gótico», le reconoce una superioridad de anticipación sobre la evolución histórica por el prefijo, más por la expresión en que espíritu (mind) evoca la mentalidad, lo convierte en testigo colectivo de una época, como Lucien Febvre hizo con un Rabelais arrancado al anacronismo de los eruditos de las ideas para ser devuelto a la historicidad concreta de los historiadores de las mentalidades.

El discurso de los hombres, en cualquier tono que se haya pronunciado, el de la convicción, de la emoción, del énfasis, no es, a menudo, más que un montón de ideas prefabricadas, de lugares comunes, de ñoñerías intelectuales, exutorio heteróclito de restos de culturas y mentalidades de distinto origen y tiempo diverso.

De ahí el método que la historia de las mentalidades impone al historiador: una investigación arqueológica, primero, de los estratos y fragmentos de arqueopsicología —en el sentido en que André Varagnac habla de arqueocivilización—, pero como estos restos unidos en coherencias mentales, si no lógicas, se impone, luego, el desciframiento de sistemas psíquicos próximos al *bricolaje intelectual* por el que Claude Lévi-Strauss reconoce el pensamiento salvaje.

En el cuarto libro de sus *Diálogos*, escrito entre 590 y 600, el papa Gregorio Magno cuenta la historia de uno de los monjes del monasterio del que fue abad, en Roma, quien, en su lecho de muerte, confiesa a su hermano haber ocultado






Los hombres se sirven de las máquinas que inventan guardando las mentalidades de antes de esas máquinas.

tres sueldos de oro, lo que está formalmente prohibido por la regla que obliga a que los hermanos lo pongan todo en común. Gregorio, informado, ordena que se deje al moribundo expirar en la soledad, privado de toda palabra consoladora, para que, terrificado, purgue su pecado y para que su muerte en la angustia sea un ejemplo para los demás monjes. ¿Por qué este abad, cultivado e instruido como pudiera serlo nadie entonces, no se dirigió más bien a la cabecera del pecador moribundo para abrirle la puerta del cielo con la confesión y la contrición? Se impuso a Gregorio la idea de que hay que pagar su pecado por signos exteriores: una muerte y un entierro ignominioso (el cuerpo se tira al estercolero). La costumbre bárbara (¿aportada por los godos o resurgida del antiguo fondo psíquico?) del castigo físico se impuso sobre la regla. La mentalidad venció a la doctrina.

Así, lo que parece falto de raíz, nacido de la improvisación y del reflejo, gestos maquinales, palabras irreflejas, viene de lejos y atestigua la prolongada resonancia de los sistemas de pensamiento.

La historia de las mentalidades obliga al historiador a interesarse más de cerca por algunos fenómenos esenciales en su dominio: las herencias cuya continuidad enseña su estudio, las pérdidas, las rupturas (¿de dónde, de quién, de cuándo vienen este pliegue mental, esta expresión, este gesto?); la tradición, eso es, las formas en que se reproducen mentalmente las sociedades, los desfases, producto del retraso de los espíritus en adaptarse al cambio y de la rapidez desigual de evolución de los distintos sectores de la historia. Campo de análisis privilegiado para la crítica de las concepciones lineales del servicio histórico. La inercia, fuerza histórica capital, que es más obra de espíritus que de la materia, pues ésta es a menudo más pronta que aquéllos. Los hombres se sirven de las máquinas que inventan guardando las mentalidades de antes de esas máquinas. Los automovilistas tienen un vocabulario de caballeros, los obreros de las fábricas del siglo XIX la mentalidad de los campesinos que fueron sus padres y sus abuelos. La menta-





lidad es lo que cambia con mayor lentitud. Historia de las mentalidades, historia de la lentitud en la historia.

II. JALONES PARA LA HISTORIA DE LA GÉNESIS DE LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

¿De dónde viene la historia de las mentalidades? Del adjetivo *mental* que se refiere al espíritu y que viene del latín *mens*, pero el epíteto latino *mentalis*, ignorado por el latín clásico, pertenece al vocabulario de la escolástica medieval y los cinco siglos que separan la aparición de *mental* (mediados siglo XIV) de la de *mentalidad* (mediados siglo XIX) indican que el sustantivo responde a otras necesidades. Tiene que ver con otra coyuntura distinta de la del adjetivo.

El francés no deriva naturalmente *mentalité* de mental. La toma del inglés que desde el siglo XVII había sacado *mentality* de mental. La mentalidad es hija de la filosofía inglesa del siglo XVII. Designa la coloración colectiva del psiquismo, la forma particular de pensar y sentir de un «un pueblo, de cierto grupo de personas, etc.» Pero el término sigue confinado en inglés al lenguaje técnico de la filosofía, mientras que en francés no tarda en pasar al uso corriente. La noción que desembocará en el concepto y en la palabra *mentalidad* tiene todo el aire de aparecer en el siglo XVIII en el dominio científico y más concretamente en el campo de una concepción nueva de la historia. Inspira a Voltaire el libro y la idea de *l'Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* (1754) en que uno siente el principio de una prolongación del inglés *mind*. Cuando la palabra aparece, según el *Diccionario Robert*, en 1842, tiene el sentido próximo de *mentality*, de «cualidad de lo que es mental». Pero Littré, en 1877, lo ilustra con una frase tomada de la filosofía positivista de H. Stupuy, en que la palabra tiene ya el sentido ampliado, pero aún «sabio», de «forma de espíritu», ya que se trata —¿azar o referencia no fortuita en tiempo de las luces?— del «cambio de mentalidad inaugurado por los enciclopedistas». Luego, hacia 1900 —Proust subraya la novedad de un término que conviene a su investi-



¹ Con relación a mentalidad, *mentality* tiene una connotación más cognoscitiva, intelectual. Un caso límite se halla en el título de la obra de W. Köhler, *The Mentality of Apes* (1925), traducción inglesa del título alemán *Intelligenzprüfungen an Menschenaffen* (1921). Por el contrario, las connotaciones afectivas son fuertes en mentalidad, como puede verse, de forma un tanto paradójica, en el artículo de E. Rignano “*Les diverses mentalités logiques*”, *Scientia* (1917).





gación psicológica— la palabra toma su sentido corriente. Es el sucedáneo popular de la *Weltanschauung* alemana, la visión del mundo, de cada cual, un universo mental estereotipado y caótico a un mismo tiempo.

Es sobre todo una visión pervertida del mundo, el abandono por la pendiente de los malos instintos psíquicos. El lenguaje lo subraya con el acompañamiento de un epíteto francamente peyorativo, o bien en un empleo absoluto: «¡Qué mentalidad!» El inglés, por su parte, ha conservado esta tendencia de la palabra en el adjetivo: *mental* (sobrentendiéndose *deficiente*) toma el sentido de atrasado o «chiflado».

Esta coloración del lenguaje corriente ha alimentado o se ha alimentado de dos corrientes científicas.

Una es la etnología. *Mentalidad* designa a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX el psiquismo de los «primitivos» que aparece al observador como un fenómeno colectivo (en el seno del cual un psiquismo individual es indiscernible) y propio de individuos cuya vida psíquica está hecha de reflejos, de automatismos, se reduce a un mental colectivo que excluye prácticamente la personalidad. Lucien Lévy-Bruhl publica en 1922 *La Mentalité primitive*.

La otra es la psicología del niño. Aquí también, si dejamos de considerar al niño como simple pequeño adulto, es para hacer de él un menor mentalmente. Siendo así que los diccionarios técnicos franceses de filosofía, psicología, psicoanálisis ignoran la palabra *mentalidad*, el vocabulario más reciente de *Psychopédagogie et psychiatrie de l'enfant* (1970) define una *mentalidad* infantil. Henri Wallon desde 1928, en la «Revue philosophique» había establecido el lazo consagrando un artículo a *La Mentalité primitive et celle de l'enfant* (aproximación vivamente condenada, como se sabe, por Claude Lévi-Strauss en sus páginas célebres de *Structures élémentaires de la parenté*).

Antes de avanzar un paso más en el análisis de la historia de las mentalidades importa liquidar dos hipotecas previas.

La primera consiste en la duda que podría hacer surgir la constatación de que la mentalidad no desempeña prácticamente ningún papel en psicología, que no forma parte del vocabulario técnico del psicólogo. El trabajo llevado a cabo por Philippe Besnard sobre la frecuencia del término *mentalidad* en los índices de las bibliografías de psicología hizo ver que, raro en los *Psychological Abstracts* entre 1927 y 1943, el vocablo parece hoy haber caído en desuso en psicología. ¿Cómo la





historia psicológica (o mejor de las psicologías colectivas) podría aprovecharse de un término y, tras el vocablo, de una noción rechazada por la psicología?

La historia de las ciencias abunda en ejemplos de transferencias de nociones y conceptos. Tal palabra, tal concepto aparecido en un campo en que se deshace muy pronto, trasplantado en un dominio próximo crece y prolifera ¿Por qué la mentalidad no encontraría en historia el éxito que le ha fallado en psicología? Y la psicología que, por el lado de la lingüística y del estructuralismo, vio relanzar la fortuna de la Gestalt, ¿no descubriría tardíamente el buen uso que una mentalidad puede hacer? Está claro, en todo caso, que en el campo científico es la historia de las mentalidades la que ha salvado la palabra y es su uso en francés el que ha reintroducido la palabra en inglés y la ha transmitido al alemán, al español, al italiano (*mentality, Mentalität, mentalidad, mentalità*). Aquí la eclosión de la nueva escuela histórica francesa ha asegurado —hecho excepcional— el éxito de la palabra, de la expresión y del género (los tres «teóricos» de la historia de las mentalidades son Lucien Febvre, 1938; Georges Duby, 1961; Robert Mandrou, 1968).

La segunda hipoteca es la que puede hacer pesar sobre la historia de las mentalidades la tendencia peyorativa del término. Ciertamente es que Lévy-Bruhl afirmaba, por ejemplo, que no había diferencia de naturaleza entre la mentalidad de los primitivos y la de los miembros de las sociedades evolucionadas. Pero él había creado desde el principio un mal clima para las mentalidades al escribir ya en 1911 *Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures*. Y es verdad que el historiador de las mentalidades, sin encerrar esta palabra en el infierno de la memoria colectiva, la persigue en las aguas turbias de la marginalidad, de la anormalidad, de la patología social. La mentalidad parece revelarse de preferencia en el dominio de lo irracional y de lo extravagante. De ahí la proliferación de estudios —algunos de ellos notables— sobre la brujería, la herejía, el milenarismo. De ahí,

² Hay que notar las connotaciones más o menos peyorativas de las expresiones destacadas: mentalidad árabe, hindú, del criminal danés, del prisionero, *german mentality* en 1943. Una expresión interesante: *levels of mentality*.

³ *Mentalidad* apenas se cita en las bibliografías recientes de antropología (con un débil empleo de «mentalidad primitiva» o «mentalidad indígena») y en la sociología (de siete referencias en *Bibliographie internationale de Sociologie* entre 1963 y 1969, cuatro remiten a una serie de artículos de R. Lenoir aparecidos en castellano en la *Revista Mexicana de Sociología* entre 1956 y 1961 y que trata de las distintas mentalidades primitivas o civilizadas).





cuando el historiador de las mentalidades pone su atención en sentimientos comunes o grupos sociales integrados, su elección, voluntaria, de temas límites (las actitudes frente al milagro o la muerte) o de categorías incipientes (los mercados en la sociedad feudal). En una perspectiva próxima, un psicólogo como Ralph H. Turner (*Collective Behavior*, en R. L. Faris, *Handbook of Modern Sociology*. Chicago, 1964), opta, al estudiar el comportamiento de la muchedumbre, por la observación del desastre generador del pánico y emplea los datos recogidos por un *Disaster Research Group*. 

Bibliografía

Carnets de Lucien Lévy-Bruhl. París, PUF, 1949.

Duby, G.: *L'histoire des mentalités*, pp. 937-966, en *L'Histoire et ses méthodes*. «Encyclopédie de la Pléiade». París, Gallmard, 1961.

Duby, G.: *Histoire sociale et histoire des mentalités* (entrevista con A. Casanova), «Nouvelle Critique», 34 (1970), pp. 11-19.

Febvre, L.: *Histoire et psychologie*, en «Encyclopédie française», t. VIII, 1938, recogido en *Combats pour l'Histoire*. París, 1953, pp. 207-220.

— *Comment reconstituer la vie affective d'autrefois? La sensibilité et l'histoire*, en «Annales d'histoire sociale» III (1941), recogido en *Combats pour l'Histoire*, pp. 221-231.

— *Sorcellerie, sottise ou révolution mentale?*, en «Annales ESC» (1948), pp. 9-15.

— *Histoire des sentiments. La terreur*, en «Annales ESC» (1951), pp. 520-523.

— *Pour l'histoire d'un sentiment: le besoin de sécurité* en «Annales ESC» (1956), pp. 244-247.

Lévy-Bruhl, L.: *L'âme primitive*, París, Alcan, 1927.

Lévy-Bruhl, L.: *La Mentalité primitive*, París, Alcan, 1922.

Lévy-Bruhl, L.: *Le Surnaturel et la nature dans la mentalité primitive*, París, Alcan, 1931.

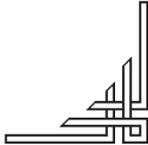
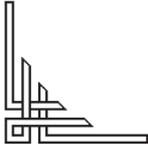
Lévy-Bruhl, L.: *Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures*. París, Alcan, 1910.

Mandrou, R.: *L'Histoire des mentalités*, en el artículo «Histoire», 5, «Encyclopaedia universalis», vol. VIII, 1968, pp. 436-438.

Wallon, H.: *La mentalité primitive et celle de l'enfant*. «Revue philosophique» (julio-diciembre, 1928).

Wallon, H.: *La mentalité primitive et la raison*. «Revue philosophique», 4 (1957), pp. 461-467 (sobre Lévy-Bruhl).

Wallon, H.: *Les Origines de la pensée chez l'enfant*. París, PUF, 1945.





Filosofía para psicólogos sociales

DE PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB



RESEÑA: Simondon, G. —1958: *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*. Buenos Aires; Editorial Cactus. 2014 —Trad.: Pablo Ires.

En tiempos de la *fast food* y de la *fast fashion*, nadie que esté en el SNI (Sistema Nacional de Investigadores), que es la cadena comercial de la *fast science*, donde hay que producir artículos como hamburguesas, tendrá zará a darse cuenta de que es, con todas sus letras, un texto de psicología social. Hay que sentarse a leerlo en serio. Y en mitad de la lectura, a la mejor se empieza a pensar a la psicología social de otra manera, con otra razón de ser y para otros fines que no sean meramente la aplicación y el logro laboral que, con todo lo indispensables que son, no tienen mucho sentido si se los deja solos, sin nada más en qué interesarse.

Gilbert Simondon (1924-1989) escribió básicamente dos libros, uno sobre la técnica (*El modo de existencia de los objetos técnicos*), leído con sed y atención por, por ejemplo, Jean Baudrillard o Bruno Latour, que luego se convirtieron ellos mismos en autores reconocidos. Y éste, que no apareció publicado completo sino hasta 2005 en francés, y en español en esta edición muy agradable de Cactus, con una traducción impecable. Fuera de ahí, como dice la cuarta de forros de esta edición, fue un perfecto desconocido que después de varias universidades, finalmente fue profesor en la Universidad de París (en La Sorbona y en Paris V, que es la facultad de psicología).

Pero los libros que duran se tardan en aparecer, y cuando lo hacen, cincuenta años después, como éste, lo hacen con una especie de novedad de segunda generación, que es ese tipo de novedad que ya no se apa-

ga sino que se vuelve clásica. En rigor, se trata de una obra de filosofía y, para más señas desconcertantes, de ontología, eso que ya no está de moda y que se refiere al conocimiento del Ser, y para acabarla de amolar, con más pretensiones que, por decir, Heidegger, porque mientras éste se detiene en el ser humano, Simondon se va al ser a lo grande, incluyendo no sólo el ser de la materia, sino incluso el ser casi absoluto, y hasta da la sensación de que está hablando —aunque no lo diga así— del universo antes del big bang, o la eternidad o, ya puestos, Dios, ya que si uno dice “el ser puro potencial omnipresente”, qué otra cosa dice. Pues bien, así y todo, es de filosofía de la psicología social, de ontología de la psicología social (los físicos también pueden decir que es de filosofía de la física. Antes de publicarse completo, apareció una parte bajo el título *La individuación psíquica y colectiva a la luz de las nociones de forma, información, potencial y metaestabilidad*).

Lo que plantea Simondon es cómo este todo, o esta nada, a la que denomina el Ser Preindividual —desindividual, indistinto, indiferenciado— se va constituyendo en diferentes entidades unitarias, digamos realidades propias, con su propio centro y su propia inmanencia, esto es, plantea cómo los distintos dominios de la realidad van tomando Forma —de ahí el subtítulo— a través de un proceso que denomina Información —de ahí otra vez el subtítulo—, que no tiene nada que ver con lo que actualmente se menciona con tal palabra, sino con el

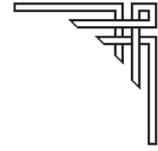


hecho de que el ser se va in-formando, o sea, entrando en forma, adquiriendo forma, imbuyéndose de forma, creándose su forma, mediante una especie de reverberación (bastante según la lógica de la teoría de campo o la teoría de sistemas), que él denomina “resonancia interna”, donde el ejemplo más recurrido es el de la formación de los cristales de roca, cuya estructura, a partir de un punto, se va reproduciendo, ampliando, propagando, extendiendo, y creciendo.

Así como nada que ver con la información, tampoco mucho que ver con los individuos. Se trata de otra cosa: a estas constituciones de los diferentes dominios, o formas, o unidades, o realidades, Simondon las llama Individuaciones (la constitución de una unidad indivisible). Y son, según él, más o menos tres (o más o menos cuatro; de repente su argumentación muestra contradicciones que a nadie estorban, y a veces se desdice, pero el lector no le hace caso):

- Una Individuación Física; o sea, la materia.
- Una Individuación Viviente; lo biológico.
- Una Individuación Psíquica, que se parece suficientemente a la inteligencia o la cognición, y que puede incluir a ciertos animales.
- Y una Individuación Transindividual, psicosocial, que es la Individuación Colectiva.

Estos son los cuatro tipos de seres existentes. Todos estos seres o individua-



ciones brotan de lo que él llamó el Ser Preindividual, que es un fondo o resto o principio, no estructurado, no determinado, no nada —o sí nada—, que se puede entender como un conjunto de fuerzas, cargas, “potenciales”, que en una de éstas describe como “la realidad de lo posible”. Y cuando esto se estructura, y toma forma, aparece la realidad o aparecen las individuaciones, que no son progresos, ni evoluciones, ni pasos, ni continuaciones, sino saltos (emplea a menudo el término “cuántico”: discontinuidades), intervalos, que provienen, como brotamientos, como





Lo transindividual psicosocial de lo colectivo es muy otra cosa: Gilbert Simondon afirma que lo colectivo es estrictamente esto: el lugar donde aparece lo espiritual.

surgimientos, como emergencias, de aquello preindividual y cuyo resultado es algo nuevo, inédito, no prefigurado ni contenido en la individuación de junto. O sea que no hay continuidad —aunque sí cierta necesidad—, sino salto —con un hueco en medio—, entre los individuos y los grupos, entre lo psíquico y lo psicosocial:

La conciencia colectiva no está hecha de la reunión de las conciencias individuales (p. 388).

Es muy interesante notar que Simondon, él mismo, se brinca de lo individual a lo colectivo sin pasar por lo social, ya que, argumenta, lo social sigue siendo sólo una reunión de realidades individuales, las cuales, como en el caso de los animales y los animales *sapiens* (i.e. los seres humanos cuando se comportan como seres biológicos) en rigor nada más se ocupan de sí mismos, aun cuando se aglutinen y colaboren en equipo —como las hormigas en los hormigueros o los empleados en las empresas— para efectos de adaptación y supervivencia, como es en el caso del trabajo o la política. Esto es interindividual pero no transindividual, es social pero no es colectivo; es viviente y psíquico, pero no es humano:

Las representaciones grupales son el objeto de la interpsicología [que a menudo le dicen “psicología social”] o de la microsociología [que a menudo le dicen igual, “psicología social”]. Pero entre estos dos términos se extiende la zona relacional oscura, la de lo colectivo real (p. 398, corchetes añadidos).

Lo transindividual psicosocial de lo colectivo es muy otra cosa: Gilbert Simondon afirma que lo colectivo es estrictamente esto: el lugar donde aparece lo es-





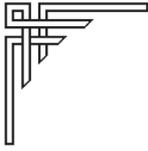
El sitio del sentido. Eso es todo. Lo colectivo no es una reunión de individuos, por muy multitudinaria e interactiva que fuera, sino el material del espíritu.

115

piritual. Eso es todo. Donde se encuentra la significación. Eso es todo. El sitio del sentido. Eso es todo. Lo colectivo no es una reunión de individuos, por muy multitudinaria e interactiva que fuera, sino el material del espíritu.

Y aproximadamente lo desglosa así: la individuación psíquica, la de los individuos particulares (no confundir individuación con individuos, que son las entidades orgánicas separadas), se topa, en el transcurso de su ser, con un tope problemático, con que tiene una suerte de inacabamiento, algo irresuelto; como que algo le falta pero que no se puede resolver en ese nivel de individuación, y entonces, el individuado psíquico saca de lo preindividual (que a veces Simondon también lo llama la Naturaleza, que era la concepción de los griegos: aquello de donde brota todo), de eso indeterminado hecho de puras fuerzas o potenciales o tensiones, algo que se pueda estructurar o individuar en otro nivel. Eso que saca son las emociones. Las emociones son unas fuerzas potenciales que una vez estructuradas o formadas aparecen como amor, soberbia, alegría, etc.; y esto, tal cual, dice Simondon, es la significación y lo colectivo, los dos al unísono, porque una emoción es algo que únicamente puede aparecer por el hecho de estar juntos, y estar juntos es la emoción. Y así, verbigracia, la soledad (que a Simondon, por razones suyas, le apuraba mucho), significa que estamos juntos, y entonces su significación es lo colectivo. Ni la soledad ni cualquier otro afecto puede existir sin lo colectivo, porque son la misma cosa. Lo colectivo mismo es la significación, y la significación es en sí misma lo colectivo, aunque no se sepa qué significa o cuál es el significado: se sabe y se siente que algo es significativo, aunque no se sepa qué significa. Seguro a estas alturas del párrafo ya suena muy repetitivo, pero la letra con repetición entra. Saber que todos tenemos un alguien dentro que no sabemos quién es, pero que es el alguien de todos juntos: eso es lo humano. Lo humano es lo colectivo, y





eso es lo psicosocial. La significación es el misterio de estar acompañados que nos une a todos.

Para mayores repeticiones, lo colectivo no se trata de lo social (tal vez no había que haberle puesto nunca ese nombre a la “psicología social”; nuestra única disculpa es que se lo pusieron en Estados Unidos, y luego lo exportaron, como las hamburguesas de más arriba), ni lo organizativo, ni siquiera lo político, sino lo simbólico: aquello que produce una significación que no es nada excepto el hecho de sentirnos juntos hasta en el aislamiento, en los aislamientos tan cotidianos de nuestra sociedad capitalista neoliberal. Es una buena idea la de que lo colectivo es el único lugar donde se encuentra la emoción, no la del miedo de la adaptación y la supervivencia, sino la simbólica, la emoción de ser seres humanos.

Por todo lo anterior, ya podrá adivinarse que es un libro que no es fácil, no sólo por lo del ser, sino porque fabrica su propia terminología sin realmente definirla y la hace operar según le vaya conviniendo; pero, eso sí, puede asegurarse que no es un rollo que nomás contenga palabrería y retruécanos sin ton ni son, sino que emplea con toda responsabilidad el lenguaje que le es necesario, y que además está bien puesto: se diría que hasta tiene literatura. Para leerlo tal vez se requiera a alguien de veinte años, que es la edad en la que se leen libros, se oye música, se tienen conversaciones, se ven películas difíciles, de éstos que no son para utilizarlos para algo, sino para adentrarse en el mundo. O se requieren estudiantes de doctorado, si no los carrerean mucho sus fechas límite. Y ya después, este libro sirve para cuando uno se cansa de ser psicólogo social o se pregunta si eso es lo que debería haber estudiado, porque sirve para —fuera de todo lo demás— entender o enterarse que la psicología social es una disciplina fundamentalmente importante, no con importancias urgentes, para hoy, sino con la importancia para siempre de la vida.

Para ser un perfecto desconocido ya es bastante famoso: hay una película, *Simondon del desierto*, que puede verse en *youtube*. 

La verdadera definición de la ciencia es el estudio de la belleza del mundo.

(Simone Weil).





Evocación sobre un lugar: Reseña a la topografía legendaria del evangelio en Tierra Santa de Maurice Halbwach



DE JAHIR NAVALLES GÓMEZ

Desde hace algunos años, décadas, Maurice Halbwachs (1877-1945) se volvió una referencia necesaria en la formación y lectura de (para) los científicos sociales. Y no es una referencia obligada ya que a muchos de esos posibles científicos les importan poco, muy poco, los temas que a éste sociólogo sí le preocuparon a lo largo de su vida. Y porque una obligación (de lectura) implica una normatividad. Un culto. Un dogma. Pero su lectura sí que es necesaria, por ser él sí uno de los pocos autores que introdujo en la discusión intelectual, de ahora, de hace años, de su propia época, una noción novedosa y original: la memoria colectiva.

Entre quienes le han dado continuidad a sus reflexiones precursoras está Amparo Lasén¹ quién, amablemente, da un listado de las temáticas con las que Halbwachs se comprometió, esto es:

“Trabajos referidos al suicidio, donde recoge y crítica la herencia de Durkheim, la morfología social, la economía política siguiendo la influencia de (Francois) Simiand, la estadística o el urbanismo. Halbwachs combina en sus investigaciones el método objetivo de la ciencia, a través de la estadística, y el método reflexivo de la filosofía. Sus obras reflejan la influencia de autores como Durkheim, Bergson, Freud y Marx.”

Al compartir con los lectores el contexto socio-histórico donde Halbwachs desplegó sus ideas, permi-

te que se re-conozca que no sólo fue él quien estuvo interesado en ese constructo, ya que según el rastreo de la profesora Lasén, Halbwachs fue uno más entre aquellos que escribirían sobre éste; los otros serían, por supuesto, Henri Bergson y Marcel Proust (con quienes habría de reconocer que el sociólogo adquirió una deuda intelectual), además de algunos grandes de la literatura: Henri James, James Joyce, Joseph Conrad y, tal cual los menciona Lasén, los surrealistas. Ella lo expone así: “En esta época domina la reflexión sobre la memoria y el recuerdo en la creación científica y literaria”.

Y la época que ella considera contiene a las primeras décadas del siglo XX, distantes para las nuevas generaciones, pero cargadas de significados y de compromisos disciplinares. Ya que todos los campos de conocimiento en los inicios del citado siglo intentaban definirse, aclarar sus intenciones y bosquejar un proyecto que mínimamente perdurara unas cuantas décadas. Y con Halbwachs eso sí que funcionó, ya que a partir de todos los temas que le preocuparon, llegó a publicar varios artículos (en vida, desde 1905 hasta 1944; siendo sólo las últimas tres obras póstumas —una de las cuáles fue un manuscrito que después revisó y editó su hija— y que se volvió su libro más citado: *La Memoria Colectiva*).

El dato exacto lo dio Paul Ricoeur², ya que ese libro fue publicado en 1950 con otro nombre [*Mèmoire et Societé*], y reeditado en 1968 con el título por todos

¹ Nota de Introducción al texto de Maurice Halbwachs (1995), *REIS*, 69, pp. 203-208.

² Paul Ricoeur (1985): *Tiempo y Narración III*. El Tiempo narrado. México. Siglo XXI Editores.





El interés se enfoca en el segundo, un libro más discreto, relegado en la literatura, de escritura compleja y repetitiva, un ejemplo adecuado para hablar de sociología

conocido. La intención que conlleva lo dicho facilita identificar los inicios de ese “culto” académico hacia sus reflexiones, ya que según dicen, este, su último texto extenso lo escribió mientras Halbwachs moría de disentería en el campo de exterminio al que fue confinado en la Segunda Guerra Mundial. Mencionar esto sirve para bajar del pedestal a Halbwachs, lugar donde la renovada academia lo fue ubicando como el referente teórico para “aplicar” en las investigaciones contemporáneas.

Ahora bien, ese libro no es el que se reseña aquí, el más famoso de los tres que escribió, porque en el título se reivindica la noción (inicialmente) académica, (posteriormente) política. El interés se enfoca en el segundo, un libro más discreto, relegado en la literatura, de escritura compleja y repetitiva, un ejemplo adecuado para hablar de sociología (o psicología) religiosa. Equiparable, tal vez, con aquel otro escrito por Durkheim, *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*. Y que cuenta con una carta de presentación magnífica, como ésta la que le hizo Jean Stoetzel³ en 1970: “[Halbwachs] se ha detenido a examinar con detalle, sobre un caso particular, un fenómeno histórico y objetivo de la memoria colectiva, lo que le ha valido a la literatura psicosocial una obra perfectamente original y única”. Y el título es por demás llamativo y descriptivo: *La Topografía Legendaria del Evangelio en Tierra Santa. Estudio de Memoria Colectiva*.

También señala que el libro fue pocas veces mencionado por los psicólogos sociales, dos veces sí acaso, enfocándose solamente en sus reflexiones sobre la memoria colectiva, desplazando sus otros campos de interés, lo cual devino en una lectura incompleta, una revisión superficial y una crítica y “refriteo” conve-

³ Jean Stoetzel (1970): *Psicología Social*. Madrid. Marfil.



niente a sus presupuestos intelectuales. Y las consecuencias de esta lectura parcial de su obra provienen de la exigencia disciplinar por ubicarlo dentro de las mismas, por ejemplo, a Halbwachs se le puede reivindicar como sociólogo, como urbanista, como un socialista (hasta tenía su carnet que le acreditaba como tal), pero no como un psicólogo social representativo de la época en la que redactó sus textos. Esto es debatible por supuesto, sin embargo, como parte de la tradición intelectual a la que perteneció, el mismo Halbwachs se fue desmarcando de lo que comúnmente se hacía en su tiempo de guerras y entreguerras, de desplazamientos forzados y de reclusión.

A Halbwachs no le interesó la psicología social de su tiempo, por científicista e individualista, más bien se vio inmerso en el debate entre lo individual y lo colectivo, propio de sus enseñanzas durkheimianas y/o bergsonianas. “[...] y aunque sea imposible reducir sus influencias a una, Halbwachs ha venido a ser considerado en muchos sentidos como el heredero de Durkheim”, escribieron Ana Vitores y Pep Vivas⁴. Esto sugiere que aparte de crear su propio legado, le dio continuidad al de aquel que fuera su maestro. Ubicados en una tradición del pensamiento social que se interesaba por los estados de conciencia, los estados psíquicos colectivos, las costumbres, las prácticas sociales y, lo que atañe a esa segunda obra, *La Topografía...*, la permanencia y transformación de las creencias religiosas.

Será en ésta su segunda obra donde le reconoce al espacio, a los lugares, a las localizaciones, a los desplazamientos, a los relatos, la importancia necesaria en la conformación del recuerdo; éste se sostiene en cómo se cuenta una historia local, una que sea la referencia a la vida grupal o en colectivo, donde se especula quiénes, cuándo, cuántos y dónde estaban en algún momento de la historia, a dónde fueron, si acaso alguien los vio, los escuchó, y cómo el dato se modifica con la intención de legitimarlo, reubicarlo espacial y temporalmente al gusto del colectivo en turno. Y es que ante la imposibilidad de vivir la experiencia, toda narrativa se adapta a conveniencia.

El texto originalmente se publicó en 1941, pero la traducción al español es de 2014, responsabilidad conjunta del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), pero en específico de Ramón Ramos Torre y de Vicente Cristóbal López. La-

⁴ Ana Vitores y Pep Vivas (2005). La Psicología Colectiva de Maurice Halbwachs. *Athenea Digital*. 8. Pp. 1-3.



bor fragmentada en la selección de algunos artículos previos, por documentar, la traducción del postfacio a *La Memoria Colectiva* (Editorial Anthropos) hecho por Gérard Namer y el estudio introductorio de Lásen que ya fue mencionado. Al final el texto editado por el CIS consta de 365 páginas que incluyen a otros autores que complementan la obra, y que son estudios que toman como referencia primigenia a *La Topografía Legendaria del Evangelio en Tierra Santa*.

Ahora bien, Ramón Ramos –él sí precursor en los estudios sobre memoria colectiva- escribe un prefacio donde comparte las dificultades en la redacción y lectura del texto, la complejidad ante su lectura y el compromiso que podría o debería aceptar el posible lector de una obra con estas características. Por caso, intercede por la originalidad de la obra, reconociéndole el valor que tiene por sí misma, no sólo por el tema sino por la manera en que fue escrita y la califica así, como “peculiar, muy peculiar”, y lo argumenta así: “porque [...] se materializa una textualidad poco acorde con el canon académico, lo que ha interferido



negativamente sobre su reconocimiento como un texto de referencia o clásico de la sociología”; además reconoce que incorpora a la discusión nuevas líneas de investigación, como son: la sociología histórica, la sociología del espacio-tiempo y la sociología de la religión.

Ante tal diversidad de aproximaciones evidencia una ruptura con el sentido común académico de esas décadas donde Halbwachs redactó cada uno de sus manuscritos, Ramos finalmente señala que “esto puede explicar la casi-silente recepción de la obra y su destino posterior como libro intempestivo, raro, atípico, incomprendido”; al contener tanta información, por ejemplo, sobre Los Evangelios (que son transcritos por el mismo autor de manera íntegra para acudir a estos como guías del recorrido hecho por los peregrinos), o sobre lo que hicieron tanto los cristianos como los discípulos reconocidos, o lo que escribieron sobre los encuentros, los desencuentros, los eruditos y los literatos interesados en la vida de Jesús.

Últimas acotaciones hechas por Ramón Ramos: 1) el texto requiere una lectura lenta, profunda, comprometida, para lograr comprender como Halbwachs puso atención al detalle en la descripción de cada una de las localizaciones donde se dijo que había pasado algo, alguien: un milagro, una presencia, un acontecimiento, 2) señala también que Halbwachs al ser de su interés las creencias religiosas, convoca en una misma discusión a una sociología de la religión junto con una sociología del conocimiento, y 3) sugiere que un *estudio sobre la memoria colectiva* implica una larga duración, ya que asentados en la historia lenta (Braudel⁵) es posible identificar los cambios en los relatos sobre los lugares inscritos en las intenciones de aquellos que contaron los procesos que impactaron en el pensar y sentir colectivo.

El texto se divide en tres apartados, uno, el prefacio y la introducción a la edición de la Presses Universitaires de France (PUF) donde Ramón Ramos habla y da contexto histórico, político e intelectual; dos, la obra en sí, que consta de una introducción y nueve capítulos, y tres, las investigaciones y reflexiones de diversos autores intentando dar continuidad a esas reflexiones primigenias. Esta reseña sólo considera lo escrito por Halbwachs, no más.



⁵ Braudel, Fernand (1968): *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid. Alianza Editorial.





Ahora bien, pareciera que a través del libro se pretende responder a la incertidumbre provocada por los viejos relatos de aquella historia religiosa primigenia, ya que existe una necesidad por corroborar los pasos del Mesías, pero también de sus discípulos, pero ante todo del sufrimiento y el sacrificio que se cuenta desde las Escrituras, y es que al lograr ser confirmados, inicia el ritual, los rezos, los cánticos, las plegarias, porque a partir de las palabras y del recorrido en ciertos lugares, la creencia será (fue) legitimada. La fundación de la memoria comienza a partir de ir, ver, estar, registrar, para después contarlos.

Así es como se asientan los testimonios, para decir que ahí se estuvo, que eso se vivió, que ahí se convivió con alguien, que en ese lugar, en ese tiempo, algo sucedió. Y al compartirlo con otros más, la creencia se sostiene, se amplía, se divulga, dándole sentido a las futuras reuniones, recorridos y relatos donde los mismos, y uno que otro indiferente, estarán convocados.

Llama la atención que a Halbwachs le preocupe identificar las “leyes de la memoria colectiva”, y que éstas estén directamente relacionadas con los recintos religiosos, los monasterios, las mezquitas, las capillas, las procesiones, las ruinas, lugares que adquirieron, o se les atribuyó, alguna carga simbólica a partir de las experiencias compartidas. De ahí se desprenden ciertos conocimientos sobre los, de origen, datos religiosos, posteriormente vueltos históricos, estableciendo un debate sobre su exactitud la cual, al final, no importa tanto, sino la forma en la cual se transmite el relato, se mantiene en las conciencias, sigue convocando a los creyentes, que lo aceptan con mínimas variaciones convenidas por el mismo colectivo, por ello es que Halbwachs se atreve a señalar que, este estudio, es “una experiencia de psicología colectiva”. Todo esto queda expuesto en los primeros capítulos.

El gran relato bíblico pone especial atención en el vínculo que se establece entre los lugares y los recuerdos, siendo los santuarios su mejor ejemplo, ahí es donde los creyentes se reunían con la intención de reconocerse al compartir su creencia, por ejemplo, en las narrativas que hablaban de la Resurrección o de la Última Cena, o del descenso del Espíritu Santo; lo que señala Halbwachs es que estos relatos eran adaptaciones que legitimarán los pasos, las prácticas en esos emplazamientos y los recuerdos, para él, serán “desdoblamientos” de los lugares donde se dijo algo pasó, ciudades por ejemplo, o los recintos mencionados, capi-





llas o colinas por donde los creyentes transitaron o al remontar a las personas que estuvieron por ahí, los apóstoles, o de lo que se sigue contando respecto a su permanencia, existencia, derrumbamiento, renombramiento. Intentando responder a una sola pregunta: ¿cómo se han ligado los recuerdos... a un lugar?

Ahora bien, según Halbwachs pareciera que la tradición se fundó sobre una aproximación mística, sin datos, sin registros, sólo confiando en la tradición oral. Ecos de los relatos acerca de los recorridos de Cristo sin una sola construcción que los avale, “sin ningún vestigio auténtico, de una certeza auténtica”, esto obligó a que los peregrinos presionaran sobre su existencia material, algo que tanto se pudiera ver como tocar, un “algo” sobre el que todos procurarían su búsqueda y registro. La atribución mística hace referencia a “sentir” la presencia de Cristo en algunos de los emplazamientos mencionados en las Sagradas Escrituras. Conocer el pasado justificaría así la creencia en el presente, y el pasado, descrito en las Escrituras, habla del presente, de las vivencias, del Mesías.





Por ello la reconstrucción del acontecimiento a partir del discurso se vuelve tan importante, porque sin ningún vestigio, sólo queda la palabra transmitida generacionalmente, y sin escuchas, sin alguien que la comparta, el colectivo corre el riesgo de desaparecer; serán las historias llenas de detalles las que justifican las convocatorias a reunirse y repetir, cada ocasión, las mismas palabras, cánticos, rezos, parafernalias religiosas que nunca se desgastan porque se reaniman discursivamente. La palabra que se esparce, el mensaje que se difunde, genera un vínculo que permitiría así conectar periodos y significados: “sería el único elemento a nuestra disposición entre la época evangélica y el mundo actual”.

Cabe señalar que en este texto objeto de reseña se dedican unos capítulos a ciertos lugares específicos: Nazaret (capítulo 7) y Belén (capítulo 2), el Monte de los Olivos (capítulo 6) o la Vía Dolorosa (capítulo 5), nombres que han sido escuchados, que forman parte de las conversaciones religiosas y coloquiales, que son la referencia al instante de que algo, alguien, pocos, uno o doce personas los recorrieron, que estuvieron ahí, así se reconocen como los elementos que le dan sentido a las narrativas de la memoria colectiva cristiana, “los Evangelios parecen ser el fruto de un trabajo de elaboración colectiva y, en parte, popular”; colectiva porque también, a partir de la religión, son una imposición ideológica a los individuos pertenecientes a los grupos convocados, popular porque son datos inexactos, deformados, erróneos, equívocos, de difícil pero no imposible consenso.

Esa inexactitud es producto de la cercanía temporal del acontecimiento y los testimonios entre quienes lo vivieron y contaron, que pudieron ser muchos y, en consecuencia, ponerse de acuerdo fue un logro entre demasiadas voces, escuchas, sentires; los recuerdos son emociones que nunca devienen en lo mismo, mutan, se deforman, y por ello es obligado ponerlas en palabras, darles secuencia, seguimiento, hacerlas escuchar para que otros más estén de acuerdo con lo dicho acerca de cualquier acontecimiento. Los Evangelios cumplieron esa función, remontar fragmentos de la vida, obra, sacrificio y muerte del Dios cristiano. Y su recuerdo sólo tiene sentido pasado el tiempo, al rememorar, al conmemorar, al festejarlo, al clausurarlo: “A medida que se alejaba de los acontecimientos, el grupo tenía que precisar, reorganizar y completar la imagen de lo que tendía a guardar. Y así, mientras que para comprobar sus percepciones los hombres normalmente tiene necesidad de aproximarse al objeto, parece que es preciso que se alejen de él para conservar un recuerdo colectivo”.





La dispersión del colectivo, sumado al silenciamiento de la palabra y al derrumbamiento de los lugares, vuelve imperativo recordar, ese es el punto nodal de la memoria, recordar ¿para qué?, ¿para quién o quiénes?, ¿cómo? si ya no hay nada que permita corroborar la existencia del colectivo del que se pretende participar.

Halbwachs señala que la carga mística y simbólica asignada a los lugares se torna una exigencia religiosa, ya que estos, de inicio, estuvieron vacíos, eran simples huecos a llenar dentro del proceso civilizatorio, una cuestión que aprovecharían los creyentes para así ampliar y legitimar su versión en la conformación de esa verdad devota.

Pero “los lugares sagrados no conmemoran”, simplemente ideologizan las creencias compartidas asociadas con estos, o con algún otro emplazamiento cercano, donde se registró, mejor dicho, se divulgó, un evento con la suficiente carga mística para convencer a los más de que este sí sucedió. Tarea de la cual se encargan las siguientes generaciones de creyentes. Empero, el dogma desplaza a los testimonios, ya que de lo que se trata es de “fortificar a la fe”. Acudiendo a diversos recursos: un signo, una figura unipersonal, un emplazamiento saturado de símbolos y significados.

Preámbulo de un adoctrinamiento colectivo, una idea que permeó las conciencias del colectivo, ese es el caso de la expiación, creer en esta implicaba no cuestionar los testimonios ni a los testigos, la carga afectiva que proviene del dolor, de verlo, de escucharlo o de sentirlo, requiere nunca ponerlo en duda, si se vivió, alguien sufrió, y en este caso específico, ese sufrimiento fue lo que le da legitimidad a los creyentes, a los devotos, por ende, al colectivo que arrastra consigo esos sentimientos: “Así trasladados y elaborados en una memoria colectiva ampliada, los recuerdos cristianos tuvieron sobre todo por objeto los lugares consagrados y que llamaban al culto”.

La noción de “lugar santo” es la referencia a todos aquellos quienes se reúnen ahí continuamente, lo procuran, lo vigilan, evitan algún cambio brusco en derredor, y es al demarcarlo, que asumen la forma del lugar, a través de los recorridos constantes, de peregrinar en la búsqueda de otros semejantes. Así es como se sostiene la creencia, en la ilusión de la existencia material de un lugar donde se reconocerían grandes esperanzas. Por ello vale la pena recorrer grandes distancias, pasar penurias, sufrir, adolecer, siendo todos estos los requisitos místicos que sirven como



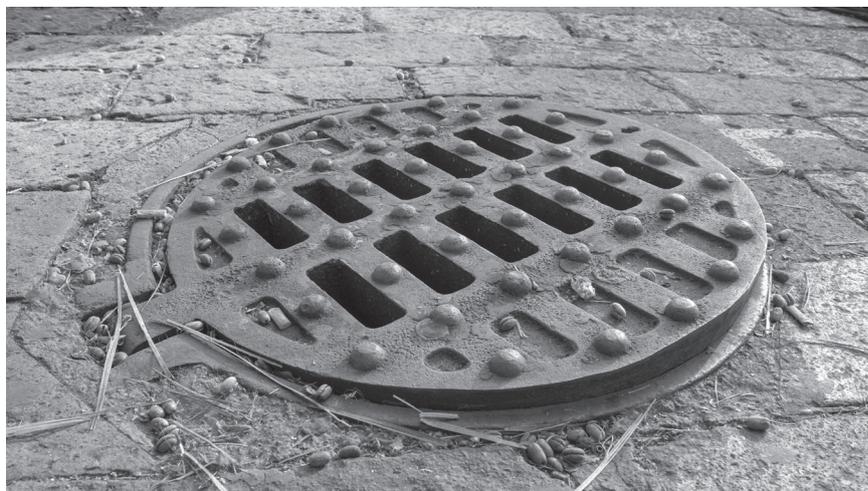


la llave de acceso a esa realidad, a esa verdad. Y donde antes de entrar ahí, habrá que purificarse, en cuerpo y alma.

La descripción de cómo sucede esto ocupa buena parte del capítulo nueve, ahí es donde se ubica el núcleo duro del texto, en este apartado tienen cabida las reflexiones puntuales, el seguimiento a la transcripción de las escrituras, pero ante todo postula, y reconoce, las leyes de la memoria colectiva, no les asigna nombre, pero sí describe el proceso.

Luego entonces sugiere que todos aquellos que, por la razón que fuera, se alejaron de los lugares a los que hacen referencia los relatos requieren de una representación simbólica de los mismos. Imágenes que provienen de los recuentos, detalles que se hacen extensivos a todo miembro del colectivo, añoranza que recrea las relaciones, ya que “es sin duda la estabilidad de la imagen la que explica que las creencias duren”.

La imagen resiste, perdura, trasciende; las palabras no, los relatos adolecen de versiones convenientes donde o resaltan o se vituperan personajes, acciones, sentires. Las creencias encuentran un sustento sólido en las imágenes que se divulgan, paradójicamente, los lugares pueden desaparecer. Aún así las imágenes cada ocasión van acompañadas de una explicación, que pudo ser un dato histórico pero que de inicio, antes de ser tal cual, es decir, antes de ser corroborado, se desprendió de la tradición oral, que constantemente se va redefiniendo

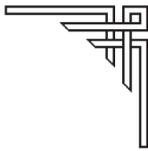
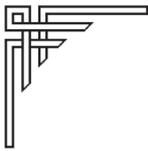


en el tono, el género cómo se va contando, re-contando el acontecimiento, por ejemplo, dice Halbwachs, que el Evangelio de ser una versión apocalíptica pasó a leerse (y escribirse) como una narración de forma legendaria. Lo místico se ve desplazado por lo que ha sido humanamente construido, lo imaginario por lo real, la ilusión por una ficción creíble, y así, el mito siempre da paso a la historia.

También sostiene que: “los Evangelios serían relatos hijos de la imaginación”, eso sin duda, por la cantidad y la calidad en los detalles, la descripción de personajes, las bitácoras de las travesías, las ganas de convencer a los posibles lectores, motivo por el cual intentan fijarlo todo ello en un punto de encuentro, de paso, de sufrimiento o de algarabía: sea la crucifixión, la Última Cena, la expiación. Y replicarlos es lo que enriquece esa narrativa primigenia, se trata de hacer lo mismo, de palparlo, de “localizar sus recuerdos sobre el suelo”, ya que sino se volvería imposible de sobrellevar la tradición. El relato del recuerdo obliga a buscar y encontrar aquel lugar que se nos ha descrito.

Es necesario aclarar lo siguiente, es inevitable un debate entre versiones, mismas que pugnan por recuperar cualquier detalle o dato o visión que beneficie a su relato fundacional, cada una se fortalecía de lo dicho por la otra, por sus vacíos o sus profundidades, por un personaje que faltó mencionar o uno otro que hizo lo mismo pero al que no se le llamaría igual: los recuerdos judíos versus los recuerdos cristianos, como ejemplo, lo dice Halbwachs, están la Natividad y las localizaciones en Belén.





Por ende, la propuesta que hace el urbanista Halbwachs acerca de que la memoria colectiva —cristiana— es una cuestión espacial se justifica, ya que ésta pretenderá ser escrita “sobre el suelo y en el libro”, siendo retribuida al imponerse una sobre la otra, la espiritual sobre la formalista, la de pretensiones universalistas sobre la local y racional. Sin mayor discusión el territorio vacío se va re-significando a partir de la consagración.

La memoria se renueva al recuperar fragmentos, tonos, participaciones de los que escucharon el relato de los que sí estuvieron ahí, o de los que describieron como fueron sus impresiones:

“Es así como, para una comunidad nueva, las tradiciones de los grupos más antiguos constituyen el soporte natural de sus propios recuerdos, a los que dan firmeza y sostén como autores. Pero, a la vez y a largo plazo, arrastra esas tradiciones en la corriente de sus recuerdos, las separa de un pasado cada vez más oscuro, de esa noche de los tiempos en la que parecen perderse, y las transforma, haciéndolas suyas. Al mismo tiempo, las desfigura, cambiando su lugar en el tiempo y en el espacio. De esta forma, las renueva para proceder a aproximaciones inhabituales, oposiciones inesperadas, gracias a las combinaciones y alianzas en las que las hace entrar”.

Algo le inquieta a Halbwachs a lo largo del texto, esto es, la capacidad de responder cómo los recuerdos se relacionan con los lugares, cuáles son los procesos que siguen para permanecer en las conciencias y que, según señala, son diversos. Las “leyes de la memoria” antes mencionadas, ahora las debe sustentar con ejemplos y desglosando cada detalle propuesto por la palabra (el Evangelio) sobre el territorio (la Tierra Santa): División, cercanía, duplicidad, fusión.

Inicia señalando cómo es que los lugares sagrados se vuelven atractivos para ubicar ahí una variedad de hechos históricos, sólo basta uno para que comiencen a llegar más, a asociarse con su cercanía, *como sí* lo sagrado llamara a lo sagrado, *como sí* un afecto convocara a otros (la redención, por ejemplo), *como sí* al vincularse un “nuevo” recuerdo con un lugar donde ya se reconocían otros más, éste se hiciera más legítimo, es decir, los recuerdos al ser miasmas afectivos, se refuerzan, se complementan mutuamente, uno lleva a los otros, los pone en secuencia, y Halbwachs lo ejemplifica con el Monte de los Olivos, el cuál atrajo sobre sí otros hechos religiosos que nada tenían que ver, originalmente con él, i. e., la Ascensión, la oración dominical, algunas apariciones. Y así, en los Evangelios quedan docu-





versos se olvidan, se encuentran reunidos en un hombre, referidos y atribuidos a una sola persona”.

Desde éstas dinámicas se sostiene la memoria colectiva, permanece a través de pequeños cambios, sutilezas que, pasado el tiempo, y bajo una mirada crítica sugieren que la memoria —materialmente— ya no es la misma, todo cambio, se erosionó, pero —simbólicamente— a partir de multiplicarse, restarse, los signos, permanece su esencia, el primer acontecimiento, el detonante del recuerdo sigue ahí, el compromiso, la responsabilidad, la enseñanza, deviene en su búsqueda y confrontación.

Finalmente Halbwachs comparte sus impresiones sobre cómo actúa la memoria, indistintamente lo hace a cualquier nivel de agrupación (familia, iglesia, sindicato, grupo obrero, nación), esto es, el recuerdo se extiende a través de las conciencias que pueden estar a favor o en contra de que esa otra versión prospere, empero, lo difunden, lo divulgan entre pasos y palabras; ahí se vuelve intensiva, se fortalece en la diversidad de relatos, interlocutores, individuos, colectivos, ansiosos por escuchar. Y Les llama así: concentración, parcelación, dualidad, ese es su bosquejo sobre las leyes de la memoria colectiva⁶.

Si acaso las creencias no se consideraban como “objetos de estudio” lo suficientemente serios o dignos de interés por parte de las ciencias sociales, fue Halbwachs, a partir de sus investigaciones y disertaciones sobre lo colectivo quién les otorgó veracidad. Les reconoció en sus diversas formas, conmemoraciones, festividades, costumbres, rezos, testimonios, pero ante todo ubicándoles en aquellos quienes las hacen, las practican, las justifican, hacen de estas la manifestación entrañable de una identidad, a partir del contraste entre lo escrito, lo visto, lo escuchado, lo sensible. Por su intensidad, su disposición para ser compartidos, los recuerdos permiten diversidad de movilizaciones sociales, animadas por “una fe colectiva, conmovedora”.

Resta decir que esta aproximación, que se adentra en lo místico y religioso, propone su propia metodología, adecuada para los fenómenos sociales inscritos bajo estas características, empero las “leyes de la memoria colectiva” no son recetas de cocina, acotación necesaria a considerar ante la plétora de investigaciones o aplicaciones de aquellos aferrados en de-formar a su conveniencia e intereses —políticos, académicos— los presupuestos clásicos de la memoria colectiva. 

⁶ Soetzel, Jean (1970). *Psicología Social*. Madrid. Marfil.



¿Dónde pongo lo hallado? un relato biográfico desde la Universidad desmantelada

115

ADRIANA GIL-JUÁREZ

RESUMEN

En esta narración comparto la carrera de obstáculos en la que se ha convertido la carrera académica del profesorado en Cataluña. Entre estos obstáculos, sin duda uno de los más importantes es el tortuoso proceso de acreditación de la calidad investigadora y docente, una serie de procedimientos requeridos para poder concursar por plazas de profesorado a tiempo completo. Dicho proceso, que tiene el propósito oficial de establecer un estándar de ‘calidad’ investigadora y docente, acaba valorando fundamentalmente las publicaciones en revistas internacionales indexadas con ‘altos coeficientes de impacto’, dejando fuera, sin prácticamente ningún reconocimiento ni valor, el resto de actividades que toda trayectoria académica comporta (docencia de calidad; gestión colectiva de lo académico, proyectos de intervención social; direcciones de tesis; atención a los estudiantes; difusión social a la comunidad; publicaciones relevantes socialmente, etc.). El proceso de acreditación acaba deslegitimando el trabajo

¹ Agradezco la lectura pormenorizada, comentarios, correcciones y sugerencias de María Feliu, Joel Feliu y Ana Vitores a los borradores de este texto. Pero sobre todo su generosidad y su dedicación. Especialmente en estos tiempos, en los que dedicarse a labores improductivas y desinteresadas como ésta, no es más que una muestra de vocación académica.

realizado y la identidad construida, poniendo en peligro el propio puesto de trabajo y el sustento, que ni siquiera están asegurados después de obtener las acreditaciones correspondientes; además de colocar en situación de vulnerabilidad a muchas mujeres académicas, quienes nos resistimos a dejar la propia vida de para dedicarnos únicamente a la gestión del currículo.

PALABRAS CLAVE: Relatos biográficos; Precariedad laboral en la Universidad; Universidad neoliberal; Capitalismo Académico; Género

Después de cinco semestres de licenciatura; cuatrocientas ochenta horas de servicio social; dos años de tesis de licenciatura; solapadamente (con servicio social y tesis) cuatro años de ayudante de investigación, tres años de técnico académico auxiliar como asistente editorial de revistas científicas de la facultad y dos años de profesora de bachillerato universitario; dos años de cursos de doctorado como becaria; una tesina de magíster como becaria; cuatro años de tesis doctoral como becaria; seis años como profesora a tiempo completo de universidad a distancia virtual; solapadamente cinco y dos años de profesora asociada en dos universidades simultáneamente; cinco años de 'profesora lectora' previa obtención de la acreditación correspondiente; un año de profesora visitante; dos años y medio de 'profesora agregada interina' previa acreditación correspondiente; después que desde el año 1989 haya participado en veinticuatro investigaciones, de las cuales he dirigido-coordinado seis; que como coordinadora haya obtenido el reconocimiento de grupo emergente -por el gobierno autonómico- y que como participante esté en un grupo con el reconocimiento de grupo consolidado -también por el gobierno regional-; que recientemente me hayan otorgado otra financiación de investigación como una de las dos coordinadoras de un equipo internacional, y que

participe como experta en mi campo en una investigación europea de gran presupuesto recién concedida; pues después de todo eso, aún no he probado de manera suficiente que valgo para el puesto de profesora e investigadora. Y aún más, aún pelagra la posibilidad de que pueda seguir siéndolo. Tengo 52 años.

¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?

Desde que el nuevo modelo de universidad y sus agencias locales y estatales de acreditación se materializaron en el panorama universitario español, hace ya casi dos décadas, muchísimas personas hemos sufrido sus consecuencias. Historias terribles se han contado pública y privadamente sobre la expulsión sin más de docentes calificados y con experiencia, después de que el propio estado hubiera pagado su formación durante años; la indefensión ante las acreditaciones; la precarización de las carreras académicas, y sobre el pluriempleo a que ello ha obligado, entre muchas otras cosas.

No se trata de un modelo consensuado y discutido entre los diferentes grupos de la comunidad universitaria, que empezara con las nuevas personas que recién se incorporaban a la carrera académica y a las que se les hubiera explicado las reglas del juego desde el inicio. Más bien es una apuesta pensada y aplicada unilateralmente, desde arriba, desde los centros financieros y políticos globales, interesados únicamente en proveerse de efectivos, conocimientos y servicios que les benefician, y en la mercantilización de todo el sector público (González Casanova, 2001), lo que ya de paso, elimina a los sectores críticos, libres de condicionantes o fidelidades que puedan criticarlos. Aunque este desmantelamiento de la universidad como espacio público de debate y producción de conocimientos diversos, afecta a todas las disciplinas y áreas de conocimiento, lo cierto es que algunos de sus efectos más devastadores han recaído en todos aquellos espacios que no se cuentan entre las llamadas ciencias naturales.

Así que estoy escribiendo ahora como trabajadora de las ciencias sociales, de la psicología social concretamente, como una voz más que llame la atención sobre el giro de ciento ochenta grados que está haciendo la universidad, y sobre todos los dados por hecho a los que nos hemos acostumbrado en nuestras labores de cada día y sobre los efectos que tienen en nuestras vidas personales también. Se trata de generar un espacio que se sume al cuestionamiento de por qué nuestra producción, nuestros servicios y nuestra gestión, tienen que seguir una lógica de mercado (Bodovski, 2018). Por qué tienen que convertirse en piezas de cadena de montaje y tienen que guiarse por demandas ajenas a las de nuestras propias disciplinas, tras la apariencia de una excelencia aséptica. Se trata de contribuir con un testimonio modesto a través de la biografía y sus marcas de género, clase y condición de migrante, al examen del contexto.

Sin duda, ser académica hace casi treinta años cuando me puse a ello y ser académica hoy en día, ya no son la misma cosa. Y no por aquel lugar común de que la ciencia avanza y ha habido cambios que permiten que el conocimiento y sus prácticas sean cada vez mejores, sino porque las instituciones y las estructuras que las mantienen han decidido que ya no sería lo mismo. Porque ha habido políticas claras que han decidido apostar por una universidad que sólo sirva para preparar para el mercado laboral y se rija por sus criterios. Criterios de oferta y demanda, criterios de eficiencia, eficacia y efectividad, criterios llamados de calidad, que se propusieron acabar con la endogamia (endogamia que sin entrar a valorarla, existe en el resto de esferas públicas y privadas de la sociedad, por cierto); y criterios que se propusieron acabar también, por qué no decirlo claramente, con el poder de la universidad como espacio para pensar, cuestionar y criticar los órdenes establecidos; dejando intacto o en todo caso fortalecido el espacio en el que la universidad sirve para reproducir y mantener dichos órdenes:

“La penetración de las lógicas neoliberales en la Universidad, decíamos, pone en jaque nuestra vida, las relaciones de cooperación con nuestros compañeros, la reciprocidad como lógica de relación. Pero no solo. Al tiempo que nuestra precariedad vital se pone en juego, lo hace también el lugar social que imaginamos para la Universidad. Dicho de otro modo: las lógicas competitivas y de mercado que se han introducido no solo condicionan a quienes la habitamos, sino que redibujan la función social del conocimiento, alejándolo cada vez más de su potencia política en términos de transformación social” Ávila, Ayala, García, 2018.

En efecto, ser académica ya no es lo que era hace treinta años, pero este cuestionamiento no tiene nada que ver con la nostalgia, sino con la necesidad de poner en evidencia que no solo hay dos extremos de lo que puede ser la universidad. No solo existen la Academia Feudal y la Academia Neoliberal. Nos han vendido y algunos han comprado (incluso generaciones posteriores a la mía) la idea, de que, aunque defectuosa, la vía neoliberal es un avance respecto de las prácticas anteriores:

“El atributo feudal remite a las relaciones de vasallaje entre profesores consagrados y los estudiantes y doctorandos aspirantes a ser docentes e investigadores estables. Dicho vasallaje implica una cierta protección (promesa de asignación de becas, participación en investigaciones, congresos, plazas, etc.) a cambio de subordinación (inclusión de la firma del profesor consagrado en los artículos, alineamiento incondicional en caso de conflicto interno en los departamentos, etc.)” op. cit.

Pero entre esos dos polos hay toda una gama de opciones y de posibles proyectos de universidad, que podrían materializarse de manera situada y específica según las necesidades en particular. Todo espacio que trabaja para una administración pública con dinero público tiene que tomar decisiones

éticas. Según qué universidades, qué departamentos, qué tipos de plazas les faltan, qué habilidades se necesitan para completar los equipos, qué tipo de docencia hace falta, qué tipo de innovaciones o consolidaciones hay que llevar a cabo, qué tipo de gestión docente hay que realizar, etc.; debería poder que buscar soluciones ad-hoc, siempre que sean transparentes y honestas. No se trata de dinero particular ni de una empresa privada, son los recursos públicos de todo el mundo, y cada caso necesita sus propias soluciones. No necesitamos de soluciones estándar que impongan hacer de todas las personas investigadoras y docentes, la misma ‘persona’ con las mismas habilidades en todo el mundo, como un producto de consumo masivo.

En estos momentos mi carrera en la universidad podría consolidarse después de tantos años de incertidumbre, cuestionamiento y constantes demandas de demostración de mis calificaciones, o finalmente, podría terminar pronto, como tantas otras en los últimos años. Y si este es el desenlace, sentiré una profunda decepción, no solo como fracaso personal, sino también por el fracaso de las instituciones, políticas y estructuras que promovieron que toda una generación de académicos se perdiera entre la universidad de antes y la apuesta por la universidad de ahora. Por todas esas vidas académicas truncadas, expulsadas y precarizadas, pero también porque no habremos sabido hacer frente² a la ola neoliberal que está erradicando nuestra vieja subjetividad y convirtiéndonos en burócratas preocupados y ocupados por gestionar nuestra trayectoria en la meritocracia.

¹ En mi última revisión de este manuscrito, acabo de firmar el “Manifiesto por un cambio en los criterios de la Agencia para la Calidad del Sistema Universitario de Cataluña (AQU)” <https://peruncanvienelscriterisdelaqu.wordpress.com/>, realizado por personal docente investigador que apoya la *Declaración por un cambio en los criterios de la Agencia para la Calidad del Sistema Universitario de Cataluña (AQU)* impulsada por decanos y decanas del sistema universitario catalán.

Uno de los mecanismos que ejecuta la materialización de estas tendencias globalizantes, son las acreditaciones que evalúan las ‘capacidades’ del personal docente e investigador.

A ACREDITAR SE HA DICHO

En España, todo empezó en 2002. Por el Real Decreto 1052/2002, del 11 de octubre, en el estado español se puso en marcha “el procedimiento para la obtención de la evaluación de la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación, y de su certificación, a los efectos de contratación de personal docente e investigador universitario”. Sus pilares estratégicos son:

1. “Mejorar de manera continua la calidad del servicio que la Agencia presta a la comunidad universitaria y a la sociedad en general, incrementando el grado de satisfacción de los grupos de interés.”
2. “Instaurar una política de gestión de la organización, fundamentada en principios de eficiencia y satisfacción del servicio público que se presta.”
3. “Implantar estrategias de recursos humanos que permitan lograr que el equipo humano se sienta motivado y comprometido con la organización; de esta manera, se consigue alcanzar el máximo rendimiento del capital intelectual y productivo de las personas que forman parte de la Agencia.” (ANECA, 2019))

Y dentro de sus objetivos está el:

- “Impulsar, junto con otros órganos de evaluación creados por ley de las comunidades autónomas, la adopción de criterios de garantía de calidad conforme a estándares internacionales.

Así que:

“La Ley 1/2003, de 19 de febrero, de universidades de Cataluña, considera en el preámbulo que

uno de sus aspectos más innovadores es el establecimiento del profesorado contratado para las universidades públicas, lo cual ha permitido abrir una nueva vía de carrera académica, basada en la contratación laboral, no menos exigente que la vía funcionarial.”

puso en marcha el procedimiento en esta comunidad autónoma; y el decreto:

“404/2006, de 24 de octubre, por el cual se regulan las funciones del profesorado contratado por las universidades públicas del sistema universitario de Cataluña”, según las categorías establecidas por la Ley 1/2003, del 19 de febrero, de universidades de Catalunya concretó las capacidades necesarias para todas las figuras docentes y de investigación; lector, agregado, catedrático, colaborador, asociado, visitante, emérito, honorario. Las tres primeras figuras son la progresión lineal y ascendente de la carrera académica estándar; las tres siguientes son figuras que pueden colaborar puntualmente en la universidad; y las dos últimas son las vinculaciones previstas para aquellas personas jubiladas, que por algún motivo quieran seguir colaborando.

Yo he pasado por las acreditaciones de lector y agregado, que consisten en (Gencat, 2006):

- **Lector.** “El profesorado lector será contratado por un periodo máximo de cuatro años para el desarrollo de tareas de docencia e investigación. Este profesorado ha de tener capacidad para impartir las materias que le correspondan en su ámbito de conocimiento y para desarrollar de manera eficiente su actividad docente y, en todo caso, la enseñanza de competencias genéricas y específicas de este ámbito y la eva-

luación del aprendizaje. El profesorado lector ha de tener capacidad para hacer investigación, por iniciativa propia o en colaboración, en su ámbito de conocimiento. Este profesorado ha de acreditar una experiencia personal de investigación suficiente que incluirá actividades para su formación en investigación (cursos, estancias predoctorales y postdoctorales en grupos o centros de reconocido prestigio, informes valorativos, entre otros) y contribuciones propias con resultados de calidad en su ámbito de conocimiento. Así mismo, la experiencia docente previa se considerará como mérito.”

- **Agregado.** “El profesorado agregado será contratado para el desarrollo de tareas de docencia y de investigación, o prioritariamente de investigación. En cuanto a las tareas de docencia, el profesorado agregado tiene que poseer una probada capacidad docente para impartir las materias que le correspondan en su ámbito de conocimiento, y ha de tener capacidad para participar en las responsabilidades máximas de planificación y desarrollo de la docencia, así como para participar en iniciativas y líneas de trabajo para la formación y progreso de la calidad docente. El profesorado agregado ha de tener capacidad para actuar de manera eficiente en todas las vertientes de la actividad docente y, en todo caso, en la enseñanza de competencias genéricas y específicas de su ámbito de conocimiento y la evaluación del aprendizaje. Este profesorado tiene que poseer una capacidad investigadora probada que resulte suficiente para tener iniciativa en las actividades fundamentales de investigación y en la actividad de formación, desarrollo, gestión y administración de la investigación. Estas actividades, para las cuales se tendrá en cuenta aquello establecido en el artículo 5.1, podrán incluir, en todo caso,

las siguientes: generación de ideas innovadoras en investigación científica o tecnológica, dirección o participación en proyectos de investigación, dirección de tesis doctorales, formación y dirección de grupos de investigación, y publicación de trabajos de investigación o generación de patentes y modelos de utilidad u otras formas reconocidas de transferencia de conocimiento. La capacidad investigadora del profesorado agregado tiene que ser acreditada según lo que establece el artículo 47 de la Ley de universidades de Cataluña antes de su contratación, de acuerdo fundamentalmente con la calidad y cantidad de los trabajos y resultados de investigación obtenidos, teniendo en cuenta aquello establecido en el artículo 5.2 y valorando también las actividades de investigación que denoten una capacidad para ejercer liderazgo.”

Estas acreditaciones son una valoración de las capacidades, y se requiere un informe favorable en cada una para poder ser contratado por cualquier universidad en la categoría correspondiente. Pero obtener la acreditación, aunque es una condición necesaria para ocupar una plaza, no es condición suficiente, ya que, con la acreditación en mano, se tiene después que concursar por la plaza, con el resto de los candidatos que la hayan obtenido también.

No es problemático en sí que existan unos criterios que definan las tareas de estas y otras figuras docentes, pero qué significó su implementación, qué y cómo están evaluando las acreditaciones y qué efectos tienen en las carreras académicas, ésa es la cuestión.

¿QUÉ SE EVALÚA EN LAS ACREDITACIONES?

La figura de Lector, es la que se supone es la figura de entrada en la carrera académica, una vez se termina la tesis doctoral, y requiere acreditar los siguientes aspectos: la formación académica, las ac-

tividades profesionales anteriores, los idiomas, la tesis doctoral, las publicaciones derivadas de ella, la dirección y participación en proyectos de investigación, la transferencia de tecnología a empresas y administraciones, los artículos en revistas con evaluación externa, los libros y capítulos, los artículos en revistas no indexadas e informes técnicos, las reseñas, los congresos (destacando conferencias invitadas en sociedades científicas), las becas y ayudas obtenidas, la experiencia docente (con informes valorativos de responsables docentes y colegas), la formación para la docencia (estancias en centros, participación en cursos, posgrados en formación docente universitaria), las publicaciones docentes y materiales docentes, los proyectos de innovación docente, la participación en tareas institucionales de mejora de la docencia (tutorías curriculares, comisiones de diseño de planes de estudio, diseño de nuevas asignaturas, coordinación de actividades especiales, etc.), las actividades de carácter profesional y otros méritos de carácter docente (premios, reconocimientos, cargos, etc.). Al final deben destacarse las cinco aportaciones científicas y las cinco aportaciones docentes más relevantes.

Sí, se ha leído bien, esto es después de terminada la tesis doctoral, y al “inicio” de la carrera académica. Algo falla, cuando esto es el principio, algo que hace sospechar que esta primera acreditación no responde a lo que dice.

La figura de Agregado es la figura que se supone de consolidación y estabilización de la carrera académica, (siendo posteriormente la de Catedrático la figura de promoción del Agregado) y requiere acreditar exactamente los mismos aspectos, añadiéndose un resumen de la trayectoria científica; desglosando la dirección y participación en proyectos de investigación en competitivos y no competitivos; destacando las estancias en centros de investigación, pudiendo añadir otras publicaciones

(artículos en revistas no incluidas, informes técnicos, dictámenes, cartas al editor, casos clínicos, traducciones, etc.); reduciendo los congresos a los diez más relevantes; más otros méritos de carácter científico (premios, reconocimientos, cargos, sexenios, distinciones, jurados, comisionado de exposiciones, etc.). Al final, en el resumen deben constar las diez aportaciones científicas más relevantes (con los índices de impacto, el número de citas y los cuartiles).

Para ambas acreditaciones, se solicitan informes a otros académicos de 'reconocido prestigio', a los que se pide valorar, y cito literalmente las instrucciones que reciben:

“Este informe, estrictamente confidencial, tiene que ser rellenado por uno/a profesor/a investigador/a de autoridad reconocida, que tenga conocimiento suficiente de la investigación y/o trabajo docente del/de la solicitante, en el campo de su especialidad. Sus comentarios serán tratados confidencialmente. Gracias por su cooperación.”

“En qué lugar de la parrilla (100%; 75%; 50%; 25%) situaría usted al/a la solicitante, en relación con otros compañeros de doctorado (a), investigadores/as del mismo laboratorio o unidad (b) o con otros investigadores del área (c) en los últimos diez años? ¿Cuántos investigadores han estado en esta situación en este periodo (indique cuál, si a, b, c)?”



“Evaluación global en: Capacidad intelectual; Hábitos de trabajo; Seriedad en los propósitos; Madurez emocional; Adaptación a nuevas situaciones. *Evaluación de la investigación:* Preparación profesional; Motivación para la continuidad en la investigación; Potencial contribución a la investigación en su especialidad; Recursos e iniciativa; Cualidades para dirigir investigación. *Evaluación de la docencia:* Desempeño docente; Satisfacción de los estudiantes; Innovación docente; Implicación en la organización.”

Probablemente, si cualquiera de las personas que trabajamos en el ámbito académico tuviéramos que implantar un sistema de evaluación del profesorado o unos criterios que definieran las tareas de cada una de las figuras que trabajan en la universidad, tendríamos en cuenta categorías similares, pero acreditar ¿es medir? ¿es situar a los y las investigadoras en una parrilla y unos percentiles? Como dice Cortina (2008):

“Claro que los ábacos nunca pueden medir la valía. Miden lo que miden, y con los actuales criterios Ortega o Zubiri no tendrían ningún sexenio ni habrían sido acreditados. Pero cada cual es hijo de su tiempo y desde hace unos años la calidad se mide por la cantidad en los casos que comentamos, por eso sería preciso discutir al menos dos cosas: si tiene que ser así y, si no queda otro remedio, cuáles han de ser los parámetros para ajustar-se lo más posible a lo que se pretende evaluar.”

El problema es que se mide la cantidad y esta se ha hecho sinónimo de calidad. Hay una gran preocupación porque los centros de enseñanza e investigación, así como la actividad de los profesores, sobre todo la investigadora, ya que es la más redituable, sean de calidad, pero la calidad se reduce a la medición de la cantidad. Y estas mediciones acaban decidiendo quienes serán los futuros profesores e investigadores, y todo lo que se mide, en vez de tener importancia por sí mismo, acaba teniendo

una importancia subsidiaria, solo en función de qué tanto contribuyen a sumar puntos, a hacer méritos para las acreditaciones, para los sexenios, para las financiaciones, para gestionar los currículos.

La calidad de la investigación se ha reducido al número de artículos publicados en las llamadas revistas de impacto, número que tiene que aumentar año tras año, si se quiere continuar siendo candidato para recibir más méritos y más puntuaciones, para seguir obteniendo más acreditaciones y más sexenios, y más financiaciones. Para poder participar en programas de posgrado, poder dirigir tesis, poder formar parte de tribunales de doctorado o de aquellos que juzguen si otras personas pueden dedicarse a la carrera académica. Para poder dirigir equipos de investigación y para poder liderar innovación docente o cualquier otra cosa, pero siempre liderar.

Así que todo depende de poder colocar artículos en revistas que se encuentren en los ‘índices de calidad’, índices que también exigen méritos, y miden cantidades de ciertos indicadores para aceptar a las revistas en ellos. Cantidades que son igualadas a calidad y clasificadas en mejores o peores rankings. Rankings que como más cantidades tengan, más demanda tendrán, más artículos recibirán y más podrán cobrar por el acceso a la investigación que difunden. Acceso que solo se pueden permitir los centros e instituciones que estén en los mejores rankings, y así sucesivamente. Con solo colocar artículos en los mejores rankings cuantitativamente hablando, se supone inmediatamente la calidad.

Este modelo específico de las ciencias naturales que pretende medir la calidad de su investigación por los artículos en las revistas de impacto ha sido copiado por su facilidad de medición justamente y ha sido trasladado al resto de áreas de conocimiento por su éxito para establecer rankings e igualar cantidad con calidad. Y no solo para los artículos, si no para el resto de las actividades y tareas en el ámbito académico.

¿QUÉ NO SE EVALÚA EN LAS ACREDITACIONES?

El problema con el sistema de acreditaciones es que aparentemente no tiene ningún problema. Casi cualquier persona recién doctorada en cualquiera de las disciplinas de las ciencias naturales, incluso en los ámbitos de la psicología que trabajan desde las ciencias de la salud, no tienen muchos problemas para obtener la primera acreditación y empezar a acumular puntos a partir de ahí.

El problema es que este sistema es una abstracción que aparenta objetividad, aparenta transparencia, aparenta claridad y facilidad para las personas que evalúan, y sistemas transversales y no 'endogámicos' para las personas evaluadas, pero cuando cualquier cosa es igual para todo el mundo, independientemente de las especificidades, necesariamente es arbitraria.

Lo que no se ve a primera vista en este sistema de acreditación es cómo se ha ido aplicando a los diferentes casos de las diferentes disciplinas y cómo la mayoría de los informes rechazados son del área de ciencias sociales. Tampoco se ve que la existencia misma de la acreditación se impuso desde fuera sin contexto. No se ve que no es anodino que persiga un criterio de 'excelencia' y no de suficiencia, de lo que es suficiente para realizar las tareas de docencia e investigación.

Asumimos y aceptamos que existe este sistema, que hay que adaptarse a él y que es objetivo, aunque sabemos por la experiencia propia y la de otras muchas personas que han pasado por su escrutinio, que eso no es así. Sabemos que hay cosas del currículo que han costado, que se han sufrido, que incluso han sido relevantes para sus destinatarios y que no son valoradas.

Sabemos que es un sistema a priori objetivo, pero también arbitrario a posteriori. Sabemos que, según las áreas, hay méritos, cosas que se le admiten a algunos, otras que no, currículos parecidos

que en un caso se aceptan y en otro no, de manera aparentemente objetiva. La vivencia real del proceso de acreditación es que los criterios varían de evaluador en evaluador, la realidad es que los supuestos criterios objetivos no lo son, que el impacto de una revista no es un criterio objetivo, los sexenios no son objetivos, las encuestas de satisfacción de los estudiantes no son objetivas. Sabemos que constantemente estamos gestionando evaluaciones sobre evaluaciones, que se suman unas a otras sin posibilidad de réplica. No pueden ser interpeladas porque son 'objetivas', es un proceso en el que no eres escuchada, son mecanismos burocráticos que marcan distancias con personas invisibles. Alguien que no te conoce, con base en indicadores que supuestamente son objetivos, pero que pueden ser completamente ajenos a tu quehacer científico, te dice que no tienes las 'capacidades necesarias', no puedes hablar con nadie, no puedes argumentar, no puedes defenderte. Puedes interponer un recurso, que nuevamente es un proceso burocrático. Así que evaluación tras evaluación, se van mirando poco a poco la autoimagen, la autoestima, la posibilidad de acción y finalmente la posibilidad de trabajar en aquello en lo que nos hemos formado durante largos años.

La letra con sangre entra es una buena descripción para la transformación del sistema universitario y la reconversión de su personal docente e investigador endogámico, en profesorado de excelencia. Y aunque presentado y defendido como un proceso necesario para el crecimiento económico y social del país, que sigue las tendencias de los países punteros y más desarrollados, no deja de ser un proceso agresivo, que genera dolor y vulnerabilidad.

Por supuesto no se trata de no ser evaluado, o de que no haya ningún criterio a seguir o tarea a definir, ni tampoco de que los únicos que juzguen el propio trabajo sean amigos o conocidos o el centro en el que nos hemos formado, sino que se trata de que

un buen sistema de evaluación o acreditación si se quiere, no puede ser igual para todas las disciplinas ni para todas las personas que las practican, y por supuesto tampoco se haría sin un debate amplio y consensuado entre todos los sectores implicados.

¿Qué pasa con las trayectorias académicas concretas como por ejemplo la mía? ¿Qué se evalúa y qué no se evalúa en este nuevo sistema de meritocracia? Y sobre todo ¿qué es lo que cuenta? ¿qué es lo que vale más? Como para muestra basta un botón, creo que lo mejor será relatarlo a continuación, siguiendo algunos de los apartados de la acreditación como ejemplo, comparando el relato con la versión oficial

FORMACIÓN (RELATO)

Lo que suele contar en estos apartados es la formación reglada a nivel superior. Aquello que te convirtió en investigadora y en docente, o que te puso en la meta de salida, para iniciar la carrera. Esto es completamente lógico, sería una labor titánica pretender evaluar, o al menos dar cuenta, de toda la trayectoria académica; pero de esta manera, se invisibilizan todas las marcas de capital social, clase y género que lo han hecho posible o que lo han obstaculizado. De esta manera, quedan ocultas todas las prácticas de poder y resistencia, los límites y posibilidades que han constituido una trayectoria.

En mi caso, no había nada que hiciera sospechar que algún día podría dedicarme a la academia. Nadie en mi familia había terminado una licenciatura. Mi abuela que me crió ni siquiera había terminado la primaria, así que nadie me ayudó con los deberes en casa, ni podían explicarme las dudas de las tareas que me dejaban en la escuela. Apenas teníamos libros y un par de diccionarios y nadie en la familia me habló nunca siquiera de que investigar podría ser una profesión. De enseñar, sí que se me habló, porque se ve que ya de pequeña jugaba a dar clases a mis muñecas, pero enseñar quería decir, ser maestra de primaria. De hecho, poco antes de terminar

la secundaria, se me sugirió que como era alguien con iniciativa e independiente, podría estudiar una formación profesional, por ejemplo, de secretaria o aeromoza, y tener un buen futuro. A pesar de tener buenas notas, de ganar algunos premios y de interesarme por el trabajo de mi tío con una computadora que ocupaba una habitación entera, nunca se me alentó ninguna curiosidad científica. Ni asistí a campamentos de verano, ni a clases de apoyo, ni a museos, más allá de un par de visitas con la escuela. En resumen, no había en mi entorno ninguno de los predictores de éxito escolar y menos aún de carrera académica. Pero en el último curso de la secundaria, en la cual por cierto se enseñaba con un modelo pedagógico piloto innovador, tuvimos una asignatura con el orientador vocacional que nos explicó que después de la secundaria no necesariamente teníamos que incorporarnos al mercado laboral; que podíamos optar por el bachillerato y luego por la universidad o el politécnico y luego tal vez por algún posgrado, maestría o doctorado. Y también nos explicó cuántos de nosotros era probable que acabáramos obteniendo cada uno de estos grados estadísticamente hablando. Y lo que llamó poderosamente mi atención es que de los cincuenta que éramos, dijo que solo una persona, acabaría por tener un doctorado. Me pareció tremendamente injusto, pero también me pareció que me gustaría obtenerlo yo.

En el bachillerato, para mi sorpresa y la de todos los que me rodeaban, obtuve excelentes notas en cosas tan inesperadas como la trigonometría, la física, la química, la filosofía, la comunicación o la psicología. Así que comencé a pensar en la posibilidad de estudiar en la universidad, teniendo por supuesto, un trabajo de medio tiempo. Y los profesores de estas dos últimas asignaturas, me recomendaron decantarme por la psicología, que al menos era una ciencia, no como el periodismo (sic). Pero por ese entonces, también comenzó mi activismo político,

Simultáneamente, también ambas participamos en un proyecto de investigación en psicología de la educación, con otros profesores, y entre una investigación y otra, fui aclarando qué tipo de investigación quería hacer yo.

mi compromiso con los movimientos sociales, particularmente con el feminismo, así que comencé a barajar la posibilidad de estudiar algo más acorde con estos intereses: antropología, sociología, ciencias políticas... o si tenía que ser psicología, al menos que fuera psicología social.

Y es así como un año después de terminar el bachillerato, de haberme independizado del seno familiar, de haber trabajado de recepcionista para un agente de seguros, de repartidora de un suplemento mensual de un diario nacional, y de cajera en un supermercado (trabajo que mantuve durante casi toda la licenciatura), entré en la Facultad de Psicología de la universidad más importante de Latinoamérica (cosa de la que no fui consciente hasta mucho tiempo después).

Los dos primeros años fueron durísimos, no solo porque mi trabajo de media jornada fuera agotador y las distancias a recorrer y las horas de transporte muchas, sino porque de social no había nada en la carrera de Psicología. Pero cuando estaba a punto de claudicar, llegó la primera asignatura de introducción a la psicología social, que, aunque no fue nada del otro mundo, me permitió mantenerme allí hasta que empezara propiamente mi especialización en el área, área que ocupó los tres últimos semestres de un total de nueve, en la carrera. Entonces mi militancia política, mi trabajo y mi formación, empezaron a encajar. Aun así, no había pistas todavía de que fuera a decantarme por la docencia y la investigación, pero en el último semestre, una profesora nos contó durante toda la asignatura, sus proyectos de investi-

gación, nos dijo que básicamente consistía en leer y escribir sobre los fenómenos sociales que le interesaban, y eso me sedujo poderosamente, a eso más o menos me quería yo dedicar, aunque no tuviera muy claro qué había que hacer para conseguirlo. También en el último semestre, un profesor buscó entre la clase, a dos personas que quisieran realizar con él, el servicio social (prácticas que son requisito para obtener el título de licenciada en Psicología y que equivalen a 480 horas efectivas de trabajo). Y una compañera que fue la escogida por su excelencia académica para una de las plazas y que conocí por las amistades del movimiento estudiantil, me recomendó para la segunda plaza. Me aceptaron también después de revisar mi expediente y hacerme una entrevista, y así comenzamos primero en prácticas y luego como becarias y luego como investigadoras asociadas, en el centro puntero de investigación nacional en salud pública (de esto sí que me enteré enseguida porque no paraban de repetírnoslo). Simultáneamente, también ambas participamos en un proyecto de investigación en psicología de la educación, con otros profesores, y entre una investigación y otra, fui aclarando qué tipo de investigación quería hacer yo. Más preocupada por lo subjetivo que por lo objetivo, más centrada en lo social que lo individual, usando más estrategias cualitativas que cuantitativas, buscando comprender a las personas y su entorno más que estudiando su conducta; e incluyendo el estudio de la afectividad, de las emociones, del sentido y el significado de la vida cotidiana, que hasta entonces había echado en falta, incluso en varias asignaturas de



psicología social. Por ejemplo, esto es lo que escribía sobre la enseñanza de la psicología en esa época:

“Construir la enseñanza y la educación desligadas de la cultura, significa perder una parte muy importante para la comprensión de la conducta humana; es considerar a los alumnos y a las personas que tratamos de comprender, como gente sin familia, sin raza y, finalmente, sin historia.

{...}

Sin las emociones nunca ha habido, ni puede haber, una búsqueda humana de la verdad. Enseñarle al psicólogo a percibir estéticamente la naturaleza y la realidad social, significa añadir una dimensión especial que no proporcionan los textos ni la forma en que se aprenden.” (Gil, 1992)

Ambas también, nos apuntamos al mismo seminario de tesis (la tesis es otro requisito indispensable para obtener el título de licenciada en Psicología), y que daba un profesor que también conocí en el último semestre, y que hacía exactamente el tipo de investigación social que quería hacer. Finalmente, ambas nos interesamos por estudiar un máster y un doctorado en una universidad de otro continente, de dónde era un profesor que fue a dar un seminario a algunos de los profesores de psicología social de la facultad (entre los cuales, nuestro director de tesis). Yo buscaba seguir profundizando en esa manera de hacer psicología social en la que me había aventurado con todas las ganas del mundo en la tesis (Gil, 1992b). Y después de ese seminario le comenté a ese profesor que, parecía que ellos ya lo tenían todo resuelto y bien pensado, que su investigación se preocupaba por lo subjetivo, por el sentido y el significado y al mismo tiempo tenía un compromiso social y él me contestó que no, que faltaba mucho por hacer y que toda contribución era bienvenida. Así que me interesó mucho conocer a la otra recién descubierta tribu en el mundo que ha-

cían más o menos lo mismo, aunque con otro nombre, algo que se llamaba “construccionismo” y que aún no era en absoluto conocido.

Entonces, nos entrevistamos con gente que ya había hecho antes esto de ir de expedición, en busca de tribus amigas, para saber qué había que hacer y empezar los trámites. Acabada y defendida la tesis, obtuvimos una beca y nos fuimos a hacer el posgrado, ella un año antes que yo, porque yo tardé un año más en acabar la tesis (a todo esto, yo seguía trabajando a tiempos parciales, en plural, porque para poder sufragar mis ambiciones académicas, combinaba los sueldos precarios de asistente de investigación, profesora de psicología de bachillerato, y asistente editorial de las revistas científicas de la Facultad).

Todos estos profesores y profesora que he mencionado, se convirtieron con el tiempo, en colegas y después la mayoría en amigos, y sin duda ellos y mi compañera y luego amiga, con quién compartí el comienzo de la trayectoria, fueron una guía inestimable para que yo pudiera entrever y luego materializar el inicio de una carrera académica. Pero quien realmente se ocupó de que me mantuviera en ella, de decirme los pasos inmediatos a seguir, y que me dio la primera oportunidad para dar clases de psicología social en la licenciatura, como su ayudante, fue otra profesora que no me dio clases, y que conocí casi por casualidad, en el mismo edificio donde trabajaba como asistente editorial y donde ella y mi director de tesis, hacían un seminario de investigación. Ella tenía y aún tiene la misión, o mejor dicho la cruzada, de que haya más psicólogas sociales, de que la disciplina sea diversa y plural, de que todas las posiciones de sujeto estén representadas, y afortunadamente me tocó ser una de las beneficiarias. Así que empecé, ya claramente, gracias a alguien que cree que es importante que haya más psicólogas sociales en el mundo y de que el punto de vista que ofrece nuestra disciplina no sea solo el de hombres de clase media-alta.

Podría seguir narrando con detalle, el viaje al otro lado del mundo, las dificultades de empezar de cero e instalarse, las ventajas y desventajas de tener que aprender un nuevo idioma que nadie me avisó que existía, el tiempo que se tarda en comprender y adoptar nuevas costumbres, el shock que sufrimos los latinoamericanos cuando nos damos cuenta de lo poco que valoramos nuestra formación y de lo buena que es, los malabares que hay que hacer para ajustarse con una modesta beca a los precios europeos, las nuevas amistades y las transformaciones personales que suceden en estos casos, la odisea que siempre es proponerse terminar una tesis doctoral, etc. Pero creo que ya se entiende, y otras personas han narrado ya estas etapas. En todo caso, en la acreditación, lo que viene a salir es la versión oficial.

FORMACIÓN (VERSIÓN OFICIAL)

Licenciatura en Psicología (Mención Honorífica)
 Homologación del título de Psicología por el Ministerio Español
 Máster en Psicología Social (Excelente Cum Laude)
 Doctorado en Psicología Social (Excelente Cum Laude y Premio Extraordinario de Doctorado)

ACTIVIDADES ANTERIORES A LA SITUACIÓN ACTUAL DE CARÁCTER CIENTÍFICO O PROFESIONAL (RELATO)

Aparte de mis anteriores actividades profesionales, no relacionadas con el ámbito académico (receptcionista, repartidora y cajera), también trabajé durante unos meses, en el Centro de Atención a Personas Violadas. Se trataba de realizar guardias por las noches, dos o tres veces a la semana, y hacer acompañamiento para las personas que querían denunciar. No duró mucho, porque a posteriori quedó claro que no era viable trabajar y estudiar por el día y luego hacer guardia por la noche. Tampoco era viable que muchas personas solicitaran el acompañamiento, ya que el servicio estaba dentro de los cuer-

pos de seguridad. Pero aprendí rápidamente que era un trabajo necesario y urgente; y que a pesar de que me habían reclutado por mi activismo feminista y mi formación en psicología en curso, de esta última no tenía muchas herramientas con las cuales hacer frente a este tipo de necesidad, a pesar de que solo se trataba de hacer acompañamiento y de estar ya en el tercer curso de la licenciatura.

Dentro de las actividades científicas anteriores, antes de mudarme de un continente a otro y comenzar de cero en un país que nunca había visitado, como ya había avanzado en el apartado anterior, gracias a la realización satisfactoria del servicio social, me habían ofrecido continuar como Becaria de Investigación en la misma institución. Se trataba de continuar en el mismo proyecto de investigación epidemiológica de casos y controles, con las mismas actividades más o menos, más alguna otra, pero con estatus de becaria. En este mismo instituto, un joven investigador que también daba clases en la universidad me invitó a dar una charla en su clase de Psicología del Desarrollo, y eso aunado a los meses que (por azares del destino) fui instructora del primer nivel de laboratorio en Psicología, también en la universidad, fueron las primeras experiencias docentes universitarias en psicología, que, aunque breves, me dejaron muy claro que era algo que quería hacer de manera continuada. Después, como ayudante, llegaría la oportunidad de dar clases de psicología social en la licenciatura que comenté antes, y entonces sí, contenido y forma encajaron perfectamente. Todas esas primeras clases habrán tenido sus puntos débiles, como siempre que se empieza con alguna cosa, pero se convirtieron en el inicio de mi motivación por la docencia, por querer conectar con los estudiantes y por creer que tenía un proyecto de psicología social que explicar.

Después pude continuar en la institución como ayudante de investigación e investigadora asociada,



pero como mi supervisor y jefe de proyecto se fue al extranjero a realizar un post-doc (cosa que no sabía ni que existía hasta ese momento), y yo era personal investigador en formación que requería supervisión, pasé a trabajar con otra investigadora principal y otros proyectos. Aunque toda investigación allí era epidemiológica, estos nuevos proyectos sobre esposas de migrantes a USA, tenían un elemento de mi interés, requerían una mirada de género. A pesar de que esta mirada no se incorporaba propiamente en los proyectos en sí, sí que me permitió pensar en la necesidad de trasladar mi activismo feminista al ámbito de la investigación. Comprender e indagar cómo se puede hacer activismo y trabajar desde la investigación para una transformación social, fue un logro de esa época, que fue posible porque al mismo tiempo había avanzado en esa dirección también en la psicología social.

Paralelamente a la beca en el proyecto de investigación epidemiológica, también estaba como Becaria de Investigación en un proyecto del área educativa sobre procesos cognoscitivos y sus implicaciones para el aprendizaje. En este proyecto, parte del equipo estaba en la Facultad de Psicología y otra parte en la ENP (bachillerato universitario), y a mí me tocó trabajar en este último afortunadamente. El equipo era joven, entusiasta y comprometido y además de darnos tareas propias de becarias, también nos incorporaron en su seminario de investigación, donde aprendimos el porqué de lo que estábamos haciendo, nos enseñaron y animaron a presentar nuestro trabajo de investigación en un simposio y a enfrentarnos a todo lo que la comunicación científica representa. También tuvimos que asumir responsabilidades, y trabajar como miembros del equipo, no solo ejecutando las actividades decididas y dise-

ñadas por otros, si no participando de casi todas las partes necesarias en el proceso de la investigación, aunque de manera progresiva y guiada, en la medida de las habilidades que íbamos desarrollando poco a poco. El trabajo realizado en este proyecto, en el cual yo continué más allá de la finalización de la beca, fue el que me permitió que posteriormente me recomendaran para otra de mis actividades anteriores, para profesora de asignatura de psicología de bachillerato en uno de los planteles de la universidad. Por cierto, también estos profesores se convirtieron en amigos y aun lo siguen siendo.

Y finalmente, la última de mis actividades anteriores antes del posgrado, fue como asistente ejecutiva del comité editorial de dos revistas científicas de la Facultad de Psicología, trabajo que me ofreció mi director de tesis y que realicé con su supervisión. Aparte del propio valor de aprender la labor editorial académica, lo que era muy estimulante, era el propio proyecto de una de las revistas. Ser una arena de debate y reflexión, dar cabida a todas las psicologías, sí, en plural; conectar con el sentido común, dar espacio a otras ciencias sociales y a personas expertas y no tan expertas en psicología, a estudiantes interpellando a su disciplina para criticarla y enriquecerla y promover todos los puntos de vista que quisieran cuestionar y poner sobre la mesa las formas de hacer de la psicología y sus efectos en la vida social.

Con todo esto en la maleta, y después de defender una tesis (Gil Juárez, 2002, 2006) que iba sobre una psicología social de proyectos para la transformación social justamente, me dispuse a buscar más herramientas para una psicología social crítica, en un posgrado que las ofrecía. Así que primero con el máster y luego con el doctorado busqué cómo recuperar, puesto que habían sido dejadas de lado por el quehacer de la disciplina, la afectividad y las emociones desde el punto de vista colectivo para la producción de conocimiento psicosocial.

Cuando acabé el máster y defendí la tesina, un antiguo colega de la licenciatura que estaba trabajando en investigación educativa, me invitó a realizar trabajo de campo en diferentes provincias para un proyecto a gran escala sobre educación inicial. Crucé el océano de vuelta, para trabajar con su equipo durante tres meses, y además de cumplir con los objetivos del trabajo encargado, me quedó muy claro que, aunque iba en la buena dirección, necesitaba aún más herramientas, profundizar en la intervención social crítica y teoría, mucha más teoría, porque como decía un célebre psicólogo social, no hay nada más práctico. Regresé y me puse con la tesis doctoral, con la convicción de que, al mismo tiempo, iría realizando otras investigaciones que fueran testando todos mis supuestos.

Así que colaboré como consultora de investigación cualitativa, asesorando con la metodología en un par de investigaciones, una era un estudio prospectivo sobre productos editoriales y la otra sobre protocolos autopsicos neonatales (curiosamente mientras estaba embarazada de mi primera hija). Y participé en el trabajo de campo de una investigación encargada al departamento de psicología social, sobre donación de sangre, con la cual me adentré en las herramientas etnográficas, que sigo usando hasta ahora.

También, durante toda la tesis doctoral, trabajé como formadora en dinámica de grupos y equipos de trabajo para monitores de animación sociocultural, y en la universidad, fui profesora de prácticum interno (de investigación) en psicología social, e hice alguna substitución en sociología, que, por cierto, no son un público complaciente y me dejaron claro que no siempre las estrategias de innovación docente son bienvenidas. Pero como he visto todas las películas habidas y por haber sobre maestros, maestras, aulas difíciles, e impactos varios de la docencia vocacional, y no hay nada que me dé más ánimos que recordar a maestras y maestros que me

Fue como haber recibido todo lo pedido en la carta a los reyes magos, y poder crear la carrera de psicología que yo hubiera querido hacer cuando estudiaba, añadiendo todo aquello de la carrera que hubiera querido hacer en esos momentos.

han dejado huella, me metí de lleno con el siguiente reto docente: la enseñanza a distancia on-line en un curso de formación continua y la publicación de mi primer material didáctico, para ese curso, sobre la gestión de conflictos en el tercer sector.

Mientras tanto, en otro orden de cosas, me había cambiado de departamento tres veces, había consolidado mi vida de pareja, y tenía una primera bebé, quién en plena lactancia me acompañó a escribir las conclusiones de mi tesis y a darle los últimos toques. Soy consciente de que mi vida como migrante, en comparación con otras experiencias, ha sido más bien fácil (Bodovski, 2015), pero eso no quita que haya matizado y marcado mis experiencias laborales y personales.

En ese tiempo, la universidad on-line a distancia era realmente algo novedoso y como conocía algunos colegas, incluido mi pareja, que habían iniciado este proyecto, 'dando clases' en ella como colaboradores, tenía clara la dinámica de trabajo. Así que apliqué para una plaza a tiempo completo una vez ya había depositado mi tesis. Me contrataron como profesora unos meses antes de defenderla, y mi nuevo jefe y algunos compañeros de trabajo estuvieron allí cuando lo hice. Me contrataron como profesora de la licenciatura en pedagogía porque la de psicología aún no existía, y mi trabajo fue coordinar todas las asignaturas de tipo social y coordinar a los tutores. En esta universidad la docencia está dividida en cuatro figuras, de las cuales las tres primeras colaboran puntualmente con la universidad y la última es la única que pertenece a la plantilla: los

consultores que se ocupan del aula, los autores que escriben el material didáctico, los tutores que guían al estudiante durante todo su recorrido por las licenciaturas y el profesor propio que coordina y gestiona toda esta actividad y a todas las personas que la ejercen. Esto último era mi cometido y enseguida llegó el siguiente reto que fue el que me mantuvo allí durante seis años. Fue como haber recibido todo lo pedido en la carta a los reyes magos, y poder crear la carrera de psicología que yo hubiera querido hacer cuando estudiaba, añadiendo todo aquello de la carrera que hubiera querido hacer en esos momentos, una tentación irresistible.

Mi jefe que residía en el extranjero antes de trabajar en esta universidad había sido contratado específicamente para echar a andar psicología, y para ello, me contrató a mí primero y más tarde a otra profesora que nos ayudó también. Él se volcó en diseñar los aspectos técnicos del plan de estudios y nosotras en especificar los contenidos y su ejecución en las diferentes áreas de la disciplina. Así que nos encargamos desde el reclutamiento y selección de las figuras docentes colaboradoras, hasta el despliegue del último crédito de la licenciatura. Buscamos autoras y autores adecuados, hicimos los encargos de material docente para cada asignatura, coordinamos su ejecución y supervisamos su publicación. Diseñamos todos los espacios virtuales de la docencia en psicología; guiamos a los consultores para pensar e implementar todas las actividades de evaluación; organizamos y gestionamos todos los equipos docentes de las diferentes asignaturas;

Participé en el primer doctorado de cibernsiedad que ofreció la universidad, tutoricé estudiantes, sus trabajos de investigación e hice docencia en seminarios de doctorado on-line, juntamente con otros docentes.

y lo mismo hicimos con el equipo docente de tutoría. Paralelamente ayudamos a la selección de candidatos para ocupar los puestos homólogos a los nuestros en el resto de las áreas de especialización y cuando se incorporaron, pudimos dedicarnos exclusivamente a montar y desplegar toda la docencia de nuestras respectivas áreas de especialización, en mi caso psicología social. Iniciamos la organización del prácticum y nos ocupamos de abrir las primeras ofertas relacionadas con nuestros ámbitos de especialización. Participé en el primer doctorado de cibernsiedad que ofreció la universidad, tutoricé estudiantes, sus trabajos de investigación e hice docencia en seminarios de doctorado on-line, juntamente con otros docentes.

Amplíé allí mi actividad investigadora creando y coordinando un grupo de investigación sobre juventud y tecnología, a partir del encargo y financiamiento de una institución local, pero con el grupo de investigación, seguimos trabajando más allá del encargo y, de hecho, seguimos haciéndolo hasta la fecha.

Y una vez todo en marcha y consolidado, decidí cambiar de universidad para recuperar la docencia cara a cara, el trabajo teórico en psicología social, la perspectiva feminista que en esos momentos ya estaba consolidada como estudios de género en la academia, e intereses de investigación más amplios. En ese entonces, la universidad virtual solo estaba interesada en importar talento que hubiera consolidado ya investigación en los únicos dos focos de su interés, el *e-learning* y la sociedad red, además desde

una mirada ya predeterminada por la institución. Pero me llevé en el equipaje el eje de lo tecnológico como interés de investigación. Y hasta la fecha, continúo trabajando como consultora para esta universidad virtual.

También para ese entonces ya contaba con otro bebé en mi haber. Todos estos, eran motivos más que de sobra para hacer un giro en mi carrera, pero además estaba el propio contexto que había cambiado enormemente. Las tendencias neoliberales y el afán por la llamada “excelencia” comenzaban a tener fuerza, y los primeros espacios en donde calaron hondo, fueron las universidades con proyectos que se consideraban de vanguardia y los centros de investigación que querían ser punteros. El interés en la transformación social, el compromiso para erradicar las desigualdades y el trabajo teórico comprometido con ello, no eran la prioridad en estos sitios.

Así que regresé a la universidad presencial, donde había realizado mi doctorado, para trabajar durante cinco años, como profesora asociada, esto es, a tiempo parcial. Se supone que esta figura docente trabaja profesionalmente en otro sitio, y hace docencia en la universidad de manera complementaria, aunque en realidad es una figura con la que se contrató precariamente a un gran número de personal docente, en todas las universidades, durante varios años y aún es la figura que mayoritariamente hace la docencia en la universidad, como se puede comprobar en cualquier búsqueda nada exhaustiva sobre esta problemática (Sánchez Caballero, 2019).

Continué con el grupo de investigación que había comenzado en la universidad virtual, y que había conseguido un reconocimiento como grupo emergente del sistema de universidades y la agencia de calidad del gobierno local. Profundicé en la metodología cualitativa, y en el cuestionamiento de la estigmatización de qué eran objeto la infancia y la juventud por su relación con la tecnología. Y desde luego recuperé la mirada de género para trabajar con esta relación. Hice docencia en el programa de doctorado y dirigí tres tesis doctorales. Participé en una investigación del departamento, sobre espacios públicos de acceso a las TIC. Sin embargo, siendo profesora asociada, no podía solicitar casi ningún financiamiento del estado, para investigación, porque esta actividad está reservada al personal docente de tiempo completo, aun cuando se sigue evaluando tu currículum por la investigación realizada. Solo casi al final de mi estancia allí, por fin, buscando debajo de las piedras, conseguí otro tipo de financiamiento, una *Acción Complementaria* que son fondos que no están restringidos solamente a los académicos de tiempo completo, y que me permitió entrar de lleno en la investigación sobre género y tecnología, e indagar porque las chicas no estaban en los espacios de diseño, decisión y control de la tecnología.

Dado que entonces ya estábamos en plena crisis, no había contrataciones para consolidar las carreras académicas. Y combinar tiempos parciales, presenciales y virtuales, junto con cualquier otra labor profesional, estaba a la orden del día. Así que, en los dos últimos años de ese período, empecé a trabajar también como profesora asociada, en la universidad donde trabajo actualmente, a cien kilómetros de donde vivo, y a ciento treinta de la otra universidad dónde también trabajaba. Las posibilidades de consolidar una carrera eran más bien escasas, pero al menos las había, así que me adentré en el tortuoso mundo de las acreditaciones. Porque para ese momento, la nueva ley de universidades

había decretado que no se podía trabajar en ninguna de las figuras docentes a tiempo completo sin la acreditación correspondiente. Y tampoco se podía continuar como profesorado asociado, si no se tenía un empleo fuera de la universidad. Pero en vez de consolidar a todo este cuerpo docente que estaba contratado precariamente como asociado, de repente por decreto, estas generaciones de académicas y académicos, se volvieron un estorbo, cuando había sido la contratación típica que se les había ofrecido, y a pesar de que este tipo de profesorado aun realiza más del 60% de la docencia universitaria. Toda la inversión que había hecho el sistema de universidades públicas para formarles se dejaba perder, bajo la consigna de que solo la persona que consiga acreditación podrá optar a concursar por una plaza, se adaptará al sistema de excelencia y méritos y sobrevivirá.

Después de esos dos años como asociada en mi universidad actual, previa obtención de la acreditación de lectora (la cual tuve que solicitar en dos ocasiones y obtener después de un recurso interpuesto a las denegaciones recibidas, con toda la inversión de tiempo y gestión que eso significa, junto con el cuestionamiento personal de lo que es una y para lo que sirve), y de ganar el concurso correspondiente; trabajé con este contrato durante los cinco años previstos para esta figura docente. Participé como investigadora en cinco investigaciones de innovación docente sobre implementación y evaluación de cursos virtuales introductorios de metodología de investigación feminista. Como investigadora principal conseguí financiación para dos proyectos que coordiné durante cinco años, sobre factores psicosociales implicados en el acceso de las chicas a la ingeniería informática, aparte de la habitual docencia en los grados de Psicología y Trabajo Social. También hice y aún hago, docencia en un máster interuniversitario de estudios de género. Y realice dos estancias en el extranjero de un año y cuatro me-



ses respectivamente. La primera sobre docencia en psicología social (en la única universidad que tiene una carrera exclusivamente de Psicología Social) y la segunda sobre investigación en género y tecnología (en un departamento que conjuga un centro de investigación en ciencia, tecnología y sociedad más un centro de investigación en género y tecnología).

Mientras tanto, en ese mismo periodo, tuve que empezar con el proceso de acreditación como agregada, que solicité tres veces, y que también me denegaron en dos ocasiones con su recurso interpuesto correspondiente. La primera ocasión la solicité justo al inicio de mi contrato como lectora, para ver los puntos del currículum que solici-

taban mejorar; la segunda vez incluido su recurso correspondiente, la solicité con el convencimiento de haber mejorado el único aspecto que habían pedido (más revistas de alto impacto). Pero como tardaron más de la cuenta en contestar, y contestaron que no, y tuve que interponer recurso y volver a esperar más de la cuenta para la respuesta, entretanto quedé en una suerte de limbo contractual. Por un lado había acabado mi contrato de lectora que por ley no podía continuar, por otro lado no podía acceder al de agregada sin la acreditación correspondiente (aunque fueran los plazos oficiales de respuesta los que no se hubieran cumplido); así que finalmente me decidí por presentarlo una

tercera vez, que fue en la que obtuve la acreditación, in extremis, porque en ese momento estaba ya con un contrato como profesora visitante condicionado a la pronta obtención de la acreditación de agregada.

Finalmente, con esta acreditación en mano, me contrataron como profesora agregada interina, que es el contrato que he tenido los dos últimos años y medio. La universidad ha mantenido contratado al profesorado acreditado, en espera del presupuesto necesario para convocar las plazas correspondientes, ya que, según el gobierno autonómico, no hay recursos suficientes para ello.

ACTIVIDADES ANTERIORES A LA SITUACIÓN ACTUAL DE CARÁCTER CIENTÍFICO O PROFESIONAL (VERSIÓN OFICIAL)

Investigadora Asociada
Técnico Académico Auxiliar
Profesora Bachillerato Universitario
Becaria (Máster)
Becaria (Doctorado)
Profesora Propia
Profesora Asociada
Docente Colaboradora
Profesora Asociada
Profesora Lectora
Profesora Visitante
Profesora Agregada Interina
Idiomas (relato)

Por aquello de que las lenguas son ámbitos de sentido que nos abren una puerta a mundos de significados, y de que no son un medio para transportar información, sino que construyen nuestra realidad, en el período que va del bachillerato a la licenciatura, estudié un poco de náhuatl, un poco de ruso y un poco de portugués. Nada que fuera considerado útil, ni sensato y mucho menos facti-

ble de poner en un currículo de psicología. Así que también tuve que sumar el inglés a mi lista, que, a ojos de todo el mundo, era lo más razonable.

Cuando cambié de continente, me encontré con que la ciudad a la que iba hablaba otra lengua, y que en ninguna de las instituciones que me concedieron o tramitaron mis becas se me había informado de ello. Así que después del shock, también aprendí catalán, que, aunque para muchos es un esfuerzo inútil, ya que se puede sobrevivir perfectamente solo con el castellano, a mí me resultó tremendamente útil para conocer en profundidad a la sociedad que me acogía. Una vez obtenido el dominio de esta nueva lengua, me dediqué a mi asignatura pendiente: el francés, que, según mis expectativas, me permitiría disfrutar mejor a mis autoras y autores preferidos. Pero ninguno de estos idiomas es relevante para una carrera académica en psicología.

Con respecto a los idiomas, en realidad lo único que suele interesar de un currículo, es si se puede leer y escribir en inglés. Esto implica no solo que hay que costearse la formación en este idioma; sino que el inglés de los no nativos, que se usa en congresos y reuniones científicas, es bastante pobre en matices y poco útil para mantener discusiones académicas; y que no se puede publicar en inglés en revistas de impacto sin haber pagado uno o varios 'proofreading' si no se quiere ser rechazado por el bajo nivel de la lengua escrita. La implicación más grave es que la lengua en la que se escribe y se comunica la propia producción científica, se considera accesoria (Feliu y Gil-Juárez, 2011). Se asume que no conforma el propio objeto de estudio. Se obvia que la lengua limita o posibilita el significado de lo que se estudia y que aquello que se escribe o comunica en los espacios científicos no va dirigido a la sociedad, sus intereses y sus problemáticas, si no que básicamente se trata de producción de autoconsumo, con finalidad curricular.

IDIOMAS (VERSIÓN OFICIAL)

IDIOMA	COMPRENDE	LEE	INTERACTÚA	HABLA	ESCRIBE
Catalán	C2	C2	C2	C2	C2
Castellano	C2	C2	C2	C2	C2
Inglés	B2	B2	B2	B2	B2
Francés	C2	C2	C2	C2	C2

Niveles del Marco Común Europeo de Referencia para las lenguas https://es.wikipedia.org/wiki/Marco_Com%C3%BAn_Europeo_de_Referencia_para_las_lenguas

CONGRESOS (CONSIGNAR ÚNICAMENTE LOS 10 MÁS RELEVANTES Y ESPECIFICAR CLARAMENTE LAS CONFERENCIAS INVITADAS) (RELATO)

Antes de la era de los congresos *depredadores*, aquellos en los que hay que pagar una cantidad sustanciosa para publicar o presentar una comunicación y obtener una publicación de congreso; o de los congresos de prestigio, en los cuales hay que pagar una cantidad sustanciosa para presentar una comunicación y obtener una publicación de congreso (que son en inglés, con plantillas preestablecidas para la presentación de comunicaciones, revisión por pares y gestión por web de todo el proceso); algunos congresos eran un espacio de encuentro y aprendizaje. No solo eran, como hoy en día, un paso obligado, previo a la publicación que es lo importante, para simplemente marcar territorio temático con otros grupos de investigación, sino que eran una extensión más de otros espacios de interacción. Como los seminarios departamentales, las charlas y las presentaciones del propio trabajo en proceso o las conversaciones de pasillo con las y los colegas.

Sin ningún ánimo de idealizar u olvidar los vicios y graves problemas de la universidad de antaño, lo cierto es que aprendí mucho en los congresos nacionales de psicología social, y en algunos otros previos al posgrado. Conocí a casi todas las personas que hacían psicología social en el país, identifiqué los paradigmas y corrientes que se practicaban en los

diferentes departamentos, conocí mejor y de otras maneras a los colegas y profesorado, comprendí qué significaba aquello de sentar cátedra, sufrí en carne propia los temas clásicos de la disciplina y aprendí a poner en diálogo mis posiciones con otras incluso con sus inconmensurabilidades. Pero estos, ya no son congresos relevantes.

CONGRESOS (CONSIGNAR ÚNICAMENTE LOS 10 MÁS RELEVANTES Y ESPECIFICAR CLARAMENTE LAS CONFERENCIAS INVITADAS) (OFICIAL)

Charlas y conferencias invitadas (21)
Comunicaciones en congresos (95)

ESTANCIAS EN CENTROS DE INVESTIGACIÓN (RELATO)

Hay al menos un par de objetivos en promover de manera obligatoria, las estancias en centros de investigación ajenos al propio, en la nueva trayectoria curricular del personal docente. Uno es, acabar con la endogamia universitaria que se considera la madre de todos sus males. Otro, promover las habilidades y aptitudes de gestión curricular del personal en formación. Estancias, contactos, sabáticos y trabajo cooperativo, ha habido siempre, pero el hecho de que se haga obligatorio, aunque no tengas nada que ir a hacer a otro lado, es decir, nada consubstancial al contenido de tu trabajo que haga necesaria la estancia o cualquier otra de estas cosas, solo tiene finalidad de gestión curricular.

Recuerdo que hace unos años, en la charla informal de una cena después de una mesa redonda, la catedrática que nos había invitado nos preguntó al resto dónde habíamos realizado nuestras estancias. Me sorprendió que diera por hecho que todos habríamos realizado estancias y además en plural. También le sorprendió a una colega que dijo tímidamente que no había hecho ninguna y entonces, la catedrática para animarla le dijo que ella a su edad tampoco las había realizado aún. El 'aún' dejó tras de sí un silencio sepulcral. Silencio que rompió un colega que dijo haber ido a tres centros de prestigio internacional y acto seguido nos explicó con lujo de detalles el prestigio internacional. Pero luego, al ver que no nos asombrábamos especialmente o que no manifestábamos un deseo explícito de hacer lo mismo, nos contó que en realidad había sufrido mucho. Que no era justo que te obligaran a irte fuera, a sitios que no conocías ni tenían nada que ver contigo, sin importar el momento vital en el que estuvieras, y que él tenía sus hijos pequeños en esos momentos, y que lo pasó muy mal dejándolos, sabiendo que le necesitaban, sobre todo porque en los centros de prestigio no hacían mucho caso de los investigadores que hacían estancias ni tampoco les recibían con los brazos abiertos, aparte de ser muy caros. Yo dije sin más que había ido a México y al Reino Unido, porque haber trabajado como investigadora o profesora en cinco instituciones diferentes, nacionales e internacionales, estaba fuera de lugar.

ESTANCIAS EN CENTROS DE INVESTIGACIÓN (VERSIÓN OFICIAL)

Estancia de docencia, doce meses

Estancia de investigación, cuatro meses

DIRECCIÓN DE TESIS DOCTORALES (RELATO)

Una de las cosas más importantes de una carrera académica, es aprender de las personas a las que

tienes la oportunidad de dirigirles la tesis. Si la relación funciona y el trabajo fluye, es una de las experiencias más entrañables de la docencia universitaria. Aparte de producir una tesis se pueden forjar compromisos y amistades, se puede participar de otras carreras académicas y se puede disfrutar enormemente del trabajo en equipo. Incluso siendo un trabajo duro y de una gran responsabilidad.

La primera tesis doctoral que dirigí fue de una doctoranda, mayor que yo, que también había cruzado un océano para finalmente hacer su doctorado, después de toda una vida de ser cabeza de familia y su sostén principal. Incluso estando aquí, se ocupaba aún de gran parte de la gestión y el seguimiento de las actividades cotidianas de su familia. Tenía beca doctoral, y tiempo y presupuesto limitado para acabar su tesis y en el grupo de investigación donde había estado trabajando, le habían dicho que no la veían con capacidad de realizar un trabajo de investigación de las características de una tesis. En realidad, era el tema el que no era capaz de generar una tesis que a ella le interesara. Pero a partir de un seminario que hizo conmigo sobre autoetnografía de trayectorias tecnológicas (Feliu, 2007; Gil-Juárez, 2007), encontró su propio camino en esta metodología cualitativa y me llevó por él con gran entusiasmo y trabajo incansable. Visitó el centro de referencia en el tema las veces que hizo falta, recopiló toda la información necesaria allá donde estuviera y aprovechó todos y cada uno de los huecos, grandes o pequeños, que hubiera en mi agenda. Y a pesar de haber hecho un excelente trabajo, aún el mismo día de la defensa, dudaba de si aprobaría o no. Y aun así no paraba de repetir que pasara lo que pasara, había aprendido muchísimo. Pero yo más. Obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado y gané una amiga.

La segunda tesis también fue de una doctoranda mayor que yo, sin beca, que trabajaba al mismo tiempo que escribía la tesis, que tenía una trayecto-

ria considerada atípica por haber hecho una carrera artística en paralelo y por no haber seguido los pasos en el orden y tiempo marcados por la eficiencia académica. Llevaba encallada en la tesis mucho tiempo, y también en este caso, el tema no ayudaba en absoluto, no era su tema, era el del grupo de investigación que la acogía, pero tampoco le habían ayudado a apropiárselo y a ajustarlo a la medida de sus intereses. Así que a partir de un trabajo conjunto en el que coincidimos, se interesó por la investigación que realizábamos sobre juventud y TIC. No solo acabó su tesis y la defendió con nota, sino que hizo suyo nuestro campo de investigación y continuó colaborando en nuestro grupo por mucho tiempo. Ganamos una colega.

La tercera tesis que dirigí nuevamente fue de una doctoranda mayor que yo, sin beca también, trabajando en el campo de la psicología al mismo tiempo que realizaba la tesis, y también sostén de su familia y con una capacidad de trabajo y estudio fuera de serie. Sus intereses eran amplios y variados. Había hecho licenciaturas en Psicología, Psicopedagogía, Humanidades, Derecho y Antropología Social y Cultural. También había hecho posgrados en control del estrés y musicoterapia y los másteres de Psicobiología y Neurociencia y Psicología Social. Y dentro de estos amplios intereses también estaba el indagar sobre el género y la tecnología. Había sido su profesora en la universidad virtual y en un par de cursos de formación continua y conocía bien su trabajo. Pero, aun así, no dejó de sorprenderme. Realizó un trabajo de campo novedoso, una buena tesis y una defensa impecable. Obtuvo también un Excelente Cum Laude. Y estaba muy contenta de finalizar esta etapa, porque eso le permitiría dedicarse a terminar el grado de Criminología que ya tenía en marcha. Aún ahora sigue estudiando y trabajando y recién hemos vuelto a escribir juntas.

La cuarta tesis que codirijo actualmente es de una doctoranda, esta vez menor que yo, que re-

siste y trabaja en otro país, madre reciente de dos criaturas, sin beca y sin estabilidad laboral. Nos conocimos en un seminario que di en su ciudad, invitada por su antigua profesora del posgrado. Su trabajo, ha sido interrumpido en varias ocasiones por urgencias de la vida cotidiana, y aunque la supervisión a distancia añade una dificultad más a la ecuación, no dudo que terminará la tesis y que además será muy buena. En un curso sobre dirección de tesis al que asistí, como parte de la formación continua para docentes que se oferta en la universidad, me recomendaron dejar de lado esta supervisión doctoral, y no malgastar tiempo ni esfuerzo en una candidata con tan ‘bajas posibilidades de éxito’. Pero incluso, aunque finalmente no terminara la tesis o no la siguiera haciendo conmigo, creo que hay vida más allá de los indicadores de ‘calidad’ en la supervisión doctoral, y vale la pena apostar por ella. Hace poco me mandó un libro colectivo sobre la investigación en la que trabaja y me invitó a colaborar en el segundo.

Y por si no ha quedado claro, aparte de los temas específicos, lo que aprendí muy claramente con estas investigaciones, es lo importante de trabajar la dirección de tesis con una perspectiva de género, lo importante de empoderar a las doctorandas y de luchar contra el síndrome del impostor que sufrimos en algún momento todas las académicas, lo importante de considerar criterios, parámetros y sistemas de seguimiento y evaluación fuera de los de excelencia, porque es entonces cuando se pueden producir trabajos excelentes y se igualan las posibilidades de las doctorandas.

DIRECCIÓN DE TESIS DOCTORALES (VERSIÓN OFICIAL)

Tres tesis doctorales dirigidas (género y videojuegos; jóvenes y TIC; autoetnografía), tres con calificación de Excelente Cum Laude, una con Premio Extraordinario de Doctorado



OTROS MÉRITOS DE CARÁCTER CIENTÍFICO Y DOCENTE (PREMIOS, RECONOCIMIENTOS, CARGOS, SEXENIOS, DISTINCIONES, JURADOS, COMISIONADO DE EXPOSICIONES, ETC.) (RELATO)

Hay dos tipos de reconocimientos que valoro mucho. Los de la gente a la que afecta de alguna manera la investigación que realizo y los de los estudiantes que sufren mi docencia. Justo porque tienen que ver con entender la investigación y la docencia como un trabajo que hacemos para las personas, un trabajo para compartir comprensiones del mundo con esa gente y para ofrecer interpretaciones diferentes a las dominantes, para sumar a su creación de proyectos sobre mundos posibles, sobre realidades que perseguimos como sociedad.

Por ejemplo, en la web, producto de un proyecto de investigación que realizamos para visibilizar las dificultades y maneras de sortearlas de las jóvenes y las mujeres que habían estudiado y/o trabajado en ingeniería informática, dejamos un formulario de contacto para la gente que visitara el sitio. Y recibimos algunos mensajes de agradecimiento por hablar del tema, por ofrecer recursos para trabajarlo y por hacer visibles las maneras de sobrevivir a ello.

Pero hubo uno que particularmente nos resultó gratificante; era de una abuela que había podido hablar con su nieta de que una chica podía dedicarse a la tecnología y que era una aspiración posible, legítima y más que interesante. Buscaba algún ejemplo de alguna profesional famosa que se dedicara para poder decirle que eso que le interesaba a ella, lo habían hecho otras personas, aunque ese modelo no estuviera presente en su cotidianidad, y encontró nuestra web y todo nuestro trabajo, y pudo explicarle incluso por qué no había modelos para que ella no sintiera que le interesaba algo raro. Este tipo de reconocimientos no sirven como evidencias o méritos curriculares, pero son justamente por lo que hacemos investigación.

Y como ejemplo en la docencia, he de decir que los reconocimientos que aprecio enormemente son las valoraciones de los estudiantes que recibo espontáneamente, virtuales o cara a cara, en las que dicen que han aprendido algo, que se lo han pasado bien o que nunca se habrían planteado las cosas de esa manera. A veces son muy amables y agradecen el trabajo y la dedicación y en algunas otras ocasiones me señalan en qué momento se engancharon o qué les permitió conectar, intere-

sarse o sentirse confortables. De este último tipo, me han comentado en varias ocasiones que esta presentación que hago en los cursos virtuales de grado y posgrado les ha hecho gracia, y la conservo como mérito de carácter docente:

“Soy psicóloga social. Una rara especie en vías de extinción, ya que somos rechazados por los psicólogos, subestimados por los sociólogos y despreciados en las ciencias sociales en general.

Aun así, no me puedo imaginar otra cosa más divertida y apasionante que dedicarse a esta disciplina. Los científicos dicen que somos más bien escritores y los que hacen literatura nos consideran demasiado científicos. Está claro que somos las dos cosas y aún más. Somos también un tipo de dibujantes, artesanos y turistas de las relaciones sociales, los espacios, los grupos y de aquello nuevo y cambiante todavía por hacerse que se gesta en el ambiente.

Si es posible, nos metemos especialmente allá donde no nos lo piden y hacemos lo posible por participar y hacer nuestro aquello que en principio nos dicen que nos es ajeno. Por lo tanto, no siempre somos bienvenidos, aunque a veces sacamos las castañas del fuego a más de un depredador disciplinario.

Fiel con esta identidad soy mexicana y me encantan los tacos, las gorditas, las enchiladas, el mole, el pozole, Pedro Infante y Molotov.

Soy catalana y pido una buena escudella por Sant Esteve, soy fan de los castellers y haría lo que fuera por unos buenos panellets y en casa siempre hay escalivada. Soy un poco francesa y por eso no puedo entender un cruasán hecho sin mantequilla ni la vida sin crème fraîche.

Cómo soy mujer, como parte de mi currículum diré que tengo una hija universitaria y un hijo adolescente. Tendría que decir que me gusta el buen cine, la buena compañía, una buena comida, y leer a la menor provocación, escuchando buena música y fumando un cigarrillo, lo cual es verdad, pero mis grandes pasiones secretas son más bien vulgares.

Lo que me hace temblar de emoción como buena psicocióloga, es un supermercado muy surtido donde la gente mira con calma y glotonería y medita sobre las cosas importantes de la vida; o las grandes superficies donde la gente se pasea los domingos y hace planes o flirtea, o las colas de los bancos y el mercado donde todo el mundo se explica la vida propia y la de todos los que pueda y da vida a los barrios; o el metro a las seis de la tarde donde lo micro y lo macrosocial interseccionan y cobran absoluta materialidad; o la tele que se cree generadora de tendencias cuando sólo va por detrás de la gente común; y de la tele, lo que más, los anuncios que una recuerda durante mucho tiempo, porque explican más que una cátedra y conectan con los verdaderos sentimientos; y todo esto, si es posible, con una Coca-Cola light.”

Y aunque dolorosas, también me interesan las valoraciones negativas, aunque no las envían o dicen directamente, las hacen constar en las encuestas de satisfacción. Creo firmemente que los estudiantes tienen cosas que decir y todo el derecho a discrepar de la práctica de sus docentes.

OTROS MÉRITOS DE CARÁCTER CIENTÍFICO Y DOCENTE (PREMIOS, RECONOCIMIENTOS, CARGOS, SEXENIOS, DISTINCIONES, JURADOS, COMISIONADO DE EXPOSICIONES, ETC.) (VERSIÓN OFICIAL)

Tesis de doctorado: Premio Extraordinario de Doctorado

Tesis de licenciatura: Mención Honorífica
Acreditación de Profesor Lector

Acreditación de Profesor Contratado Doctor

Acreditación de Profesor Titular de Universidad

Acreditación de Profesor Agregado

Codirección Editorial de Manuales de Psicología

Miembro del comité editorial de dos revistas indexadas y arbitradas

Dos quinquenios docentes

PUBLICAR O MORIR

No se publica en las revistas que nos gustan, ni en las que nos invitan a publicar, ni en aquellas que llegan al público que nos interesa, ni en las que detrás de las cuales hay proyectos interesantes y comprometidos; se publica en aquellas que están en el ranking necesario para conseguir acreditarse, en aquellas que nos permitirán volver a obtener financiamiento, en las que nos permitirán obtener sexenios, en las que nos permitirán seguir en la carrera académica, y nunca mejor dicho, en la carrera. Carrera que se conoce en el ámbito académico como ‘publica o muere’ o si se prefiere en inglés, ‘*publish o perish*’. Los últimos cálculos informan que hay 30,000 revistas que publican dos millones y medio de artículos científicos al año (Souto Salom, 2019), así que revistas más o artículos menos, está claro que nadie, ni siquiera la propia comunidad académica, se lee todo esto, y que la función de esta comunicación científica, no es, ni mucho menos, comunicar lo que se hace, debatirlo, reflexionarlo, o mejorarlo conjuntamente. Incluso el manifiesto para una ciencia lenta (<http://slow-science.org/>) que ni siquiera critica la hiperespecialización y dispersión de las disciplinas y defiende el sistema de revisión por pares, tiene claro que la “La ciencia necesita tiempo para leer y tiempo para fallar... los científicos deben tomarse su tiempo”. Su propuesta es que se valore más la calidad de los artículos que su cantidad, y que la ciencia, no puede producir a destajo soluciones rápidas para los problemas de la sociedad. También en España, algunos investigadores se han hecho eco de este movimiento, Lafuente (2017) “propone revisar este gesto tecnocrático, desmovilizar la ciencia y hacer más lentas sus prácticas”. El problema es que este y otros movimientos similares, consideran que cada investigador debe reflexionar sobre sus prácticas, pensar cómo trabaja y cuál es su papel en la sociedad, como si fuera una cuestión de responsabilidad individual, y no lo es. Se trata de oponerse a políti-

cas claras de conversión del sector educativo en un negocio más. Porque la formación y la producción del conocimiento cuando se convierten en negocio, dejan de ser justamente formación y conocimiento, son productos. Productos que hay que vender y promocionar o desechar y reconvertir si no se venden por el suficiente margen de beneficio. No importan por sí mismos, si no por su rendimiento, por las ganancias que generen. Y se trata de evitar que la ley de la oferta y la demanda rijan también en el ámbito del conocimiento y que aproveche todo el tiempo propio de la formación y la producción de conocimiento, para usarlo en el marketing y la producción de mercancías y en la gestión de todo ello.

En la academia actual, no hay tiempo de leer, no hay tiempo de escribir y no hay tiempo de pensar. No hay tiempo de cocinar con cuidado un argumento, una idea, y trabajarla repetidamente hasta pulirla y generar una aportación con sentido:

“¿De qué nos sirve poder acceder a lecturas, cursos online, documentales e informaciones si no podemos relacionarnos con ellos? Lo que nos falla hoy no es tanto la posibilidad potencial de acceso al saber, como la posibilidad real de saber con sentido. De ahí la falta de autonomía: podemos llegar a saber muchas cosas y a dominar múltiples competencias, pero no constituyen verdadera experiencia ni comprensión del mundo” (Garcés, 2014)

En general, no hay tiempo de nada (Gil-Juárez, 2016), porque en todo ese tiempo se pueden publicar unas cuantas cosas y es lo que hay que hacer, es lo que se hace, pero lo peor es que es lo que se te exige que hagas. El lenguaje utilizado para comunicar la producción científica no es más que un accesorio, un exceso, un lujo innecesario, que ha hecho estragos. No importa cómo se escribe, ni para quien se escribe, ni la importancia de lo que se escribe, porque nadie lo lee y a nadie le importa. Sólo importa a dónde y cuánto se escribe. Se asume que los textos

científicos no están bien escritos, que no son literatura, y que pueden ser malos o muy malos y, aun así, ser muy científicos:

“Las presiones de publicar continuamente y promover la propia perspectiva se reflejan en la manera en la que los científicos sociales están escribiendo. Y es que los académicos utilizan un lenguaje técnico basado en sustantivos, con una precisión menor a la del lenguaje ordinario. Los estudiantes de postgrado han sido educados en esta manera de escribir como una condición previa a iniciarse en las ciencias sociales. Así, la naturaleza misma del capitalismo académico no sólo determina las condiciones en las que los académicos trabajan, sino que también afecta su manera de escribir” (Billig, 2013)

El “publica o muere” no solo está matando a las personas que investigan, también ha matado nuestro vínculo con la escritura. Preocuparse por la escritura, por hacer sencillo lo complejo, por vencer, por la fuerza de los argumentos; saber que forma y contenido son una misma cosa, necesaria para generar sentido y significado, es ahora contra-productiva. La universidad de hoy promueve solo una relación funcional con la escritura:

“funciona dentro de un dispositivo institucional que inhibe el posicionamiento de quién escribe” ... “se pueden tener muchas publicaciones sin haber tomado nunca la decisión de escribir ni haber sentido la necesidad de hacerlo” (Garcés, 2018)

Hace perder el tiempo, no aumenta el currículo y no se publica en revistas de alto impacto. En ellas escribir equivale a un ejercicio formalizado que rellena unos campos y ejemplifica unas fórmulas establecidas. Y conseguir acreditaciones que implican poder optar a un trabajo, necesariamente implica también la imposibilidad de escribir libremente, de escribir todo lo que se quiere y debe escribirse, en

donde sería mejor que fuera escrito, en donde sí que se leería. La escritura y su importancia han sido expulsadas de la academia, y las personas que las defienden, fuertemente penalizadas. Estamos en un proceso de alienación de la relación con la escritura:

“la estandarización de la escritura en la Universidad globalmente homologada actual conduce a una asfixia del pensamiento no sólo en la filosofía sino en todos los ámbitos del saber.” (Garcés, 2013)

En mi currículo, la versión oficial es la siguiente:

Publicaciones en revistas (41)

Libros (13)

Capítulos de libros (29)

Reseñas (7)

Materiales y publicaciones docentes (8)

¿SATISFACER EN LAS ENCUESTAS O PERDER EL TRABAJO?

Aunque pareciera obvio decir que la manera de organizar el sistema de acreditación afecta la forma, pero sobre todo afecta profundamente el contenido de lo que se le evalúa al personal docente e investigador, y que esto a su vez afecta también profundamente, el tipo de conocimiento que se produce y que se enseña en las universidades, lo que pasa en la práctica en nuestras universidades en los últimos años, hace pensar que igual no es tan obvio.

Concebir la enseñanza y la producción de conocimientos y todas las prácticas sociales que se generan con ello, como productos de consumo y además del tipo ‘comida rápida’, afecta profundamente las vidas de todas las personas que conformamos la sociedad. La acreditación como objetivo último, hace que las personas que progresan son las que se centran en la burocracia, las que se fusionan con la norma y saben moverse en ese campo, y por lo tanto triunfan. Estamos encumbrando al tipo de personas que se preocupan por seguir las normas, que no



son creativas. La burocracia ha creado una docencia a su imagen y semejanza.

La trampa es considerar que ésa es la calidad. ¿Qué estamos midiendo, la tasa de éxito, el número de aprobados, la popularidad o simpatía que se vuelca en las encuestas de satisfacción? ¿Cómo se sabe? ¿Se trata de hacer muchos cursos de innovación docente? En vez de dar por hecho el ‘problema’ de la evaluación del profesorado, habría que ver para qué sirve el sistema y los efectos que tiene en las vidas de sus docentes, de sus discentes y de sus contextos familiares, sociales, laborales...

A nivel docente, las y los profesores nos vamos haciendo mejores profesores con los años, con cursos de formación continua o no, pero sobre todo con los años; al hablar con los colegas, en condiciones dignas de trabajo. En general nadie quiere estar tantas horas a la semana delante de una clase con la que no comulgue en algún momento y entonces se esfuerza. En general todo mundo intenta hacer bien su trabajo, y no siempre depende de este, que un número significativo de estudiantes conteste las encuestas y que los resultados se conviertan en una evidencia que encaje en los parámetros de acreditación. Por supuesto que hay que evaluar la docencia y si escuchamos a los estudiantes y a los colegas, todos sabemos que los ‘malos’ profesores y profesoras se detectan y además la información es de dominio público. Pero la cuestión es para qué queremos evaluarlos y qué queremos evaluar. ¿Es legítimo que para evitar un pequeño porcentaje de profes ‘malos’, sometamos a todo el mundo a evaluaciones constantes, a la recolección interminable de evidencias, a rellenar incontables aplicativos para dejar constancia de ellas, y a otras tantas actividades más que quitan el tiempo de preparar justamente la docencia? ¿Es la solución generar una docencia centrada en su valor curricular, destruir la motivación, la autoimagen de las y los docentes y el objetivo último de ella que son las personas que estudian?

Como dicen Ema, García Molina, Arribas y Cano, (2013):

“Evaluaciones que no pueden ser tomadas como una herramienta neutral de medida de méritos y esfuerzos individuales. Los sistemas de evaluación contemporáneos constituyen fenomenales dispositivos de normalización, homogeneización y regulación de los evaluados, que, como se muestra en algunos trabajos, llega a funcionar como mecanismo de auto-control interiorizado como deseo y obligación auto-impuesta. Los actuales dispositivos de evaluación reproducen un reduccionismo cientificista de lo humano que trata de clausurar precisamente aquello que no puede reducirse a ninguna determinación (social, psicológica, biológica, etc.): la posibilidad siempre abierta de la emergencia de un sujeto-agente capaz de hacerse cargo y modificar creativamente sus condiciones de vida.”

¿PARA QUÉ QUEREMOS TRABAJAR EN LA UNIVERSIDAD? O LO QUE QUEDA DEL DÍA

¿Qué podríamos decirles a las personas de clase trabajadora que están considerando trabajar en la universidad? ¿Podríamos animarlas? ¿Podemos ser un ejemplo para ellas? ¿Podemos decir que los inicios con un ingreso precario e inestabilidad laboral acabarán pronto o que sólo es cuestión de tiempo? ¿Podemos decir que, aunque no cuenten con capital social y cultural, o con orientación o mentoría sobre cómo seguir una carrera académica, si se desempeñan bien académicamente, pueden optar por un trabajo en la universidad?

Una plaza en la universidad debe proporcionar libertad para pensar y flexibilidad para trabajar. Debes poder enseñar lo que consideras mejor y más importante; decidir qué investigar y dedicar gran parte de tu tiempo a leer, escribir, debatir y reflexionar. Pero las expectativas hacia el profesorado han cambiado. Ahora se espera que se aporten fondos mediante los financiamientos de

Teóricamente solo es cuestión de tiempo. Pero en efecto esto solo es teóricamente, ninguna trayectoria laboral está exenta de imprevistos, ya sea personales, propios del lugar específico de trabajo, de la formación, y/o contextuales e históricos.

investigación, que se dé visibilidad institucional y presencia mediática a la universidad y de este modo hacerla competitiva y atractiva para que más estudiantes se matriculen y más ingresos se generen y para ello hay que ser 'excelente'. Y las apelaciones a la libertad y flexibilidad se han pervertido en la manera neoliberal de borrar los límites entre el trabajo y el resto de la vida (Gill, 2009). Como trabajamos por vocación, y no hay argumento posible para restringirla o limitarla, la mayoría de nosotros terminamos trabajando todo el tiempo, fines de semana y vacaciones incluidas. Nos llevamos el trabajo a casa, mientras nos transportamos, mientras nos reunimos y prácticamente donde sea. Constantemente contestamos correos electrónicos de trabajo o contestando dudas de estudiantes. Y ni siquiera podemos quejarnos porque nosotros mismos hemos elegido los retos y los plazos a conseguir o estamos demasiado cansados para oponer resistencia.

Además, las académicas también realizamos doble jornada (Bodovski, 2018). Aparte del continuo de trabajo vocacional en la universidad, también tenemos un continuo de trabajo vocacional familiar, también se supone que hemos elegido libremente la familia, las tareas domésticas y el cuidado de los otros. En mi caso el trabajo de cuidados no puede estar más repartido y aun así el ritmo y carga de trabajo total siempre me desbordan. En casos donde no se asumen los cuidados de manera equitativa, está claro que tiene que perjudicar gravemente la carrera académica, la salud y la propia convivencia. Se espera que seas joven cuando pasas

por la primera acreditación y que, en la segunda, ya estés obteniendo tramos de investigación.

Cuando se entra en la carrera académica, al menos cuando yo entré, estaba claro que había que asumir con devoción y paciencia los largos años de formación. En mi caso, sería 'le bac plus dix', como le llaman los franceses, que suman al bachillerato, los años que faltan para poder ejercer aquello en lo que te has formado. Para mí, en principio eran cuatro y medio de licenciatura más seis entre máster, doctorado y las tres tesis correspondientes. Y aunque los franceses lo considerarían un poco excesivo, diríamos que es lo 'normal' en estos casos. Así que después de esos diez, la expectativa era consolidar una plaza de docencia y/o investigación junior, en la cual adquirir experiencia y poder ejercer aquello en lo que me había formado, hasta consolidar una plaza senior. Es una suerte de *stand by* que dura al menos diez años.

Teóricamente solo es cuestión de tiempo. Pero en efecto esto solo es teóricamente, ninguna trayectoria laboral está exenta de imprevistos, ya sea personales, propios del lugar específico de trabajo, de la formación, y/o contextuales e históricos. Por lo que esta supuesta progresión lineal y ascendente en la que solo hay que esforzarse y hacer méritos, y todo depende tan solo de una misma, no es tan lineal ni tan ascendente, ni tampoco depende solamente del esfuerzo, los méritos, o una misma.

Pueden pensar que mi rendimiento es deficiente de alguna manera: que no publico bastante ni apporto suficientes fondos ni creo demasiado impacto, o que no trabajo bien en equipo o que no obtengo



buenas evaluaciones de mis diversos jefes o que no hago bien la docencia. Algunos dirán que así es como están las carreras académicas hoy en día y que hay que adaptarse. O también se puede pensar que me he desenvuelto suficientemente bien, considerando mi punto de partida, mi origen. La cuestión es que nada en este testimonio es estrictamente personal, y en todo caso, no es lo más importante, lo que hay en juego aquí es el modelo de universidad y de sociedad que queremos y con la que vamos a convivir. Qué nos debe aportar la universidad, su

docencia y su investigación, a qué y a quién debe responder, cuáles son los límites de su relación con el mundo empresarial, estas y otras cuestiones son las que tendríamos que contestar urgentemente.

La acreditación, que, de existir, debería ser simplemente una valoración de la suficiencia, es decir de la capacidad probada para desarrollar un trabajo académico (que luego ya decidirá cada universidad a quién contrata en función de sus necesidades cualitativas), se ha convertido en una valoración de la excelencia (palabra literal usada por los políticos

de turno), que actúa como filtro previo, es decir como injerencia, de la administración pública, en la contratación de las universidades. Y por supuesto, por excelencia no se entiende una investigación excelente, sino excelencia burocrática. La administración valida a quién, a su imagen y semejanza, se constituye como burócrata de currículum.

Que la formación esté enfocada exclusivamente a prepararse para el mercado laboral, que los estudiantes sean clientes y que lo que se investiga, los conocimientos que se producen, los propios investigadores y los estudiantes que egresan, solo sean productos codiciados, transferibles y de alto impacto; que la universidad sea una marca y su imagen como tal lo más importante, genera subjetividades que lo asumen y que entienden el conocimiento y se relacionan con él, de manera instrumental (Gómez, Jódar, Bravo, 2016). Que se resignan a este estado de cosas como algo dado y sin alternativa. Que se centran en la propia carrera y hacen suya la ‘cultura emprendedora’. Este es el contexto de las acreditaciones y otras formas de evaluación en todos los niveles. Son los dispositivos que nos convierten en ‘capaces’ de presentarnos como un producto para el mercado. Son parte de la misma trama que alimenta y engrandece la empresa privada a costa de los fondos públicos de las universidades y centros de investigación. Y que quiere para sí todos los recursos humanos e infraestructuras en vez de para “el bien común” la igualdad social, que no son muy rentables.

En el momento de redactar este texto, faltan unos meses para que salga el concurso de la plaza que ocupo, momento en el que tendré que demostrar una vez más, si soy apta para el puesto, e incluso aunque lo sea, habrá varias personas más que lo sean, porque el sistema de acreditaciones, la crisis económica, la neoliberalización de la universidad y la gran competitividad, han generado grandes bolsas de gente muy preparada y muy precarizada:

“Esto no solo ha frenado aún más la posibilidad de estabilidad y dedicación a la docencia del profesorado universitario que lleva años realizando un trabajo encomiable en medio de unas políticas neoliberales de recortes y precarización en la Educación Superior e I+D, sino que ha aumentado las situaciones de desigualdad y frustración entre el profesorado universitario, generando relaciones laborales de fuerte competitividad en las relaciones universitarias” (Díez Gutiérrez, 2018)

El mayor riesgo que corre la academia en el contexto de una educación mercantilizada, como afirma Judith Butler en una entrevista reciente (El Desconcerto, 2019), es:

“Los cuestionamientos a nuestros campos de estudio y la crítica, buscando utilidades, ponen en cuestión también cómo se trabaja hoy en las universidades, devaluando el trabajo académico en su realidad tangible”.

Las formas evaluar, son también formas de producir conocimiento, son formas de formar, formas de vivir y formas de construir sociedad.... No perdamos las formas. 



REFERENCIAS

- ANECA (2019). Plan estratégico 2019-2023. Recuperado en <http://www.aneca.es/Documentos-y-publicaciones/Plan-estrategico>
- Ávila, Débora; Ayala, Ariadna; García, Sergio. (2018). La Universidad y la vida..., o cómo mantenernos vivos en medio de la neoliberalización de la Universidad. *Disparidades. Revista de Antropología*, [S.l.], v. 73, n. 1, p. 55-61, June. ISSN 2659-6881. Disponible en: <<http://dra.revistas.csic.es/index.php/dra/article/view/562>>. Fecha de acceso: 11 July 2019 doi:<http://dx.doi.org/10.3989/rdtp.2018.01.001.06>.
- Bodovski, Katerina. (15-02.2018). Why I Collapsed on the Job. *The Chronicle of Higher Education*. Recuperado de: <https://www.chronicle.com/article/Why-I-Collapsed-on-the-Job/242537/#.WotvSGDEi3Q.twitter>
- Bodovski, Katerina. (2015). *Across Three Continents: Reflections on Immigration, Education, and Personal Survival*. New York, NY: Peter Lang.
- Cortina, Adela. (24-11.2008). ¿La calidad de las humanidades? Recuperado de: https://elpais.com/diario/2008/11/24/opinion/1227481205_850215.html
- Díez Gutiérrez, Enrique. (14/12/2018). Nuevas formas de Capitalismo Académico. *La Haine - Proyecto de desobediencia informativa, acción directa y revolución social*. Recuperado de: <https://www.lahaine.org/bM18>
- El Desconcierto (05-04.2019) Judith Butler al recibir la distinción Doctor Honoris Causa de la U. de Chile: "La universidad tiene obligaciones en tiempos donde hay nostalgia por el fascismo". Recuperado de: <https://www.eldesconcierto.cl/2019/04/05/judith-butler-al-recibir-la-distincion-doctor-honoris-causa-de-la-u-de-chile-la-universidad-tiene-obligaciones-en-tiempos-donde-hay-nostalgia-por-el-fascismo/>
- Ema, José Enrique; García Molina, José; Arribas, Sonia; Cano, Germán (2013). ¿Qué (nos) está pasando en la universidad? *Athenea Digital*, 13(1), 3-6. Disponible en <https://atheneadigital.net/article/view/V13-n1-ema-garcia-arribas-et-al>
- Gencat (26.10.2006). Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya Núm. 4748. Recuperado de AQU Catalunya http://www.aqu.cat/doc/doc_15825290_1.pdf
- Feliu, Joel.; Gil-Juárez, Adriana. (2011). El fracaso: sinsabores sobre escritura y ciencia. *Revista Umbral*, 5, 31-50. Recuperado de http://136.145.223.12/sites/default/files/el_fracaso_sinsabores.pdf
- Feliu, Joel. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: El caso de la autoetnografía. *Athenea Digital*, 12, 262-271. Recuperado de <http://atheneadigital.net/article/view/n12-feliu/447-pdf-es>
- Garcés, Marina. (2018). *Ciudad Princesa*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Garcés, Marina. (04/07/2014 - 00:00h). ¿Están los estudiantes bien preparados? *La universidad tiene que ser una apuesta radical por la cultura y la igualdad social*. Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2014/07/02/opinion/1404324386_448156.html
- Garcés, Marina. (2013). La estandarización de la escritura. La asfíxia del pensamiento filosófico en la academia actual. *Athenea Digital*, 1, 13(1), 29-41. Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/1039-Garces> DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v13n1.1039>
- Gil-Juárez, Adriana. (2016). Reseña de J. Wacjman "Pressed for time", *Information, Communication & Society*, DOI: 10.1080/1369118X.2016.1177103
- Gil-Juárez, Adriana. (junio, 2007). De cómo comencé, seguí y me quedé con las TIC: Afectos y efectos de género. *Athenea Digital*, 12, 286-292. Recuperado de <https://atheneadigital.net/article/view/n12-gil/450-pdf-es>
- Gil-Juárez, Adriana. (2006). Psicología social de hechos, de procesos y de proyectos: Objeto y tiempo. *Athenea Digital*, 9, 78-99. Recuperado de <http://atheneadigital.net/article/view/n9-gil/262-pdf-es>
- Gil-Juárez, Adriana. (2002). Aproximación a una teoría de la afectividad. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 1(1). <https://atheneadigital.net/article/view/n1-gil/44-html-es>
- Gil, Adriana. (1992). La enseñanza de los sentimientos en las carreras de psicología. *La Revista de cultura psicológica*, Volumen 1, 84-86. http://www.jorgecarrera.info/WEBSITES/elalmapublica/images/DESCARGAS/PDFS/REVISTAS/LA_REV_DE_CULTURA_PSIC_VOL_1_NUM_1.pdf
- Gil, Adriana. (1992b). Las Posibilidades de un Espíritu Crítico (para la Psicología Social). (Tesis de Licenciatura en Psicología). UNAM, México, D.F. https://www.researchgate.net/publication/258126377_Las_Posibilidades_de_un_Espiritu_Critico_para_la_Psicologia_Social
- Gill, Rosalind. (2009) Breaking the silence: The hidden injuries of neo-liberal academia in Flood, R. & Gill, R. (Eds.) *Secrecy and Silence in the Research Process: Feminist Reflections*. London: Routledge <http://diafaneia.ee.auth.gr/sites/default/files/silence.pdf>
- Gómez, Lucía; Jódar, Francisco; Bravo, María Jesús. (2016). Gubernamentalidad neoliberal y producción de conocimiento en la universidad: Genealogía de una configuración subjetiva. *Universitas Psychologica*, 14(5), 1.735-1.750. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy14-5.gnpc>
- González Casanova, Pablo. (2001). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. México, D.F.: Ediciones Era. Edición digital 2013. Recuperado de <http://ru.iis.sociales.unam.mx:8080/jspui/handle/IIS/5237>
- Lafuente, Antonio. (2017-02-10). Slow Science ¿desmovilizar la ciencia? [Archivo de vídeo]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=HzN6fMuBhIA&feature=youtu.be>
- Sánchez Caballero, Daniel. (09/07/2019 - 21:46h). Las universidades tiran de profesores precarios: los asociados ya son más que los titulares. Recuperado de: https://www.eldiario.es/sociedad/precarizacion-universidad-profesores-contratados-funcionarios_o_918658472.html
- Souto Salom, Manuel. (05-05-2019). La ciencia necesita tiempo para pensar: el movimiento que quiere acabar con la cultura de "publicar o morir". Recuperado de: https://theconversation.com/la-ciencia-necesita-tiempo-para-pensar-el-movimiento-que-quiere-acabar-con-la-cultura-de-publicar-o-morir-116367?utm_source=facebook

Nuevos avezados o el fin de los expertos

● Alfonso Díaz Tovar

0. PREÁMBULO

En el contexto de las grandes ciudades, la dinámica cotidiana se ha caracterizado en estas últimas décadas por aludir a un presente ligero, donde las cosas que se hacen están encaminadas a distraer, entretener, relajar o evadir de una vida diaria que se mira como tediosa, aburrida y extenuante. Esta propiedad física describe una vida de tranquilidad, sin cosas que pesen, que sean una carga y no se pueda continuar adelante. Los entornos digitales, su lenguaje y comunicación, son en buena medida un síntoma de este mundo.

La dinámica actual, según diferentes pensadores de los tiempos actuales (también conocidos como teóricos de la posmodernidad), Zygmunt Bauman (1999), Guy Debord (2006), Michael Maffessoli (2002), por mencionar algunos, está bajo la lógica de la inmediatez, del espectáculo, de la velocidad, del consumo acumulativo y tecnológico. Navegantes y embarcaciones se hunden en el mar informático que si bien puede tratarse de una comunicación de alcance masivo, de variado y nutrido abanico de opiniones, no es algo que contribuya al conocimiento especializado o profesional, más que eso, se abona a un proyecto de sentido común, de banalización y ligereza de la vida.



El presente texto justamente pretende llevar a cabo una reflexión sobre lo que ahora se conoce como entornos virtuales: las posturas y las prácticas de los cibernautas con respecto a la información, y cómo ésta se convierte en conocimiento empírico cotidiano conformado por un sin fin de datos, impregnando el conocimiento en general, costumbres, tradiciones, usos que al paso del tiempo van dando forma a juicios y posturas que revelan buena parte de ese pensamiento social.

1. CONTEXTO

Un elemento que en la actualidad atraviesa la dinámica social, principalmente en las poblaciones urbanas, es la velocidad en la que se mueven, es decir, qué tan rápido o qué tan lento se mueve el colectivo cotidianamente. La lógica de la lentitud es la que permite que las cosas se puedan ver, contemplar, apreciar, sentir y percibir (Kundera, 2005), la que permite que se pueda profundizar de tal forma que el acontecimiento o experiencia pueda ser valorada y significada, para conservarla o para mantenerla con las modificaciones necesarias, ambas a condición de los requerimientos y exigencias del presente. Y es que en la lentitud, la atención y la contemplación son las cualidades de lo estático, de las cosas que no cambian, de las cosas que tienen memoria, como

los objetos, calles, edificaciones que aunque pase el tiempo, no son alteradas y de cierta forma son mantenidos al paso de las generaciones.

Sin embargo, no es ese el escenario en el que se vive actualmente, pues esta rapidez de la experiencia, síntoma de épocas actuales, lo que genera es una gran cantidad de sucesos, que en primera instancia crean la sensación de que se vivió más, por la simple razón que cuando se va más de prisa, se pueden hacer más actividades. Sin embargo, cuando se va rápido, no se puede observar el detalle de las cosas, su esencia, sólo objetos superficialmente; en este sentido Fernández Christlieb lo delinea en estos términos: “al final del día, y de la vida, se habrá pasado rozando por encima de un sinnúmero de hechos, pero no se habrá profundizado en ninguno, porque para hundirse hay que ralentizarse, mientras que la rapidez es una velocidad de superficie, siempre por la cáscara de las cosas, sin poder adentrarse en ninguna” (2002, p. 46).

Hacer tantas y tan variadas cosas al día invariablemente lo que generan es cansancio, estrés, hastio: todos los días realizar las mismas millones de actividades relevantes e impostergables requieren de un remedio paliativo frecuente. Ante este escenario lo que cabe hacer es relajarse, tomarse las cosas con calma, distraerse de todas esas cosas que realmente son serias e importantes, para sumergirse en un mundo cómodo, sin complicaciones, sin compromisos, que en palabras de Verdú se trata de “objetos superfluos, de perfumerías, karaokes y tiendas de ropa, de chats mal escritos, de teléfonos que hacen fotos, de parques temáticos, centros comerciales y *oscars* al efectos especial, que considerado en conjunto hace pensar en un paso de lo importante a lo distraído, de lo trascendente a un presente sin más horizonte que su propio bazar” (2007 p. 14).

La innovación tecnológica tiene que ser constante y seguir esta lógica, de tal forma que no permanezca estática y esté en constante desarrollo, renovación y cambio, satisfaciendo a lo que Bauman llama “escala de valores hereda-

da”, ese síndrome consumista que ha “degradado la duración y jerarquizado la transitoriedad, y ha elevado lo novedoso por encima de lo perdurable” (2007, p. 119). La conexión a Internet, rápida, inmediata y móvil, ha sido un elemento fundamental en el avance de la sociedad amante de la *cosmotecnología*, un mundo sin personas pero con conexiones, información, bases de datos, relaciones, listas de correos, agendas de amigos y conocidos de trabajo, que mientras más sean en cantidad, es mejor, aunque el trato sea superficial, liviano y pasajero.

2. ENTORNOS VIRTUALES

El 17 de mayo se festeja el día mundial del Internet (Día mundial de las sociedad de la información desde 2005), antes día de las telecomunicaciones y fecha que también se celebra el día internacional de lucha contra la homofobia, donde se pretende difundir las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías para mejorar el nivel de vida de los pueblos y de sus ciudadanos. ¿Qué se festeja? Que las distancias son menos, el mundo de posibilidades que ofrece, la riqueza de sus archivos y acervos, el intercambio generado día, pero en definitiva, no puede presumir que haya contribuido claramente a la que la vida haya mejorado, que se sepa más o que la población sea más feliz, sea mejor o conozca más.

Fue justamente hace 30 años atrás que se creó el primer protocolo destinado a establecer la comunicación directa entre equipos computacionales, y desde aquel momento hablar de la conexión, redes, mundo virtual, ha sido una moneda corriente, no sólo en los ámbitos académicos o áreas especializadas, sino prácticamente en todo ámbito cotidiano de ciudades y urbes con esta infraestructura, es decir, buena parte del mundo. En México, los datos actuales hablan de que más de un tercio de la población es usuario de este recurso, es decir, el país va con esta tendencia de consumo cibernético.

Sin duda el referente más lejano tiene que ver con la forma enciclopédica virtual llamada

Encarta o el sonido del teléfono conectado a la computadora. Esas épocas han pasado y actualmente, la conexión a la red puede realizarse de un sinnúmero de dispositivos electrónicos, un sin fin de aparatos con la capacidad de recibir y enviar información en tiempo real a través de una red de conexión, desde electrodomésticos, consolas de videojuegos, ordenadores, hasta dispositivos móviles permiten tener control remoto, conocer noticias en tiempo real, seguir eventos en vivo, buscar contenidos audiovisuales de antaño, es más, se puede saber con anticipación que habrá un fenómeno natural a través de aplicaciones o redes sociales. Bangladesh, Siria, Caracas, son conectados en tiempo real a través de redes sociales, centros de noticias, buscadores, generando una cantidad de información que acorta distancias, genera versiones, posiciones y posturas ante tales fenómenos.

Facebook, Twitter, Instagram, LinkedIn, Youtube, Google+, son los nuevos escenarios de convivencia, de socialización, pero no sólo eso, es un espacio de intercambio, de aprendizaje, de saber, pero principalmente de entretenimiento *on line*. En promedio, el internauta mexicano se encuentra inscrito en 4 Redes Sociales. Según datos de la misma red social Facebook, México es el quinto lugar en usuarios de esta red, sólo después de EU, Brasil, India e Indonesia, es decir, de cada 10 internautas, 9 están en alguna red social.

En éstas, la mitad de la vida está publicada: gastos, viajes, amigos, gustos con sus respectivos disgustos, demostrando de cierta manera quién que es y que es lo que le gusta. A través de *likes* se puede conocer orientación política, sexual y coeficiente, según la misma red social Facebook a través de un estudio realizado entre usuarios voluntarios llamado "Uno es lo que le gusta". El estudio predijo, por ejemplo, si un usuario era homosexual, de acuerdo con sus gustos musicales y programas de televisión favoritos. Los algoritmos lograron exhibir información personal sobre el usuario, como su orientación sexual, si consumía drogas, o incluso si sus padres se habían divorcia-

do. ¿Para qué se utilizan estos datos? No para conocer, entender o mejorar la sociedad, sino para venderles más, conocer sus gustos y preferencias para saber qué decir y cómo hablar: las grandes compañías invierten grandes cantidades de dinero en conocer estos datos para saber qué y cómo venderlo. La vida pública al servicio de las marcas y sus creativos cazadores de tendencias.

En una línea del tiempo queda marcado un recorrido, una vida pública que muestra una cara que pretende conectar, religar, pero al parecer este vínculo es débil, se muestra como un eslabón sin solidez, sin un claro efecto. Las tendencias de temas actuales son determinados por *hashtags*, dependiendo de la popularidad que puedan alcanzar, no tanto por la relevancia o lo que se ponga en juego, más que eso, se busca entretener, burlar, pasarla, hacerse popular, lo cual no quiere decir tampoco que no haya contenido, información, con el valor de permitir conocer, informarse: protestas cibernéticas, consejos de vida, lecciones de amigos, servicio a la comunidad y hasta confesiones on-line es el pan nuestro de cada día y los que adquieren mayor relevancia.

"La vida privada se cotiza cada vez menos mientras el espectáculo cada vez más", asegura Verdú (2003, p. 164), se vuelve en mercancía común la intimidad airada en las webs, en los reality y sobre todo en las redes sociales, lo que antes se cuidaba y apreciaba de sobre manera, ahora se comercializa públicamente. Los internautas buscan, encuentran y disfrutan de atajos que conducen directamente del plano de la fantasía a la aceptación social del "hacer creer", en términos de Bauman (2007, p. 156).

La experiencia, la escuela de la vida, lo vivido en carne propia son los terrenos por los que se mueven estas proposiciones, no es algo que esté fundado en el estudio o la investigación, toda vez que las impresiones de estos colectivos, encuentran su origen en otras personas, es decir, en una interacción limitada con otras personas (Pai-cheler, 1986). Ciertamente el que piensa bajo las normas del sentido común se ubica en el campo

de percepción de otros, que al final de cuentas, harán propia, como impresiones comunes y compartidas: "más que las racionalizaciones que en gran medida son estratificaciones, el sentido común, la intuición popular, el discurso de la vida de todos los días y a veces la altura política (hablo de la política de café), explican lo 'no lógico' de nuestras sociedades", según lo explica Maffesoli (1993, p. 74), lo cual es plasmado en términos de hiperracionalismo, el cual el mismo racionalismo intelectual suele ignorar.

3. LA POSTURA EPISTÉMICA COTIDIANA-VIRTUAL

En este caso, el interés específico por el sentido común, radica en el conocimiento que genera y despliega un saber regido por las vicisitudes de la vida cotidiana. De manera general, la noción de sentido común está relacionada con supuestos, creencias, impresiones e ideas que apelan a un saber específico. Su esencia, justamente está anclada en el mismo término que la designa, pues de lo que se habla es de algo que está en las arenas de la gente "común", de la mayoría. En algunos casos ha sido calificada como algo que pertenece al vulgo, en la medida que los juicios emanados de ésta, se presentan como verdades que todo el mundo cree, y al mismo tiempo, verdades sin las cuales se puede tener acceso a otras verdades. Efectivamente, los preceptos constituidos en este marco, se posicionan como los hechos de la vida cotidiana los cuales se tiene la obligación de creer y asumir, sin la capacidad de dar razón de ellos, lo cual para el filósofo Thomas Reid (2005) es el principio del sentido común.

Su función no es intelectual, pues los problemas que resuelve son de naturaleza inmediata, sin reflexiones ni análisis profundos, son juicios hechos sobre la base del entendimiento común, muchas veces relacionados con creencias, ideas que encuentran en su empecinamiento su sustancia y esencia. Se trata de un tipo de conocimiento que no está indemne de otros tipos de epistemologías, se alimenta, se nutre, se funde

con otro pensamiento, que no estrictamente está atravesado por la experiencia o el saber común. Pero también, de cierta manera, el sentido común le da estabilidad a la experiencia, a ese transcurrir cotidiano, toda vez que sirve de referente inmediato para interpretar lo que en esas arenas ocurre: es un punto de partida del entendimiento, y de esa manera es utilizado, como algo inmediato que da cuenta de lo que ante a sus ojos ve transcurrir.

Aquí la pregunta sería ¿cómo no sentirse intelectualmente atraídos del sinfín de información que fluye a través de la sociedad de la pantalla? Cientos de miles de revistas electrónicas, canales virtuales, blogs personales, manuales de expertos, foros románticos, grupos de superación, entre los muchos miles de mensajes instantáneos, son parte de esta gran dimensión de flujo de conocimientos que reflejan y nutren pensamientos actuales. En este sentido Debord afirma que "todos los expertos son mediáticos -estáticos y eso es lo único por lo que son reconocidos como experto. Todo experto sirve a su amo, pues cada una de las antiguas posibilidades de independencia ha sido poco a poco reducida a nada por las condiciones de organización de la sociedad presente" (2006, p. 28), en suma, se pueden acceder a tantos temas, aunque sea que se sepa algo mínimo de ellos, esto inmediatamente convierte a al internauta en especialista, en un conocedor, en un experto de un montón de tópicos.

Las medidas modernas de éxito se basan en la acumulación de experiencias, mientras ésta sea mayor, el éxito también: episodios vividos, lugares visitados, amigos en redes sociales, seguidores en páginas personales, televisores de alta definición, invitaciones a eventos, asistentes a cumpleaños, número de empleados, conocidos en restaurantes y en antros, todos bajo la lógica de no poder conocer ni relacionarse con uno a profundidad con nada ni con nadie, pues son tantos que no queda tiempo para ello. Esta lógica material sumatoria, en palabras de Baudrillard, está definida como el sentido por lo irreversible:

“acumulación, progreso, crecimiento, producción. El valor, la energía, el deseo son procesos irreversibles — es el sentido de su liberación” (1981, p. 49).

En este contexto encontramos un mundo virtual con un flujo infinito de información, de datos, de fuentes, pero que tampoco existe exigencia alguna de conocer todas ni las más especializadas. Ahora el fin no es almacenar objetos o conocimientos, basta con mantener la red, donde se privilegia lo extenso a lo intenso:

“en coherencia con ello, lo determinante en cuanto a la posesión de la cultura es hallarse conectado. El antiguo mundo poseía un puñado de cerebros grandes y muníficos, “maestros pensadores”, “padres espirituales”, donde se concentraba el saber. Ahora, como en los muchos contagios de la época, la información se expande en todas las direcciones, ocupando extensas superficies a la manera de una sinapsis. La cultura pierde profundidad en beneficio de la trama vasta y compleja” (Verdú 2007, p. 26).

Con eso es suficiente para generarse un criterio, una postura, una idea de algún fenómeno, es la postura de sentido común disfrazada de especialista. Yahoo respuestas, Wikipedia y más a la mano, “el rincón de vago” son las principales fuentes de información, es lo que requiere menos esfuerzo y está de manera inmediata, funcionalmente. En suma, tiene más beneficios esta sencilla práctica que acceder a espacios y buscadores destinados a la generación, difusión e intercambio de conocimiento, pues para eso se requiere tiempo, lentitud, dedicación y atención; en su lugar Facebook, Twitter, Instagram o YouTube son los encargados de enviar información rápida, concreta y universal, para ello, los recursos del sentido común y la soberbia *cosmotecnológica*, es suficiente.

En el mundo a través de la pantalla ya no se requieren reglas de urbanidad, códigos de vestimenta o saber convivir en sociedad, son formas de otra época y otros tiempos, pues lo que se

requiere ahora son habilidades en las redes sociales o en las aplicaciones de vanguardia, pues en ellas está la vida y el conocimiento que gustan, entienden y replican, donde ya no están los expertos, científicos o estudiosos del tema, sino influencers, youtubers, famosos o comediantes-conductores-actores. Las conversaciones de café, las sobremesas, las cantinas y esos espacios de escucha larga, pesada, contemplativa están en peligro de extinción, pues en la dinámica de las convivencias de estas épocas, son los memes y los videos virales los temas centrales, y en tanto su naturaleza de sentido es corta y liviana, lo mismo ocurrirá con el intercambio, socialización o encuentro.

4. ERUDICIÓN Y LIGEREZA

El siglo XX para los teóricos antes referidos fue el último sólido, dando paso a los tiempos de la liviandad, de los cambios y las transiciones, del tiempo del dinero metálico al electrónico, de la ideología a la ironía, de la realidad por el *reality show*. Son los tiempos donde “la materia palpable se reemplaza por los píxeles, lo sólido por el plasma, lo pesado por lo liviano, el hormigón por el vidrio y la conexión alámbrica por el *wireless*” (Verdú, 2007, p. 159), en suma, se está dando paso al mundo virtual como una herramienta de sentido y de producción de un saber liviano.

Los temas son tratados con ligereza y de la misma manera, política, arte, educación, cultura, economía son vistos y abordados como si fueran espectáculos, con un enfoque banal, a la misma altura que un acontecimiento de la farándula o de un desastre natural: la información es reducida a datos, los cuales son discutidos y abordados como si se tratase de temas de la misma naturaleza. Sin embargo, la postura comúnmente asumida en el grueso de estos usuarios es de erudición y especialización, leyendo encabezados, titulares, newsfeeds, recorridos rápidamente en pantallas, como si los medios virtuales fuesen considerados fuentes de conocimiento sólidas y confiables.

No se tiene la satisfacción de comprender un tema, de entenderlo, de ir a fondo, pues las condiciones no lo permiten, las modas y las tendencias como lo que son, pasan rápidamente para dar paso a otra cosa: los cinco minutos de fama son para eventos chuscos, personajes estrambóticos, cantantes con tonadita pegajosa, bailecitos improvisados, no para los críticos, pensadores, académicos, escritores o personajes con historias constructivas, en cambio, el error, la caída, la catástrofe, lo limítrofe es lo que adquiere reflector y trasciende, aunque no dure más de una semana, pero por vía de mientras entretiene. Al respecto Verdú afirma con contundencia que “esta cultura sin culto, sin bibliografía, apenas pesa, y la livianidad de su memoria (histórica, erudita, inventarial) es consecuente con su gran velocidad y complejidad desplegada en superficie” (Verdú, 2007. p.27).

La narrativa, como vehículo de comunicación de los significados colectivos, comienza a perder influencia y alcance porque la rapidez con que se viven los acontecimientos en las épocas presentes, impide que éstos sean convertidos en lenguaje e incluso en cualquier otra dinámica comunicativa. Esta inercia de movimiento privilegia lo extenso sobre lo intenso, donde el valor está en la cantidad de cosas que se hagan y se tengan, y no en la atención o dedicación que se les ponga. La lógica moderna del progreso precisamente va en este sentido, en premiar y privilegiar la dinámica de lo rápido y lo efímero, de la recolección más que de la apreciación.

El hombre/mujer de hoy está expresado en una multiplicidad de personas, de personalidades, de vestimentas novedosas y tornadizas, que exige ser flexible, de tener la capacidad de cambiar y moverse rápido. Es la *costomización* de la vida, donde lo apremiante es adaptarse a los tiempos modernos de tecnología, del rápido intercambio de información, de la inmediatez de la vida, de ser virtuales y funcionales, donde parece que el espacio para los especialistas -no los eruditos que todo lo intelectualizan-, cada vez es menor y donde ese discurso especializado,

informado o mínimamente abordado, resulta demasiado denso en épocas livianas, pues lo que menos se necesita es otra preocupación, otra tarea que suponga esfuerzo, pensamiento, memoria. 

5. FUENTES

- Asociación Mexicana de Internet (2014). “Hábitos de los usuarios de Internet en México 2014”. Recuperado de: <https://www.asociaciondeinternet.mx/es/noticiasx/2160-estudio-amipci-de-habitos-de-los-usuarios-de-internet-en-mexico-2014>
- Baudrillard, Jean (2001), De la seducción, Traducción Elena Benarroch, Madrid: Ediciones Cátedra.
- Bauman, Zygmunt (1999). La Globalización. Consecuencias Humanas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Vidas de consumo*. México: Fondo de cultura económica.
- Debord, Guy (2006). Comentarios sobre la sociedad del espectáculo. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Fernández, Pablo (2002). “Psicología colectiva e historia y memoria”, en Flores, Fátima (coord.) Senderos del pensamiento social, pp. 37-52. México: Coyoacán/UNAM.
- Fernández, Pablo (2005). La velocidad de las bicicletas y otros ensayos de la vida cotidiana. México: Vila Editores.
- Kundera, Milán (2005). La lentitud. España: Tusquets.
- Levy, Pierre (2007). Cibercultura. La cultura de la sociedad digital. Anthropos / UAM – I, Barcelona.
- Paicheler, Henri (1986). “La epistemología del sentido común. De la percepción al conocimiento del otro”, en Moscovici, Serge (coord.) Psicología Social II, pp. 379-414. Barcelona: Paidós.
- Michael Maffesoli. El nomadismo (1993). El conocimiento ordinario. México: Fondo de Cultura Económico.
- Maffesoli Michael (2002). La tajada del diablo. Compendio de subversión posmoderna. Siglo XXI editores..
- Reid, Thomas (2003). La filosofía del sentido común. México: Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Azcapotzalco.
- Verdú Vicente, (2003) *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*. Anagrama, Barcelona.
- Verdú Vicente, (2007) *Yo y tú, objetos de lujo. El personismo: La primera revolución cultural del siglo XXI*, DeBolsillo, Barcelona, España, pp.1

La arquitectura de la vida interior

PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB



mon lit se transforme en quai de gare

SERGE LAMA

PREÁMBULO

Toda psicología social que se respeta tiene que oponerse a que exista cualquier sustancia mental individual, no sólo la del cerebro sino también la del Yo o la sí-mismidad; para empezar, porque todo ello es inverificable, y para acabar, porque tales despropósitos desembocan en el individualismo, en ese egoísmo ególatra egocéntrico competitivo de todos contra todos y cada quien para su santo que tanto le encanta al capitalismo y más al neoliberalismo. O sea, adentro del individuo no hay vidas interiores. Ahora bien, toda psicología social que se respeta se declara igualmente antipositivista. El positivismo es la creencia de que solamente lo que se puede medir existe. Y sin embargo, hay un dejo de positivismo de izquierda, por decir así, a la hora de aseverar que la vida interior de las gentes no existe porque no se puede verificar, es decir, medir. El presente texto pretende argumentar que sí hay una vida interior, que es ese lugar recóndito y personal donde la gente se acurruca para estar en paz de los demás y para sentirse acompañada de sí misma, que no se puede verificar, pero que tampoco está dentro de los individuos.

PENSAMIENTO COLECTIVO

Durkheim dice, en *Las formas elementales de la vida religiosa*¹, que las categorías fundamentales del pensamiento, tales como las nociones de tiempo y espacio, género y número, que son esos a priori que son necesarios para poder empezar a pensar todo lo demás, como el hecho de que exista un antes y un después, un aquí y un allá, un lejos y un cerca, un muchos y un pocos, o un nosotros y un ellos, que son nuestras representaciones colectivas originarias, no pueden ser ocurrencias de ningún individuo, ni salir del cerebro o de la mente de alguien, sino que surgen de los movimientos y actos primigenios de la gente, o sea, de estar yendo y viniendo una y otra vez, durmiendo y despertando, alejándose y acercándose, esperando y apurando, entrando y saliendo, esto es, como si el pensamiento primordial, la mente del principio, no se hiciera con la cabeza, sino que se hiciera con los pies y con el suelo, con los objetos que construye y con el territorio que habita.

Y el interior, o lo interior, es una de las grandes nociones básicas de la cultura, porque sin ella habría demasiadas cosas que no se podrían concebir ni pensar, como, por ejemplo, las inclusiones o inclusividades y las exclusiones y exclusividades, o la idea de los propios y los extraños, o lo nuestro y lo ajeno, aunque siempre la categoría de lo interior es un poco ambigua, porque se puede imaginar que lo interior es lo que está adentro pero no se sabe adentro de qué, adentro de lo exterior ha de ser, pero no se sabe dónde queda eso exterior, como si nunca pudiera decirse en qué lado está uno parado ni de qué lado está uno perdido, y así sucesivamente. Pero la verdad es que estas ambigüedades

¹ Se prefirió transcribir las referencias bibliográficas en formato de notas para que conserven su orden de aparición, ya que si se sigue así, se reconstruye puntualmente el argumento expuesto:

.- Durkheim, É. (1912): *Las formas elementales de la vida religiosa*. México; Colofón. 2000. p.16.

son meras coordenadas físicas, porque socialmente, culturalmente, humanamente, todos sabemos cuándo algo es interior y cuándo no, porque si nos sacan de la conversación, nos expulsan del partido, nos prohíben la entrada, sabemos exactamente dónde estaba el interior: el interior es ahí donde uno se siente bien. Y ahora sí que sólo los físicos y los positivistas no saben cuál es cuál, y no han de saber tampoco cuándo se sienten bien y cuándo no. Y uno se siente bien por la razón de que interior es lo que guarda, resguarda, salvaguarda, del exterior, y es el lugar que uno abandona para ir afuera.

DEFINICIÓN

Rudolf Arnheim, un psicólogo de la gestalt que se dedicó al arte y más que nada a la arquitectura, dice que el interior no es aquello que está adentro, sino todo lo contrario: el interior es aquello que nos rodea, que nos envuelve, y que por ende lo podemos ver en su totalidad en un momento². Por lo tanto, por antonomasia, por definición, el interior es siempre un refugio, algo que nos cubre, que nos protege, y ya sea en sentido real o figurado, el interior es algo que nos da calor, seguridad, y da la sensación de que uno es de ahí y es adonde siempre quiere uno volver. Así, las cosas, entonces, el interior es esencialmente una construcción y es fundamentalmente arquitectónico, o como dice Arnheim —citando a Henri Focillon—, el privilegio único de la arquitectura es el de la construcción de un mundo interior.

LA CASA UNIVERSAL

Y de donde se sacó originariamente la idea de que existe algo así como lo interior es de la casa; efectivamente, el primer interior en la historia, en la sociedad, en la cultura y en la experiencia es una

² Arnheim, R. (1996): *El quiebre y la estructura. Veintiocho ensayos*. Santiago de Chile; Editorial Andrés Bello. 2000. Trad.: Paul Beuchat. P. 69.

casa. Hay algunos que se ponen filosóficos antes de tiempo y aseguran que el primer interior es el útero de la progenitora, pero la verdad es al revés: primero existe la casa y después el vientre materno; si no, pregúntenle a un embrión de catorce semanas y a que no tiene ni la más remota idea: tendrá que esperar que nazca para que responda correctamente, y para entonces estará en su casa.

André Leroi-Gourhan, el paleoantropólogo que se dedicó a documentar prolijamente la construcción del mundo humano desde su principio, aparte de opinar que el cuento de “el hombre de las cavernas”, de que las hordas primitivas habitaban en cuevas, es más bien un chiste, porque ni que hubiera tantas, permite entender que, en efecto, desde el paleolítico —80 mil años— y desde el neolítico —diez mil años—, lo que nos humaniza es la casa. Y la casa es un universal, es decir, que, sin necesidad de herencia ni tradición ni aprendizaje, a cualquiera cuando le esté lloviendo encima se le ocurre la arquitectura, esto es, construir algo para taparse, empezando por un techo, y después, justo en este orden paleohistórico, paredes, y después, puertas y ventanas, y después fuego y después cama³, e ir dejando al exterior afuera y fuera de la vista, de modo que ni siquiera nos rodee sino que ni siquiera exista. El interior es anterior. Lo otro, lo exterior, la intemperie, el hambre y el frío y el peligro y la muerte, son cosas que pueden ser pasadas o futuras, pero que no están presentes, y que no son humanas, sino sus atentados, sus amenazas, sus terrores. Ciertamente, el exterior está esperando, pero que espere afuera.

Y con absoluta seguridad positiva el exterior existe, sobre todo cuando uno ya lo ha visto, pero, por lo demás, es un territorio que sólo existe por

default, esto es, que cuando falta el interior queda el exterior, que es, solamente, su carencia y su opuesto, y que por lo tanto no lo rodea a uno ni lo cubre ni uno lo puede ver completo, y que aparece más bien como una especie de vacío —como un espacio físico— poblado de cosas que se utilizan, se manipulan, se controlan, se transportan, se dominan, se destrozan, y donde cae de la nada, como los meteoros, además del hambre y el frío, la ofensa, la enfermedad, el insulto, el enemigo, la competencia y demás enseres de la intemperie con que uno tiene que habérselas en este territorio de lo extraño. El exterior es la zona fantasma; la dimensión desconocida; el completo más allá. Intemperie quiere decir, a la letra, extremosidades del tiempo, y significa inmediatamente que uno no se puede quedar ahí parado, sino que hay que buscar refugio a la voz de ya. Cuando se aparece el exterior, hay que huir al interior; porque en el exterior uno no entra a nada humano, sino a algo metafísico, a las fuerzas de lo sobrecogedor, que es precisamente lo que significa lo sublime, y que muy a menudo se refiere a los paisajes: la naturaleza es exterior; la cultura es interior.

Y si uno quiere entrar al inconsciente de la especie, a la manera en como se fue haciendo a sí misma, que entre a una casa. Y estando dentro de la casa estará en cualquier siglo, desde hace quinientos siglos hasta el siglo XIX, porque, efectivamente, las casas han sido las mismas —unos universales—, sumamente parecidas, con básicamente los mismos materiales de donde sobresalen (pedruscos, paja, lodo) la piedra, la madera, el ladrillo, a lo largo (de la prehistoria y) de la historia, y que es lo que Leroi-Gourhan llama inercia técnica, al hecho de no cambiar lo que no hace falta. Y da la impresión de que la Revolución industrial rompió con esta inercia.

LA VIDA INTERIOR

Y por supuesto que cada vez que se habla de la casa se piensa en Bachelard, hoy por hoy genuino *genius*

³ Leroi-Gourhan, A. (1945 & 1973): *El medio y la técnica (Evolución técnica II)*. Madrid; Taurus. 1989. Trad.: Ana Agudo Méndez-Villamil. pp. 215 ss.

loci doméstico, que escribió una *Poética del espacio* donde dice que “antes de ser lanzado al mundo, como dicen los metafísicos rápidos, el hombre es depositado en la cuna de su casa”⁴, aunque, en rigor, lo que de veras pasó, como a continuación se verá, no es que es lanzado al mundo, sino que el mundo entró a saco e invadió la casa; y no es el hombre, sino que fue la mujer, la que pagó los platos rotos de la invasión. En el transcurso del siglo XIX, la casa burguesa, que es como se le llama adonde viven los beneficiarios de las revoluciones Francesa e Industrial, se convirtió en un exterior, en una intemperie, porque alguien les abrió y los dejó pasar. Y así, los elementos amenazantes, hostiles y violentos entran dentro de las casas, principalmente en la forma de maridos, esposos, hombres de la casa, reyes del hogar, que vienen de afuera, de la competencia, la ganancia, la racionalidad capitalista, y llegan después del trabajo a imponer el orden del exterior, ese orden salvaje de lo extramuros en el interior, y dejar unas indicaciones para cuando no estén que no tienen nada que ver con el cuidado, el abrigo y la seguridad propia de las casas; y como le dice Leonard Cohen a una mujer, “la puerta se ha quedado abierta, ya no puedes cerrar tu refugio” (*the door is open / you can't close your shelter*). Durante el siglo XIX, se colaron la racionalidad pública y otros horrores de la intemperie por las rendijas y ya no había con qué taparse. Puede advertirse, por lo demás, que lo masculino comienza a equipararse por estas fechas con todos los poderes desconocidos y crueles, duros y sordos que caen de la naturaleza, de lo que ya no es humano, y por supuesto, tampoco civilizado.

Alain Corbin y Michelle Perrot, historiadores de las mentalidades, elaboran un bonito relato de

esta situación para la Historia de la vida privada⁵, y ahí se cuenta que a las mujeres, a las cuales casi no se las deja salir de casa, para ir a un café por ejemplo, ni para ir a la universidad por supuesto, se les convirtió el refugio de antaño en prisión domiciliaria, como una intemperie entre cuatro paredes, porque se les empieza a vigilar en todos los detalles de sus vidas: se les revisa la correspondencia, se les restringen sus posturas y vestidos, se les determinan sus lecturas, se les impide tener cuentas de banco, y se les estipulan sus quehaceres correctos a lo largo del día como cuidar niños, supervisar los menús y las comidas, organizar el tren de casa para cuando vuelva el marido de sus triunfos y fracasos de allá fuera. Sitiada, su último reducto es la recámara de puerta sin llave en la cerradura, y por lo tanto no del todo seguro contra los asedios del exterior.

Y como quedó dicho, cuando se instala la intemperie, hay que buscar perentoriamente abrigo; cuando entra el exterior, hay que construir un interior. Pero ya estando ellas dentro de la casa, que tradicionalmente era el interior por excelencia, la única posibilidad que queda es la rareza de hacer una casa dentro de la propia casa, un interior en el fondo del interior, la cual, como ya tocó el límite de la última pared y del último rincón, ya no puede ser arquitectónica, sino mental, y la cual, como ya no se le puede llamar casa toda vez que ésta ha sido tomada como en el cuento de Cortázar, y además no tiene puertas ni ventanas y coincide casi punto por punto con su única habitante y con su única vida, se le llama pues vida interior, en una fantasía muy parecida a la casa de muñecas, donde las niñas viven con ellas mismas. La vida interior es la casa de muñecas del alma, y tiene aparentemente la ventaja

⁴ Bachelard, G. (1957): *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica. Trad.: Ernestina de Cham-pourcin. P. 39.

⁵ Ariès, Ph., y Duby, G. (1987): *Historia de la vida privada*. Vol. 8: *Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*. Madrid: Taurus. Trad.: Francisco Pérez Gutiérrez y Beatriz García. pp. 115-204.

de que no puede ser ocupada ni invadida porque no puede ser localizada.

Con la edificación, digamos, virtual, de la vida interior, se logra la sensación de que en medio de todo lo que es exterior, ajeno, forastero a uno, hay sin embargo algo, algún lugar sin espacio, que le es propio e inexpugnable, al cual se le puede denominar igualmente el Yo o la sí-mismidad, eso donde está uno a buen resguardo, en donde se puede ser y estar en paz y en calma, a condición de no salir de ahí, y que es como una especie de interioridad pura, pura cualidad de lo interior donde radican los pensamientos y los sentimientos, los sueños y las imaginaciones, los recuerdos y las ilusiones, y la experiencia o impresión de que uno es uno mismo consigo mismo.

En conclusión, la vida interior sí existe, y que el positivismo diga misa y se vaya de paseo. La vida interior es una metáfora, indudablemente; pero las metáforas sí existen. El positivismo y el cientificismo no aceptan las metáforas porque dictaminan, según sus cánones, que no son reales porque no se pueden medir ni observar de ninguna otra manera. Pero las metáforas sí son reales, de una realidad imprecisa y volátil, pero real, y ahí está la vida interior para mostrarlo, que para la gente es mucho más real —y más querida— que las verdades que pueden encontrar los científicos medidores, a quienes no les gustan las realidades imprecisas y volátiles. Las metáforas no tienen realidad física, pero, por qué la física va a ser la única realidad, ¿porque lo dice la física?

Con todo, cuando la gente se imagina su vida interior, ésta no es un objeto sin nada, porque se imagina una serie de cosas que por lo común tiene desde hace mucho y con las que suele estar a solas, y que le gustan mucho: podrían ser, por ejemplo, su cama, que es algo así como el hogar de la recámara, o el silencio que la circunda, o la luz de la tarde que entra por la ventana —casi siem-

pre la tarde—, o las voces lejanas de la calle o de la cocina, y, puesto que un interior es aquello que lo rodea a uno, y si no no sería interior, entonces, la vida interior no está, como después se ha llegado a suponer, dentro de uno, sino alrededor de uno, tanto en esas cosas recién mencionadas como en el hecho de que se hizo con los muebles, utensilios y actos que se tenían en derredor cuando se estaba a solas, o sea que, por muy mental que sea, la vida interior también es una arquitectura hecha de la cama y la tarde y el silencio y la soledad, pero también de la ropa de cama que está ahí y el resto de la ropa, y de todas las cosas que tienen valor sentimental y que pertenecen a las intimidades, como los camafeos, guardapelos, cuadros y espejos (esto es, los equivalentes decimonónicos de celulares, tablets, laptops y pantallas), distribuidos por la habitación, así como los colores de las paredes, los perfumes, las novelas, cartas y diarios —que fueron muchísimos— que lograban leer a escondidas de esposos, médicos o preceptores, y el perrito faldero, y los *souvenirs* y adornos y regalitos y chocolates y demás chucherías, y, finalmente, hasta la propia piel de que una está rodeada.

La vida interior está construida de las cosas queridas que lo acompañan a uno a lo largo del tiempo. Si desaparecen estas cosas desaparece la vida interior aunque uno creyera que era inmaterial y aparece el simple desamparo ante el exterior. Por eso, por ejemplo, el hurto o hurgamiento en sus cosas se resiente, no como que alguien haya robado o esculcado, sino como que alguien haya violado la propia vida; después de que asaltan la casa, uno ya no quiere entrar, como si ya no fuera suya, como si estuviera sucia, como si la hubiera besado el diablo. Una, uno, está dentro de su vida interior, pero su vida interior no está dentro de uno, como quiso el individualismo del mismo siglo XIX ir insistiendo sobre la marcha.

LOS ADENTROS

El individualismo es una cosa exterior, una especie de animalidad que ronda en la intemperie con intenciones depredadoras, porque los animales, se sabe, atienden solamente a su subsistencia. Para comprobar que el individuo es una cosa del exterior basta ver la hostilidad que ostenta como atributo, el afán de control y de dominación en la guerra fría y de baja intensidad de todos los individualistas contra todos en la calle, el trabajo y la política; el individualismo sobre todo ataca, a otros individuos o a lo que ponga enfrente, da lo mismo, porque el mundo es sólo obstáculo y botín. El individuo no sabe de interiores, no tiene interioridades: sólo tiene adentros, intestinidades. Y no está descabellado aseverar que eso que se llama femenino y eso que se llama masculino, no se refiere a las mujeres y a los hombres, sino que se refiere fundamentalmente a la interioridad y la exterioridad.

El caso es que, cuando aparece la vida interior, si ya no la puede impedir el individualismo racionalista, hay que calumniarla, distorsionarla, desfigurarla y confundirle la metáfora de manera que sin querer ya no remita a un lugar donde se pueda estar, sino a una cosa que se pueda poseer. Y así sucedió; en el mismo plazo en que se va gestando la vida interior, se va operando una inversión de un modo imperceptible, de suerte que no hay ni cómo defenderse: concretamente, a lo que es interior se le va confundiendo con lo que está adentro, y tienen tal ambigüedad o relatividad ambos términos que la operación puede pasar inadvertida. Sustituir el fondo de una metáfora es una cosa que no se nota, porque el fondo de una metáfora es aquello que no se dice; la metáfora del interior y la metáfora del adentro se pueden pronunciar de la misma manera, y si uno siente vagamente que algo se enrevesó, no puede ni chistar. Lo interior era aquello en lo que uno cabe muy bien porque está alrededor y

lo rodea, como una casa o un cuarto o las cobijas de la cama; pero lo adentro es lo que está metido dentro —valga la redundancia—, y uno no cabe ahí y solamente lo puede ver desde afuera: uno cabe en el interior de una habitación y hasta de un ataúd, pero no cabe en el interior de un cajón, un estuche, o de un cuerpo por mucho que sea el suyo: dentro del cuerpo caben el hígado y el páncreas, pero no uno mismo ni su vida. Y en este trastrocamiento de posiciones o de metáforas, la vida interior dejó de ser algo que estaba alrededor para pasar a ser algo que se tenía adentro, y para que apareciera, no ya como un lugar, un recinto, un sitio, un claustro, un ámbito (palabras todas que significan lo que circunda), sino como una propiedad del individuo. Que la vida interior ya no esté en un interior, sino que esté dentro, es igualmente una metáfora, y las metáforas, por ser imprecisas y volátiles, que cambian con el aire, no son fáciles de discernir y sí son fáciles de confundir. Pero la diferencia es la que sigue: el interior es una metáfora de la arquitectura, mientras que el adentro es una metáfora de la biología; el interior es un ambiente, pero el adentro es un órgano, una víscera, algo sobre todo muy parecido al aparato digestivo.

En efecto, la historia de cómo se metió el interior adentro es así: Gaston Bachelard, de nuevo, se refiere a la tentación de la sustancialización de las realidades, esto es, la tentación de reconvertir todo, hasta el pensamiento, hasta el alma, en cosa positiva y por lo tanto medible, aislable, extraíble: dentro de una serie de investigaciones curiosísimas para un tratado sobre *La formación del espíritu científico*⁶, tras la cual se da cuenta de que lo metafórico es lo más veraz, da a entender que una de las preocupaciones serias de los ciudadanos de los

⁶ Bachelard, G. (1937): *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México; Siglo XXI. 2013. Trad.: José Babini. p. 117.

siglos XVIII y XIX era el aparato digestivo, ya que era el que más notoriamente se sentía por dentro del cuerpo y el que daba más problemas, sobresaltos, sustos, incomodidades y miedos de morir de una constipación inopinada, ya que todavía por la época la gastronomía era pantagruélica, y era pues tema de conversaciones, fuente de meditaciones, motivo de lecturas; y ya se sabe, el aparato digestivo —y el circulatorio y el respiratorio— está dentro del cuerpo y no alrededor de él, de manera bastante similar al corazón y los pulmones —y el cerebro; o sea, que pensaban en su panza como si fuera su alma, y por eso empezaron a pensar que su alma la tenían adentro. Y así, puede sospecharse que el mismo gesto para señalar la vida interior se transformó, y de ser uno de extender levemente los brazos y deambular vagamente la mirada como aludiendo a lo que rodea, toda vez que el interior, como la casa, está en torno, pasó al gesto más egocentrado de señalarse con ambas manos y muchos dedos, para darle emotividad, al propio cuerpo a la altura del esófago.

El interior se convierte en un adentro. El término que más se usa científicamente, el de interno, ya es muy médico y permite mejor la confusión. Parece nimio; es sólo un cambio de ubicación, pero es el cambio que va de la habitación al cajón, de la casa al armario, de las repisas a los baúles, de la cama a los intestinos, de la persona al individuo y de lo cultural a lo biológico. Y por eso dice Charles Taylor, en *Las fuentes del Yo*⁷, que hoy en día “llegamos a pensar que tenemos yoes de la misma manera que tenemos cabezas y brazos, y profundidades interiores de la misma manera que tenemos corazones e hígados, como una cuestión de hecho irrefutable”. Y es que la vida interior ya

se ha sustancializado, para que ya no parezca una metáfora, sino una verdad objetiva. Lo demás ya no importa mucho por el momento, pero parece que al cambiar de ubicación también se cambió de lo psíquico, simbólico, metafórico, a lo biológico, neurológico, positivo, porque de repente, en el siglo XX y XXI, los que no creen en las metáforas tienden a sustituir, con inusitado éxito y una pizca de autopropaganda comercial, la vida interior, que a estas alturas ya es vida interna, primero con los deseos y las pulsiones, asuntos de por sí bastante biológicos, y ya después, encarrerados, con las melatoninas, las endorfinas, las neuronas, las sinapsis, en suma, el cerebro, y por eso hay actualmente medicinas y vitaminas para la vida interior: si se siente solo que se tome una pastilla. Como confirmación final de que el individuo es un objeto del exterior, a la vida interior primero se la internaliza, se la mete adentro, y después se la sustancializa, se la biologiza, se la positiviza.

Así que se entiende bien por qué a la psicología social no le puede gustar el individuo y el individualismo, ni tampoco el científicismo ni el biologicismo. Pero ya no se entiende mucho por qué no le gusta la vida interior, si por principio de cuentas y después de todo ésta es una construcción colectiva y simbólica: a la mejor es porque se le olvida creer en las metáforas.

LOS PATIOS

Comoquiera, a quienes hablan de las casas —que casi siempre es de su propia casa de la que hablan— como un abrigo protector que les otorga certidumbre y permanencia y se les entremezcla consigo mismos al grado de que su casa y su vida interior coinciden hasta el punto de poder decir y sentir que Yo soy mi casa, que mi casa es Yo, a ellos pues, ya no les parecen tan acogedoras las casas que se empezaron a construir en el siglo XX, que ya son de otra estética y de otra tecnología, que

⁷ Taylor, Ch. (1989): *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona; Paidós. 2006. Trad.: Ana Lizón. p. 102.

son más luminosas, de ventanas amplias y muros ligeros debido a que ya no están hechas de piedra ni madera ni ladrillo sino de concreto, aluminio y vidrio, porque les asalta la sensación de que no están suficientemente a cubierto; no están tan protegidas del paisaje ni de las miradas ni de los demás, y es como si ahí no pudiera germinar mucha vida interior.

Puede que tengan bastante razón histórica, pero puede que lo que no tengan es razón geográfica, es decir, que son gente que habita el norte de la Tierra, allí donde hace nieve y no hace sol y siempre es como de noche y como de edredón, y por eso lo que los hace sentirse en casa es el calor del hogar: que haya un fogón, una chimenea, una estufa que les caliente y les ilumine la vida tímidamente, como si eso fuera estrictamente la vida interior, a saber, un ambiente restringido y moderado, como el de la casa de Heidegger en la Selva Negra, de muros gruesos y ventanas pequeñas, a la que “le ha dejado el tejado de tejas de gran alero, el cual, con la inclinación adecuada, sostiene el peso de la nieve y, llegando el caso, protege las habitaciones contra las tormentas de las largas noches de invierno”⁸. A la Selva Negra —en latín *populis nigra*— se la llama así por lo cerrado y oscuro y húmedo y pesado de sus bosques; aunque puede que Heidegger de lo que se quisiera proteger es de la intemperie gélida de su pasado vergonzoso. O la de Juhanni Pallasma, un arquitecto contemporáneo, en Finlandia, país que no es exactamente un paraíso tropical, quien relata que su sensación de casa protectora y querida, de suspiro por el interior, es la lánguida lucecita que ve en las ventanas de la suya cuando de niño, de noche, regresaba de esquiar: “la experiencia del hogar nunca ha sido tan fuerte como al ver esas ventanas iluminadas

de nuestra casa en el paisaje oscuro de invierno”⁹. Sobra decir que si Finlandia quiere decir fin de la tierra, “invierno” quiere decir “todo el año”.

Esto es un poco provincianismo del norte, ya que, por el contrario, como le gustaba decir a William S. Burroughs, bajo “el cielo azul, ese maldito cielo azul, aplastante de México”, o de Tánger o de Macondo, donde la intemperie es pura sed, puro sol, pura fatiga, el hogar tendría que ser más bien algo fresco, porque cuando el calor cae a plomo a mediodía, lo que se busca desde fuera es una sombrilla, una sombrilla, alguna ventana abierta que atempere la temperatura y raspe la luz, y que el aire y las plantitas y alguna que otra hormiga se cuelen al interior porque de verdad que no son hostiles. Se pide, ciertamente, algo que tape de la lluvia pero no que tape la vista, porque si no eso se sentiría demasiado encerrado, como reclusión; al revés del norte, aquí se añoran casas con peristilos y porches y patios y terrazas y balcones y azoteas a la manera hispano-árabe y latina, con paredes encaladas, enjalbegadas o pintadas con el blanco de la Sherwin-Williams a la manera mediterránea, porque, frente a la sed, el sol y la fatiga se antoja el agua —una fuente, un grifo mal cerrado cayendo sobre la cubeta—, la sombra —la de una pared, una bugambilia, un sombrero—, el reposo —una poltrona, una hamaca, una tumbona, el suelo. Así son la casa de Hemingway en Cuba o la de Luis Barragán en México, quien decía que hacía una arquitectura para ser disfrutada en soledad, y a ninguna de estas dos personas se les puede negar que son habitantes de una vida interior repleta de rincones escondidos, y es que en estos climas, las casas de la arquitectura moderna dan la idea de resguardo, sosiego, silencio contra su propia intemperie tórrida. Es obvio, desde el origen, que el interior se constituye con respecto al exterior, y no porque no sea invierno en el norte no

⁸ B Heidegger, M. (1951): “Construir, habitar, pensar”. Digital. p. 8.

⁹ Pallasma, J. (2016): *Habitar*. Barcelona; Gustavo Gili. Trad.: Àlex Giménez Imirizaldu. p. 22.

va a haber un interior con todos sus atributos confiables: parece que la vida interior del sur y del verano puede medir más metros cuadrados y cúbicos y mentales y seguir siendo un íntimo interior, aunque en su derredor no se busque tanto la calidez como el remanso, la tregua, el oasis, que son como tomar la siesta a la sombra de un árbol, actividad impracticable en otras latitudes.

LOS DERREDORES

Y es que es una opinión muy generalizada que los ciudadanos del sur —sin racionalidad del norte— son muy sociables, que siempre andan juntos, hasta en la cocina, entre amigos y desconocidos y con familias que además de ser numerosas son extensas ya que incluyen a la abuelita y a la jaula del perico, y que, por lo tanto, son muy extrovertidos, y entonces dicen todo lo que piensan, sus ocurrencias, sus titubeos, sus penas, y cuando no piensan nada de todos modos no se callan y cantan y tararean o platican con el perico, que para eso estaba, y que, en consecuencia, también son muy sonrientes, muy atentos, muy corteses, muy expansivos, muy amables. Y entran donde nunca los llaman porque siempre están invitados.

En efecto, parece que lo que se mete a fuerzas en las casas no es la hostilidad con púas de allá afuera, sino la sociabilidad de los demás, que irrumpe por la espalda. Y entonces, aquí, de lo que hay que esconderse es de tanta amabilidad, de todos los extrovertidos que buscan con quién entretenerse, y es cuando hay que huir y fabricarse una vida interior donde estar a solas con uno mismo, pero, como puede advertirse, la vida interior tiene materiales y cualidades más que de recámara, de patio. O dicho de otro modo, está construida de distancias, de claridades, de amplitudes, de luz esmerilada, de vacíos

que no estén repletos de cosas que agorzomen, sino más minimalista, porque lo que se pide es un descanso donde no haga falta ser locuaz para sobrevivir. Por ello, donde mejor se pudo experimentar la arquitectura moderna y funcionalista del siglo XX fue en Latinoamérica.

EPÍLOGO

Frente a la fría instrumentalización en que se ha convertido el mundo exterior en el siglo XXI, el espíritu del norte busca la calidez afectiva interior, mientras que, frente a la exuberante irracionalidad exterior, el espíritu del sur busca la frescura interior de las líneas simples y las claridades amplias. Pero en ambos florecen vidas interiores.

Y esto es todo el argumento: la vida interior es una creación colectiva, como el resto de la realidad, y, como el resto de la realidad, como la arquitectura y las casas y las personas, sí existe. No tiene nada que ver con sustratos biológicos ni otras explicaciones naturales, que, por lo demás, también son creaciones culturales. La psicología social trata de realidades humanas, históricas, y no tiene que esperar a que la física —ni otras autoridades menores, como el positivismo— venga a decirle qué es y qué no es. La vida interior puede ser la cafetería de la Facultad de arquitectura de la universidad, como le sucede a Erik Alonso, un psicólogo social, en un libro¹⁰ cuyo capítulo primero se intitula *Una casa* y cuyo capítulo último se intitula *El espacio interior*, como si la psicología social hubiera entendido desde su propio fondo que así es el pensamiento y que así es como hay que narrarlo, con esas palabras y en ese orden. 

¹⁰ Alonso, E. (2014): *Los procesos*. México; Tierra Adentro. p. 66.



El chiste de lo “Micro”.

PERSONAJES.

John Broadus Watson -El Psicólogo (Travelers Rest, Carolina del Sur, EEUU, 1878 - Woodbury, Connecticut, EEUU, 1958). Psicólogo y conductista clásico, como el ruso Iván Pávlov. Por su culpa el pequeño Albert no podía escuchar martillazos ni ver ratas blancas (con las negras no había problema). Encontraba muy estimulantes las respuestas, lo suyo, lo suyo no era lo mental.

George Herbert Mead -El Filósofo (South Hadley, Massachusetts, EEUU 1863 - Chicago, Illinois, EEUU, 1931). Filósofo pragmatista y psicólogo social. Una de las grandes figuras de la Escuela de Chicago. Por alguna razón le gustaba hablar de las abejas, quizás era apicultor. De pequeño jugaba mucho, pero de adulto le gustaron los deportes, en especial el béisbol. Su mente en sí misma era social.

Georg Simmel -El Sociólogo (Berlín, Alemania 1858 – Estrasburgo, Francia 1918). Sociólogo, filósofo y, también, psicólogo colectivo alemán. Docente *freelance*, pero de mucha fama y prestigio, casi al final de su vida consiguió un puesto como docente en la Universidad Imperial de Estrasburgo. Le hallaba la forma a casi todo, la subordinación, la coquetería, la moda, la conversación, por ejemplo, siempre en términos de socialización, es decir, de acciones recíprocas.

Miguelón (AC - DC). Le hace a todo, menos a la docencia, escritura de ensayos, investigación científica, la política, el deporte, la religión... Su interés se halla entre el individuo y la sociedad, dice que las terceras realidades o la realidad de en medio le chocan.

Xavier (s.f.). Amigo y enemigo imaginario de Miguelón, éste lo invento al ver un capítulo de Los Simpson.

DATOS DE LA TIRA CÓMICA.

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX surgieron varias maneras de explicar la forma en que nos relacionamos, o si se prefiere, en cómo aprendemos a vivir en sociedad, unas con pretensiones científicas, otras no tanto. Por ejemplo, están aquellas que apostaron por observar y medir la conducta, usando modelos del tipo E-R (Estímulo-Respuesta), a partir del estudio con animales (palomas), John B. Watson confiaba tanto en su método que sostenía que podría moldear el futuro de algún infante. Por otra parte, se puede hablar de aquella versión que también observaba, pero que se centra más en la vida social, concretamente en las formas de socialización, donde, y aunque parezca que no, todas las partes de la sociedad entran en acción, por ejemplo la subordinación, que para Simmel (1927) no es un acontecer mecánico, sino algo que presenta un carácter sociológico, *sociogénico*, donde se encuentran una reciprocidad de influencias, quien ostenta el mando también es un subordinado. Y otra opción más es la que, enrolada en el Interaccionismo Simbólico, habla del *self* en el mundo social, desarrollado a partir de la experiencia (he aquí la filosofía pragmática de Mead), por cierto esta versión fue crítica hacia el conductismo de Watson, el punto que nos interesa es el que se refiere a esa especie de mensajes ocultos que se dan entre el estímulo y la respuesta, por ejemplo el lenguaje vocal, el cual es tomado como un Gesto y que a su vez es compuesto por Símbolos Significantes.

Escrito es un rollo un tanto complejo, se nota en el párrafo anterior, como para desarrollarlo en unas cuantas líneas, pero en la Tira Cómica es una representación, simple, de tres maneras de entender y desarrollar un proceso de micro-interacción, interindividual si se prefiere, donde cada personaje aborda, a su manera, lo que está sucediendo: la visión conductista de Watson (de ahí su respuesta al sonar el teléfono); la filosofía pragmática y la psicología social de Mead puestas en lo simbólico, a manera de una experiencia de la cual aprenderá el psicólogo conductista; y las formas de socialización de Simmel, donde el “amigo-fono” y Watson tienen acciones recíprocas.

REFERENCIAS.

Simmel, G. (1927). La subordinación, en Sociología: estudios sobre las formas de socialización. Tomo III. Madrid. Revista de Occidente. 1977.

Y por si gustan:

Mead, G. (1932). Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social. Buenos Aires, Paidós. 1972.



Suscripciones

El costo de la suscripción a *El Alma Pública* es de **\$230.00**, lo que te da derecho a recibir en tu domicilio (sólo en México) los dos ejemplares del año **(primavera-verano y otoño-invierno)**. Para suscribirte debes hacer el pago mediante alguna de las dos siguientes modalidades.

DEPÓSITO BANCARIO

Scotiabank
Sucursal 059 de México, D. F.
Cuenta: 00104238911

TRANSFERENCIA BANCARIA

Scotiabank
CLABE: 044180001042389114

Una vez hecho el pago, envía a elalmapublica@hotmail.com la siguiente información:

Nombre completo

Dirección (calle y número, colonia, delegación o municipio, código postal, entidad)

Dirección electrónica (para informarte sobre el envío)

Ficha de depósito digitalizada o aviso de transferencia bancaria

WWW.ELALMAPUBLICA.MX



Colaboradores

Jahir Navalles Gómez. Profesor – Investigador. Universidad Autónoma Metropolitana.

Adriana Gil Juárez. Profesora. Departament de Psicologia. Universitat Rovira I Virgili

Luis Arturo Osorno. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Emiliano Sebastián Serrano Mendoza. Facultad De Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Alfonso Díaz Tovar. Falta Falta Falta.

María Fernanda Pérez Hernández. Facultad De Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ulises Torres López. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ángel Moisés Villalobos Varela. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Andrea Emilia Navío. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ana Paula Medina Rizo. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Diandra Ocampo Anaya. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Aranza Valeria Vela Villaseñor. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Bruno Iñaki Rosales Villarreal. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Edson Morales Niño. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Abel Iván Camarillo López. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Emmanuel Caballero Pérez. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Hamlet Alemán Guillén. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Alejandra Jacobet Labastida Pérez. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Lidia Montserrat Alfaro Ramírez. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Pablo Fernández Christlieb. Profesor Titular. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ricardo Rodríguez. Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.

Integrantes

DIRECTORA EDITORIAL

Angélica Bautista López. Profesora Titular en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Acción Colectiva e Identidades.

COMITÉ EDITORIAL

Salvador Arciga Bernal. Profesor Titular en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Acción Colectiva e Identidades.

Claudette Dudet Lions. Profesora Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

Pablo Fernández Christlieb. Profesor Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinador del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

María de la Luz Javiedes Romero. Profesora Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

Gustavo Martínez Tejeda. Profesor Titular en la Licenciatura de Psicología Educativa de la Universidad Pedagógica Nacional. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Formación de Profesionales de la Educación.

Jahir Navalles Gómez. Profesor Asociado del Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Estudios Socioespaciales.

Rodolfo Suárez Molnar. Profesor Titular en el Departamento de Humanidades de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Acción y Formas de Vida.



VISITA NUESTRA BIBLIOTECA DIGITAL:



WWW.ELALMAPUBLICABIBLIOTECA.NET



PARA CRÍTICAS, COMENTARIOS, SUGERENCIAS Y ADQUISICIÓN DE NÚMEROS
ATRASADOS, FAVOR DE ESCRIBIR A elalmapublica@hotmail.com



DE VENTA EN LIBRERÍA GANDHI, MIGUEL ÁNGEL DE QUEVEDO

WWW.ELALMAPUBLICA.MX

REVISTA EL ALMA PUBLICA



7 151060 001551